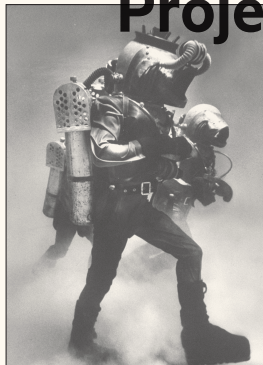


# Objecto práctico. Projecto editorial Jot Down.



**PROGRESO,**  
REVISTA DE CULTURA

por Pablo R. Suanzes

**RESUMEN DEL ARTÍCULO Y LA FUENTE. EN EL CASO DE UN TEXTO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL PERIÓDICO, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN DOCUMENTO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN VIDEO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN AUDIO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN FOTOGRAFÍA, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN DIBUJO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN MAPA, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN GRÁFICO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN DIAGRAMA, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN ESQUEMA, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN DISEÑO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN PRODUCTO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN SERVICIO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN PROCESO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN SISTEMA, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN MÉTODO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN PROCEDIMIENTO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN ALGORITMO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN PROGRAMA, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN SOFTWARE, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN HARDWARE, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN EQUIPO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN RECURSO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN MATERIAL, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN HERRAMIENTA, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN INSTRUMENTO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN APARATO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN MÓDULO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN COMPONENTE, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN ELEMENTO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN DATO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN VALOR, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN NÚMERO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN TEXTO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN SONIDO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN COLOR, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN OLORES, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN GUSTO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN TACTO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN VIBRACIÓN, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN MOVIMIENTO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN SONIDO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN COLOR, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN OLORES, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN GUSTO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN TACTO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN VIBRACIÓN, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO. EN EL CASO DE UN MOVIMIENTO, SE DEBE INDICAR EL TÍTULO, EL AUTOR, EL AÑO, EL MES Y EL NÚMERO.**



# ALFONSO GUERRA

Entrevistado por Enric González  
fotografías: Guadalupe de la Vallina

**JOT DOWN**  
contemporary culture mag  
junio 2013 número 1-162

erem kem delibat umbra  
tendas descendit, audas  
trum attinges. Kod foel.

nil de Sraffela que la sombra  
de las calendas de Julio, audas  
al centro de la tierra,  
allegado yo.

go, Ana María Matute y Manuel Pellegrini  
sánchez-Ron - Angeles Caso - Enric González  
ch - Cristina García Rodero - Angeles González-Sinde  
ablo R. Suanzes - Javier Gómez - Fermín de la Calle  
obo - Alberto Rojas - Youichi Shidomoto



## ÍNDICE



Capa da Jot Down Nº3  
(desenvolvida por Francesco Furno)

### LAYOUTS DESENVOLVIDOS PARA A REVISTA: 28/52

¿En qué novela vives? (008)  
La parada del 19 (012)  
Julio Verne (030)  
Drácula de Bram Stoker (052)  
El Kraken (058)  
Vibradores victorianos (060)  
No, no veré a Janet (084)  
Instrucciones para reservar una habitación (104)  
La cucaracha decimónica (108)  
Take up the White Man's burden (122)  
Progreso, hermenéutica, distopía (130)  
Entrevista a Alfonso Guerra (136)  
Julio Verne. La palabra como autogobierno  
de la imaginación y la libertad (164)  
Tempora mutantur, nos et mutamur in illis (170)  
La vuelta al mundo en setenta y dos días, seis horas,  
once minutos y catorce segundos (176)  
Victorianos eminentes (180)  
Del Nautilus al Crystal Palace, el gran invernadero global (182)  
Granujas, oportunistas y chiflados al servicio  
del Imperio británico (186)  
Con perdón, señor Verne (202)  
Sherlock y el misterioso caso del maratoneta (204)  
Las asombrosas hermanas Brontë ( 210)  
Leonardo Torres Quevedo, un inventor  
adelantado a su tiempo (216)  
Un precursor desconocido (224)  
Entrevista a Manuel Pellegrini (228)  
Las Guerras del Opio. Cuando el gigante chino  
despertó de su letargo (242)  
Viajes científicos con Julio Verne en la memoria (258)  
El mundo perdido de Sherlock Holmes (282)  
El otro Miguel Strogoff (286)



craterem kem delibat umbra  
ca calendas descende, audas  
centrum attinges. Kod feci.

el Yocul de Sneffels que la sombra  
tes de las calendas de Julio, audaz  
rás al centro de la tierra,  
o he llegado yo.

ne Saknussem

Luis Figo, Ana María Matute y Manuel Pellegrini  
Manuel Sánchez-Ron · Ángeles Caso · Enric González  
Al-Folch · Cristina García Rodero · Ángeles González-Sinde  
Pablo R. Suanzes · Javier Gómez · Fermín de la Calle  
Miguel Ángel Lobo · Alberto Rojas · Youichi Shidomoto



x

SOFIA BRAJAL 2013



Ж.АКРРН	†НЛ†Н††	Н††УІБ†
НЈ↑ННΨF	НЛ††††F	Л††БЛГ†
Г↑Н†ΨЛ	††Л†††Н	Н††БЛЛЛ
†Ψ†Л††І	ЛН††У†	ЛЛ††Н†
††Н††Л	.ЛНУЛУ	††††ВН
УУБЛΨІ	††Н†††	FЛ††††
Б†,††У	†Н††В†	У†БІІІ

INFOGRAFÍAS DESARROLLADAS

1. Vernophilia: Transacción epistolar
2. El mundo perdido de Sherlock Holmes
3. Con perdón, señor Verne

Contra Capa da Jot Down Nº3

In Sneffels Yoculis craterem kem delibat umbra  
Scartaris Julii intra calendas descende, audas  
viator, et terrestre centrum attinges. Kod feci.

*Desciende al cráter del Yocul de Sneffels que la sombra  
del Scartaris acaricia antes de las calendas de Julio, audaz  
viajero, y llegarás al centro de la tierra,  
como he llegado yo.*

*Arne Saknussemm*



**Entrevistamos a Alfonso Guerra, Luis Figo, Ana María Matute y Manuel Pellegrini**

Javier Marías · Juan Marsé · José Manuel Sánchez-Ron · Ángeles Caso · Enric González  
Juan José Millás · Félix de Azúa · Ignacio Vidal-Folch · Cristina García Rodero · Ángeles González-Sinde  
Isabel Muñoz · Manuel Jabois · Pedro Simón · Pablo R. Suanzes · Javier Gómez · Fermín de la Calle  
Juan José Gómez Cadenas · Ramón Lobo · Alberto Rojas · Youichi Shidomoto



×  
SOFIA BRAJA

**Na capa:**  
*Criptograma misterioso da viagem  
ao centro da Terra.*

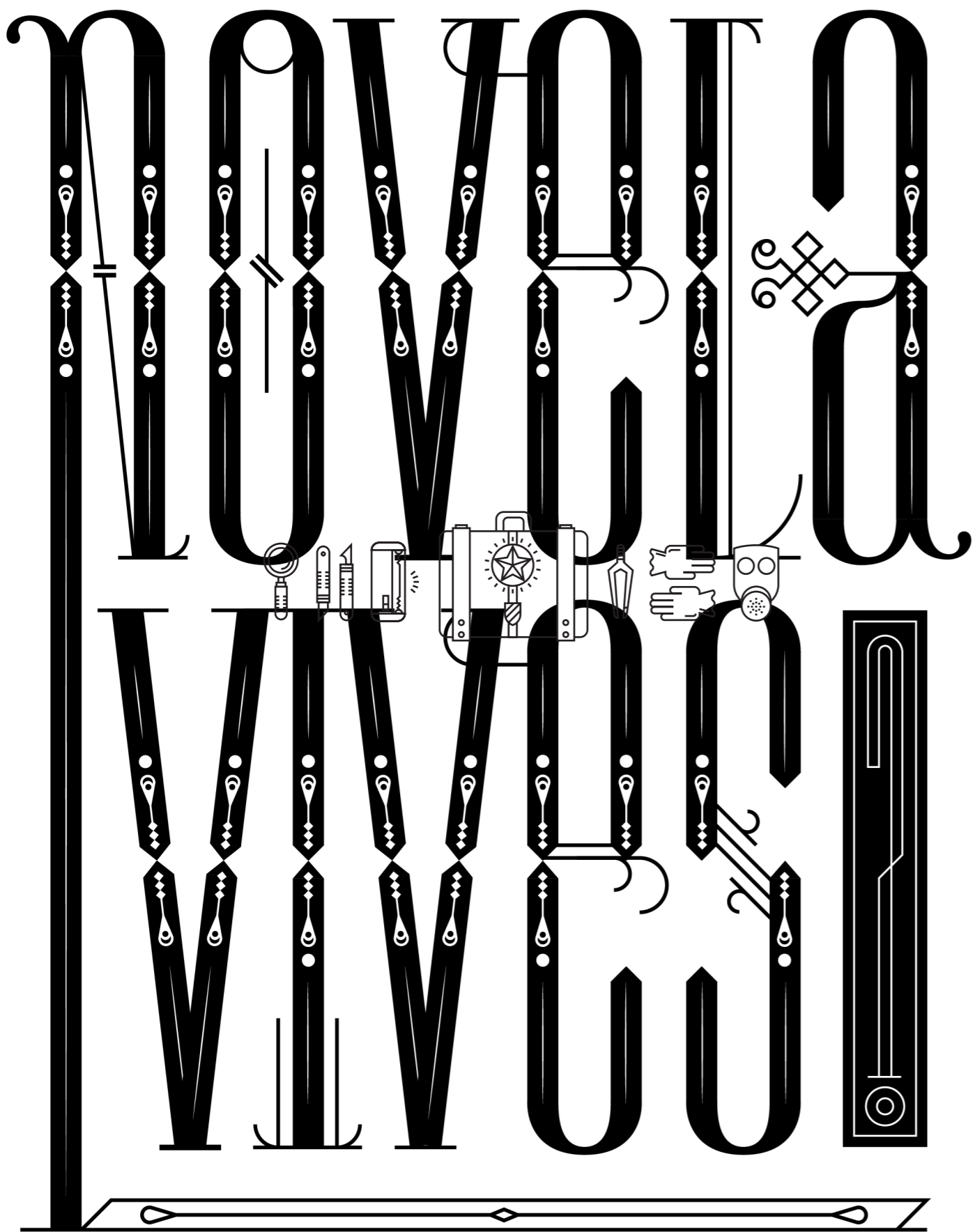
## LAYOUTS DESENVOLVIDOS (28 ARTIGOS)



**Aberturas especiais e texturas**  
Pablo Galeano

**Infografia**  
Pablo Galeano, Francesco Furno  
Elsa Rodrigues e Sofia Brajal

**Nota:** Neste objecto prático, os artigos não estão integrais,  
estando apenas presentes algumas páginas como exemplo.



por FÉLIX DE AZÚA  
ilustración: JAVIER OLIVARES

Toda ciudad es una novela (lo contrario no es cierto) siempre que el novelista tenga talento espacial y sepa distribuir cada volumen edificado y sus habitantes particulares como un bloque verosímil. Luego están las *Ciudades invisibles*, título de un famoso libro de Calvino en el que aparecen posibles ciudades según la catalogación que Borges atribuyó a un entomólogo chino: insectos que molestan al emperador, insectos que suenan como el cristal, etcétera. De la misma manera: ciudades que destruyen la memoria del viajero, ciudades que por la noche se pueblan con difuntos antiguos, etcétera. Pero si olvidamos las ciudades invisibles y en cambio nos interesamos por las ciudades imaginadas, no cabe duda de que el gran inventor de las mismas fue Charles Dickens.

Cuando imaginamos Londres, incluso si hemos vivido allí o somos turistas habituados a sus calles y monumentos, lo hacemos con los materiales de Dickens aunque no lo hayamos leído, porque la pintura, la fotografía y el cine han copiado minuciosamente la técnica narrativa de Dickens para distribuir espacios urbanos y distinguir a sus distintos ciudadanos. Dicho de un modo algo violento: Londres será eternamente victoriano mientras no aparezca otro escritor capaz de construir una nueva imagen.

Por supuesto todo lector de Dickens sabe que en el joven escritor sólo había dos Londres, el bueno y el malo, el de los ricos y el de los pobres, el de los barrios aristocráticos y el de los barrios proletarios. Los protagonistas solían sufrir un avatar prodigioso que les llevaba de un Londres al otro, sea para caer en la abyección de los mugrientos laberintos próximos al Támesis, sea para salvarse en una reluciente mansión próxima a Regent's Park. Si usted es un lector de Dickens un poco más experimentado o pasional, sabe también que en el último Dickens, en cambio, hay tres Londres diferenciados porque aparece un tercer espacio entre la ciudad del bien y la ciudad del mal. Ese tercer espacio es el de la clase media que va a tomar posesión de los barrios funcionariales y de negocios a lo largo de la vida de Dickens. La tercera fuerza evitará el maniqueísmo de la etapa juvenil, dará mayor riqueza a la aventura narrativa y permitirá a Dickens alguna de las más portentosas descripciones del hogar burgués, tan distinto del palacio y de la miserable vivienda de los *Jerry Buildings*. De hecho, la tercera zona urbana será el refugio privilegiado de quienes ya comienzan a mirar con sospecha a la aristocracia y no dejan de tener un principio de conmiseración por los miserables, sentimiento entonces poco frecuente. El tercer espacio es el de la conciencia y el de la inteligencia.



## Las clases sociales ocupaban los mismos edificios en jerarquía vertical. En el principal, los más ricos, en las últimas alturas los más pobres, en la entrada talleres artesanos.

Si comparamos concienzudamente la construcción literaria del Londres victoriano de Dickens, en su perfección artística, con el París de Proust, la sorpresa es considerable. Ambos escritores se llevan unos sesenta años, de manera que Proust puede muy bien ser el nieto de Dickens. Sin embargo, el proceso es prácticamente el mismo. También en Proust hay dos ciudades al principio que finalmente serán tres, aunque las tres estén en el mismo libro. Recordará el lector que en las seis mil páginas de *La Recherche* se analiza minuciosamente la vida parisina a lo largo de cuarenta años con frecuentes saltos a la etapa anterior, la de la guerra franco-prusiana.

En la extensísima narración de la vida de Marcel y de sus padres, Proust anota con sagacidad que su primera vivienda, en el centro noble de la ciudad, está sin embargo habitada por numerosos proletarios y artesanos. Las clases sociales ocupaban los mismos edificios en jerarquía vertical. En el principal, los más ricos, en las últimas alturas (*las chambres de bonne*) los más pobres, en la entrada talleres artesanos. Pero cuando llegamos al final de la novela las clases se han separado y los proletarios han sido expulsados a los bulevares exteriores. En realidad esta separación se produjo con la reforma del barón Haussmann que comenzó con Napoleón III, pero se prolongó hasta la terminación del bulevar Raspail ya en pleno *Art Nouveau*. Haussmann abrió en canal la ciudad, reventó el suelo, derribó miles de casas, abrió enormes avenidas, todo con el fin de levantar la ciudad más moderna de Europa y (de paso) arrasar los núcleos obreros que habían resultado peligrosísimos en las dos revoluciones comuneras. De un París interclasista se pasó a dos ciudades separadas, como el primer Londres de Dickens.

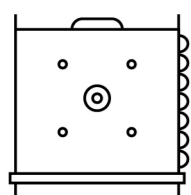
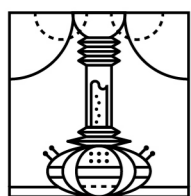
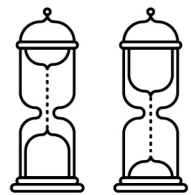
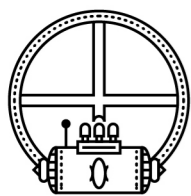
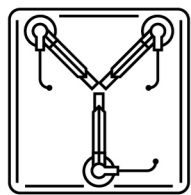
Curiosamente el tercer espacio «ciudadano» de Proust no está en la ciudad sino en el campo colindante con la gran capital, en los pueblecitos de veraneo de la burguesía, los cuales constituían una prolongación natural de la vida social capitalina, algo que en Inglaterra no sucedió jamás. Y también será en los pueblecitos de los alrededores de París en donde el protagonista, Marcel, descubrirá todo lo que determina su vida artística y sentimental, como la princesa de Guermantes, el gran Swann o la ambigua Gilberte. El tercer espacio era, de nuevo, el lugar del espíritu.

Ciudad dickensiana para la eternidad es el Londres victoriano. Ciudad proustiana para la eternidad es el París de la gran burguesía. Sin embargo, seguramente la mayoría de nosotros vivimos en la ciudad kafkiana, el laberinto impenetrable de nuestra interioridad. ■

# LA PARADA DEL 19

por Pedro Simón Esteban

## VIAJES EN EL TIEMPO



De todos los viajes que hicimos con la desportillada Máquina del Tiempo del desván, los que más nos encendían las mejillas, los que más nos infartaban el aliento, eran los viajes del 19.

Nos lanzamos desde lo alto del puente de Owl Creek cogidos del brazo de Ambrose Bierce. Surcamos los fondos abisales con el Nautilus de Verne. Sentimos horror cuando Jonathan Harker nos presentó a aquel conde insaciable. Nos llevamos la mano a la boca cuando Victor Hugo le arrancó brutalmente los dientes a Fantine. Y quisimos tirarnos a la vía para frenar aquel tren tolstoiano que descuartizó a la señora Karenina.

A las madres siempre les contábamos la misma mentira envuelta en esfuerzo.

—¿A dónde vais?

—A estudiar a la casa de un compañero.

—¿Y cómo vais?

—En el 19.

Salíamos con una bufanda como las del primer Holmes y con todos los deberes por hacer. No era un autobús escolar lo que cogíamos mi primo y yo. Brrrm. Brrrm. Era un siglo entero.

Por entonces, vivir era una novela con su planteamiento, nudo y desenlace.

El XIX era el «planteamiento», aquella chimenea de la abuela adonde arrojábamos las revistas del *Reader's Digest*, aquel chaquetón de esquimal con olor a naftalina, las fotos en sepia en las que salíamos disfrazados de D'Artagnan y todos esos antiguos cachivaches que cogíamos como manzanas. El XX era el «nudo», un pantalón que se nos quedaba pesquero como a un crío en la edad del estirón. En el XXI vendría tu «desenlace».

Me lo contaste paseando por el camino del pueblo que lleva a un puente romano. Lo de la nueva novia. Lo de la nueva enfermedad. Lo del nuevo tratamiento. Lo del miedo nuevo. Y hubo un estremecimiento de otoño viejo cuando hiciste la gracia.

—Si me muero...

—Anda, tira.

A mí me gustaría que este folletín lo escribiera el bueno de Clarín, que sabe del sacerdocio de la descripción. O el perverso de Wilde, que amasa atmósferas que ahogan y te mete en una mina donde se intuyen los desprendimientos. A mí me gustaría ser justo ahora con los adjetivos justos.

No escribir «de todos los viajes que hicimos con la desportillada Máquina del Tiempo del desván». Dejar en pelotas tu sustantivo y tu primera persona del singular. Retratar a quemarropa tu sonrisa derrotada.

La enfermedad debió de durar un lustro. Cuando le dieron un año de vida, decidieron casarse. Cuando la enfermedad se extendió, decidieron tener a Clara. Creo que eligió la habitación de la niña y hasta le compró unos libritos.

Recuerdo aquella tarde en que yo le hice la postrera visita y, allí en casa, él era un moderno Scalextric de cables y morfina. Aquel último día no nos salió Austen, ni Stevenson, ni Melville, qué nos iba a salir. El primo leía una mierda de libro. O decía que lo leía. Porque nadie está media hora con una página de *Los tres cerditos*.

—¿Qué coño miras?

—Esto.

La ecografía tridimensional del feto con el rostro de Clara cayó al suelo. Luego te tiraste tú, con 15 kilos menos ya. Quedaba un mes para el parto. Me dijiste que solo pedías alcanzar a verla, a cogerla.

Fue la única vez que te vimos llorar.

—Verla. Aunque sea un día.

A tu padre le habías dicho que se quedara con tus deportivas, porque allá donde viajabas no las ibas a necesitar. Metías libros en cajas como quien se muda. Los tres tomos de Marx en cuero rojo, claro, fueron para mí.

—¿Te acuerdas del XIX? —preguntaste.

—Y del 19... —contesté.

Han pasado tantos años que ya ni sé dónde dejamos el marcapáginas. Allá donde estés, te cuento. Por el puente de Owl Creek quieren trazar una autovía y poner mamparas para que nadie se tire. El conde aquel ya no provoca pesadillas en los niños, que solo tienen miedo a quedarse sin móvil. Mejor que *20 000 leguas de viaje submarino*, la gente prefiere Marina d'Or. Dostoievski suena para central del Real Madrid, o uno que se llama parecido. No te rías. Llevé la desportillada Máquina del Tiempo a un Cash Converter y solo me dieron 50 euros.

«No dormí bien, aunque la cama era bastante confortable; tuve toda clase de sueños extraños. Un perro estuvo aullando toda la noche al pie de mi ventana», releo hoy a Stoker, que cuenta mejor que uno el desvelo aquel: el titilar de las estrellas (ya nadie escribe titilar); el ulular del viento (ya nadie escribe ulular). «Me dormí cuando ya amanecía, y me despertaron las repetidas llamadas a mi puerta». Toc. Toc. Toc. Toc.

Era el 16 de enero de 2006 y había muerto Luis a los 37 años de edad.

Su hija Clara, decimonónica, nacería solo 12 días después.

Ya ves, primo. Ni en *La Regenta* se escriben finales como el tuyo. ■■■

1. El condensador de flujo de la DeLorean DMC-12 [Retorno al futuro]  
2. The Time Machine de H. G. Wells · 3. La sala del tiempo [Dragon Ball] · 4. el interior de la Tardis [Dr. Who] · 5. El panel de control para viajar en el tiempo [Terminator] · 6. La máquina del tiempo [Primer]

# JULIO VERNE

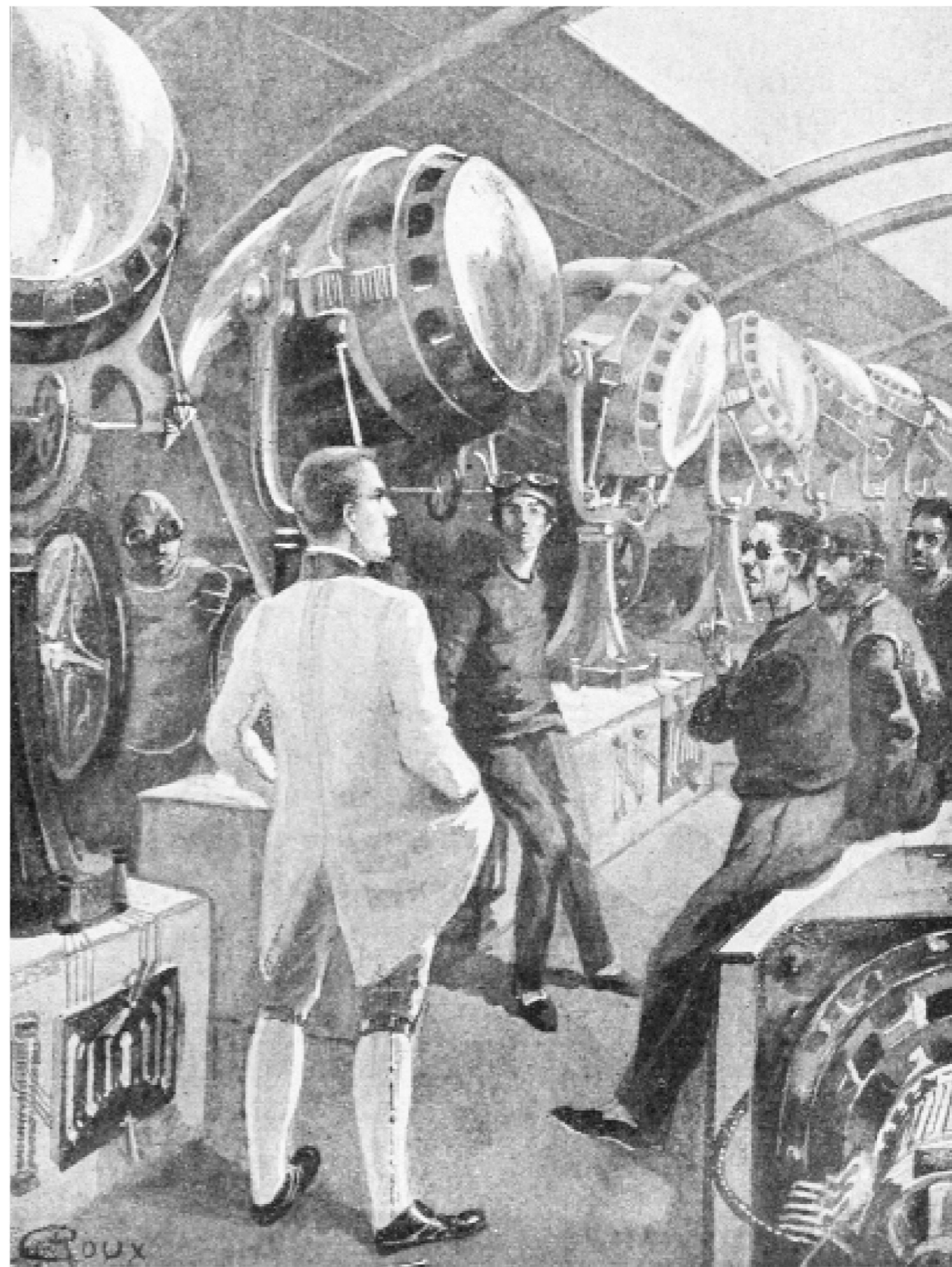
—  
por Alberto Márquez

**Julio Verne huele a los veranos de la adolescencia más temprana, a esos tomos rojos, gruesos, de papel biblia de Plaza & Janés. Si hablo de libro y de olores, por fuerza he de recordar a mi amigo Manolo. Mi amigo Manolo, cuando le enseñaba el tomo que estaba leyendo o que acababa de recibir, lo primero que hacía, antes de que empezáramos a comentar sobre él, era olerlo; después he sabido de otra gente con esa misma costumbre, pero entonces era mi amigo Manolo el que lo hacía, su primer contacto con los libros era meramente olfativo; hace mucho que no sé de él, pero, cuando recuerdo su costumbre, pienso que se sentirá algo perdido en este mundo de Kindles al que yo con tanto entusiasmo me he abrazado.**

Cuando me acercaba al final de uno de esos tomos, mi padre me venía con el siguiente; os podéis imaginar la emoción que ello suponía: oler esas páginas aún por descubrir, tratar de decidir en qué orden iban a ser leídas las maravillas allí encerradas. Naturalmente, nos ha pasado a todos, no todas sus novelas me atrapaban por igual, algunas me parecían sin brillo, no consiguieron seducirme. Sin embargo, otras consiguieron tenerme enganchado, fascinado; contribuyeron a que, por aquella época, todos mis pijamas estuvieran gastados por el codo izquierdo (la luz me venía desde ese lado en mi habitación).

Esos tomos rojos aún están en casa de mis padres. No sé por qué, pero nunca he empujado a mis hijos a su lectura. ¿Me avergüenzo de ello? ¿reniego de Julio Verne? Lo ignoro, pero lo que sí es cierto es que su lectura me proporcionó horas y horas de placer, de

aventuras, de viajes: de aire y color como contraste con el mundo gris y opresivo del tardofranquismo, del colegio de curas que ya habían abandonado las negras sotanas, pero que era lo único negro que habían abandonado. Supongo que considero que en el mundo actual las luces de Julio Verne se pueden ver eclipsadas antes por otras maravillas, aunque, pensándolo bien, es posible que, de seguir así, pronto nos volvamos a ver en otro sociedad oscura como aquella de mi adolescencia. Incluso se me ocurre otra interpretación, de hecho, si lo pienso detenidamente, ya en algunos momentos de su lectura sentí un cierto distanciamiento hacia Verne y, curiosamente, ese distanciamiento no era literario, sino que se originó a partir del trato que daba don Julio (nadie decía Jules, no existían los *hipsters*) a las matemáticas, a las ciencias en general. Efectivamente, en muchas de sus novelas, al fin y al cabo estamos hablando de



# NO ES DIFÍCIL ENCONTRAR PÁGINAS DE INTERNET EN LAS QUE SE RECOPILAN LOS ERRORES CIENTÍFICOS DE ESAS NOVELAS, PERO NO QUIERO HACER TRAMPA.

uno de los padres de la ciencia ficción, se hace uso de diversos conceptos matemáticos o científicos; a veces esos usos eran correctos, pero otras ya me chirriaban a mí en esa época. El resultado: acabé por dejar de leer a Verne y me hice matemático. Pero, si somos justos, creo que le debo algo, mucho, a Julio Verne; tantas horas de lectura, de placer, de aventuras no se merecen que yo diga simplemente que no siempre usaba correctamente las matemáticas o ciencias, no es de recibo que lo deje así: él se merece alguna explicación. No pretendo ser exhaustivo, me limitaré a dar unos cuantos ejemplos de los que permanecen en mi memoria.

Estoy seguro de que mi primer distanciamiento, y supongo que el ejemplo de colección de errores más evidente incluso para aquellos con espíritu menos científico, fue en la obra conjunta que constituyen *De la Tierra a la Luna* y su continuación *Alrededor de la Luna*. Supongo que todos conocemos el argumento de dichas novelas: desde Florida se lanza una bala enorme en la que viajan tres tripulantes, y después de muchas vicisitudes, la nave, perdón, la bala ameriza en el Pacífico (estos hechos meramente fortuitos —el lanzamiento desde Florida, los tres tripulantes, el amerizaje en el Pacífico— han llamado la atención de muchos por sus dotes premonitorias; lo dicho: son casualidades, cada una con su lógica interna, pero centramos en ellas nos desviaría de nuestro tema).

Curiosamente, en esas novelas es en las que más detalles científicos se aportan, puesto que Verne se documentó bastante para ellas y pretendía demostrar que dicha hazaña era más o menos posible y trataba de ver los escollos que había que salvar para realizarla; muchos de dichos detalles son válidos, pero otros tantos no lo eran para un niño como yo que pocos años antes había presenciado en directo la llegada del hombre a la Luna (una madrugada, desde una playa de Cartaya, en Huelva, junto a mi padre,

en un pequeño televisor alimentado por baterías de camión), y que había seguido todas las noticias sobre la «carrera espacial» que aparecían en esa época tan a menudo en las noticias.

En realidad, no es difícil encontrar páginas de Internet en las que se recopilan los errores científicos de esas novelas, pero no quiero hacer trampa: quiero contar lo que a mí me llamó la atención, aquello que comenzó a abrir una pequeña brecha en mi relación con Verne.

Como hemos dicho, lo que hacen nuestros protagonistas es lanzar una enorme bala hacia la Luna, así que desde un cañón se ha de dar impulso suficiente para llegar al menos hasta el punto en el que se compensan la gravedad de la Tierra y de la Luna; ese impulso es enorme y desde el punto de vista de los pasajeros les obligaría a soportar una presión tal que los destrozaría en el mismo momento del lanzamiento. Haciendo un poco de trampa, he consultado a gente que ya ha hecho los cálculos por mí y resulta que la aceleración que tendrían que soportar los tripulantes de Verne es de 50 000g (cincuenta mil veces la fuerza de aceleración de la Tierra), que creo que queda ligeramente por encima de los 20g que es aproximadamente la aceleración máxima que soportamos los humanos si vamos tumbados; de ir de pie o sentados sería aún peor. Repito: tendrían que soportar una aceleración de 50 000g, esa fuerza es tal que destrozaría incluso nuestras células y, por tanto, los desafortunados pasajeros quedarían literalmente hechos papilla. Espero que el lector coincida conmigo en que este punto plantea un serio inconveniente acerca de la factibilidad del viaje.

Pero sigamos con los aspectos desagradables para los pasajeros: en un momento dado del viaje, un cuarto pasajero que no hemos mencionado, el perro del protagonista, muere y deciden expulsarlo de la nave. La nave tenía aire, sus tripulantes podían respirar, así que imaginemos lo que podría ocurrir al abrir un pequeño ojo de buey que daba al vacío exterior. Al margen de lo anterior, la bala no consiguió llegar a la Luna y Verne lo achaca a la composición de fuerzas que se originó al expulsar el cadáver del perro; esto no es del todo correcto, pero como yo por aquel entonces no lo sabía, pasemos por alto este detalle. Lo que sí que sabía es que si se abre una pequeña abertura durante una fracción minúscula de tiempo en una nave que viaja o flota en el vacío, las presiones interior y exterior tienden a equilibrarse y, por tanto, todo el aire interior sale violentamente succionando a la vez todo lo que está en contacto con él, por lo tanto, nuestros viajantes acabarían en el espacio exterior

inmediatamente, lo cual no es tampoco demasiado bueno para el éxito de su misión; ya sabéis: si estáis en una nave en el espacio exterior es importante no abrir las ventanas por muy mal que huelga en el interior de la nave.

A pesar de todo lo señalado, el caso es que, al menos en la imaginación de Verne nuestros héroes viajan alrededor de la Luna y, contra de todo pronóstico, consiguen volver a la Tierra. ¡Ya lo creo que vuelven! ¡Y de qué forma!

«En aquel instante (era la una y diecisiete minutos de la mañana) y cuando el teniente Bronsfield se disponía a entrar en su camarote, le llamó la atención un silbido lejano y repentino.

Al principio creyeron sus compañeros que el silbido era causado por un escape de vapor; pero al levantar la cabeza, observaron que el ruido se oía en las capas más lejanas del aire.

Aún no habían tenido tiempo de dirigirse una pregunta, cuando el silbido adquirió una intensidad espantosa, y de repente apareció ante sus ojos deslumbrados un bólido enorme, inflamado por la rapidez de la carrera y por el frotamiento con las capas atmosféricas.

¡Aquella masa ígnea fue agrandándose a sus ojos, cayó con el ruido del trueno sobre el bauprés de la corbeta, que quebró al nivel de la proa y se hundió en las olas con un estampido atronador!»

Resumiendo: la bala entra en la atmósfera y, en caída libre, se precipita sobre el océano, no se desintegra con la fricción con la atmósfera, pero lo que es peor: imaginemos el terrible choque contra la superficie del agua; no creo que fuera una mala muerte por ser tan instantánea, pero sin duda inevitable (por si alguien no sabe el desenlace del libro: sobrevivieron a todo —no me odiéis por haber desvelado el final—). Otra de las cosas que llama la atención es que nadie en el barco que es testigo del impacto (marinos ellos) piense que una bala hueca y hermética, en la que se alojan tres tripulantes, por fuerza ha de flotar y se organiza una compleja operación de rescate en el fondo marino.

Pues sí, la que pretendía ser la novela más de ciencia ficción de Verne, resulta que tiene mucho, mucho de ficción y poco de ciencia; bueno, en realidad tiene mucho, tiene muchos cálculos, algunos correctos, pero en la ciencia ocurre como en la religión (muy desafortunada comparación, lo sé): si uno es muy

# LA QUE PRETENDÍA SER LA NOVELA MÁS DE CIENCIA FICCIÓN DE VERNE, RESULTA QUE TIENE MUCHO, MUCHO DE FICCIÓN Y POCO DE CIENCIA.

bueno en general, pero tiene un pecado pendiente, ya no se está en gracia; si una demostración matemática es muy buena, contiene razonamientos fantásticos e ingeniosos, pero tiene un fallo, deja automáticamente de ser una demostración. Lo que ocurre con *De la Tierra a la Luna* y *Alrededor de la Luna* no es que tenga un fallo, no tiene un pecado, tiene muchos, incluso muchos más de los que yo he reseñado aquí.

La lectura de esas dos novelas no me dejó en la mejor de las situaciones para la siguiente que leí, otra de los clásicos, llevada varias veces al cine: *Viaje al centro de la Tierra*. En realidad, esta novela como aventura es tremenda, una montaña rusa en la que casi no da tiempo de respirar, los protagonistas se enfrentan a todo tipo de peligros, desde volcanes a monstruos antediluvianos (¡qué de tiempo que no veía esa palabra! ¡Qué ganas tenía de usarla!) y consiguen superar todos los retos a los que se enfrentan. No voy a entrar en la existencia de una cueva que comunique Islandia con Sicilia (o con la cercana Stromboli), ni en la cadena alimenticia necesaria para mantener a los monstruos albergados en esas profundidades alejadas de la luz del sol y aisladas del resto del planeta. Pero en esa novela, en una ocasión el narrador y sobrino del jefe de la expedición se ve separado del resto de sus compañeros, y en un determinado momento consigue oírlos a través de la roca y tratan de calcular a qué distancia se encuentran para determinar qué hacer.

## EXAMINAR ALGUNOS DE SUS ERRORES A LA LUZ DE LOS CONOCIMIENTOS ADQUIRIDOS, EN ESTOS MÁS DE CIEN AÑOS ES INJUSTO.

---

Así que deciden lo siguiente: el tío dice su nombre, y cuando Axel, el sobrino, lo escucha, lo repite y así el tío puede medir cuánto tarda el sonido en recorrer dos veces la distancia que los separa:

«—Cuarenta segundos —dijo entonces mi tío—; han transcurrido cuarenta segundos entre las dos palabras, de suerte que el sonido emplea veinte segundos para recorrer la distancia que nos separa. Calculando ahora a razón de 1020 pies por segundo, resultan 20 400 pies, o sea, legua y media y un octavo».

Traducido al sistema métrico, 20 segundos por 340 m/s (o 343 m/s, da casi igual) dan 6800 metros y esa era la distancia que separaba a Axel de su tío. La primera pregunta podría ser: ¿cómo se oían a través de casi siete kilómetros de roca? La verdad es que es algo bastante complicado, pero todos hemos comprobado alguna vez que en ciertos sólidos el sonido se transmite mejor que en el aire; pero el gran problema es que aunque efectivamente se transmite mejor y a mucha mayor velocidad, en el hormigón, que sería algo bastante parecido a la roca que separaba a nuestros protagonistas, es de unos 4000 m/s, así que la distancia real entre ellos era de al menos 80 kilómetros: una distancia excesiva para ser oídos y para recorrerla en poco tiempo y más en una cueva sin luz.

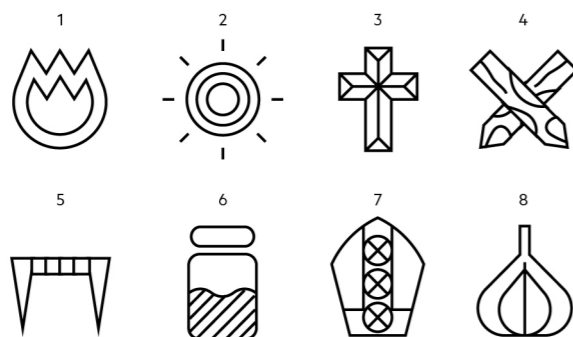
Naturalmente estoy siendo algo injusto con Julio Verne, no pretendo descontextualizarlo: examinar algunos de sus errores a la luz de los conocimientos adquiridos en estos más de cien años es injusto. No, como he dicho antes, no es ese mi objetivo, sino tratar de desentrañar lo que, hasta ahora, era un misterio para mí: buscaba la razón de mi desapego a un escritor que me regaló centenares de horas de entretenimiento, por qué no he incitado a mis hijos a leerlo y, después de este examen, veo que mi distanciamiento no es literario, sino que se debe al trato dado a algunos aspectos científicos, así que me gustaría dejar alguna puerta abierta, aunque sea una rendija, por no cortar totalmente las amarras con él y les hablaré a mis hijos de que no juzguen con los ojos de hoy lo que alguien podía llegar a imaginar en pleno siglo XIX, que los pioneros siempre están expuestos al error, pero si no es por ellos, nunca se produce un verdadero avance.

Creo que sí, que me gustará ver a alguno de mis hijos con un libro de Julio Verne en sus manos: voy a recuperar alguno de esos tomos de lomo rojo de casa de mis padres. ■■■





por Alberto Gordo



**DECIR QUE EL CONDE DRÁCULA ES EL PERSONAJE VICTORIANO** por antonomasia puede parecer, pese a la coincidencia cronológica, una aseveración excesiva. En una época en que las mujeres habían de ocultar sus piernas tras ornamentados vestidos, en un tiempo en que se pensaba que el sexo era una enfermedad del alma, no parece posible, a priori, que el célebre personaje de Bram Stoker, un monstruo ávido de poseer mujeres, mujeres que además caen lánguidas en sus brazos, como fulminadas, haya de prevalecer sobre los arquetípicos personajes que anticiparon Jane Austen o las hermanas Brontë. Sin embargo, Drácula es una creación puramente victoriana porque solo pudo haber nacido en aquella época concreta; lo es por oposición a toda una escala de valores, porque Stoker logró, sirviéndose de un libertino enmascarado, oculto tras el mismísimo anticristo, sonrojar y atemorizar a una generación entera de inglesitas reprimidas.

Abraham «Bram» Stoker, que había nacido en Dublín en 1847, diez años después del ascenso al trono de la reina Victoria, alumbró un personaje excéntrico y seductor, que hacía que sus víctimas, todas mujeres, se cuestionasen no solo la educación recibida sino su propia vida entre los mortales. Con estas premisas, que la novela nunca sufriera la censura ha de responder por fuerza a una habilidad sobresaliente del escritor para sugerir en vez de mostrar, para esconder tras un esquema complaciente (Cristo/Anticristo, Bien/Mal) su verdadero propósito.

Pero vayamos por partes. Bram Stoker no inventó los vampiros, sino que aprehendió una serie de leyendas que

sobrevolaban Europa y les dio forma y certificado de inmortalidad. Su Drácula es único porque, a diferencia de los etéreos vampiros ancestrales —desde *Lamia*, de la antigua Grecia a *El Vampiro* del doctor Polidori—, surge de una alianza entre folclore y realidad histórica, tomando aquel de esta tanta carne como fue necesaria para rellenar de verosimilitud al personaje. Drácula es un monstruo humano, con intereses y padecimientos humanos, que hace posible una identificación al menos parcial con su persona, lo cual, como sabemos, es requisito indispensable para encandilar al lector común. Que ese lector quedase fascinado irreversiblemente con el monstruo stokeriano solo pudo darse en un contexto en que el sexo, la religión o la muerte, temas fundamentales del libro, eran interpretados de un único y excluyente modo, producto de la destilación de un dogma.

#### Amor, sexo y religiosidad del vampiro

*Drácula* discurre de la novela gótica a la de aventuras, merced, como manda el tópico, a un grupo de héroes improvisados, y todo ello haciendo sus convenientes paradas en el folletín romántico, que en este caso es un romanticismo sexual y tortuoso. El modo de amar de Drácula, un monstruo que sí tiene esta capacidad, es una mezcla de atracción y dolor, un amor que mata. Su amor por Mina es en cierto modo platónico, tal y como entendían Ficino y sus discípulos de la Academia florentina este sentimiento que «atraviesa el mundo y lo rapta». Es decir, es un amor basado en una fuerza formada, por este orden, de belleza, atracción y deseo. Mina representa la luz que proviene

de Dios, el orden, la belleza y la sensualidad, esta última característica, clave para nuestra interpretación, deudora de las aportaciones renacentistas a la idea clásica. Enfrente tenemos el caos, un estado primitivo de oscuridad, previo al propio mundo, que encarna el tenebroso conde Drácula.

Los románticos, de Goethe a Schiller, admiraron a León Hebreo y sus *Diálogos del amor*, asumiendo parte de esa asociación indisoluble de belleza luminosa, atracción ingobernable y deseo como espada de Damocles que dura más allá de la vida, y Bram Stoker, gran lector y admirador de Goethe, de cuyo Fausto tomó algunas de las líneas maestras para abocetar su personaje, desarrolló esta visión del amor en la relación de contrarios entre Mina y Drácula. La telepatía, por ejemplo, recuperada por los humanistas italianos durante el Renacimiento y añadida a la idea clásica del amor, se observa en el control a distancia que Drácula ejerce sobre sus enamoradas víctimas, con quienes se comunica uniéndolo sus pensamientos, a menudo a través del sueño.

No es gratuito, por tanto, que el propio Oscar Wilde asociara la época victoriana con un «Renacimiento inglés», en el caso del arte, forjado a partir de las tradiciones clásica y romántica: «Lo llamo nuestro Renacimiento inglés porque es, sin duda, una especie de nuevo nacimiento del espíritu del hombre, igual que lo fue el gran Renacimiento italiano del siglo XV, en su anhelo de un modo de vida más bello y refinado, en su pasión por la belleza física, en su atención exclusiva a la forma, en búsqueda de nuevos elementos para la poesía, de nuevas formas artísticas y de nuevos goces imaginativos e intelectuales; y lo llamo nuestro movimiento romántico porque es nuestra expresión más reciente de la belleza (...) Hay dos espíritus —el helénico y el romántico— de los que puede decirse que conforman los elementos esenciales de nuestra tradición intelectual y de nuestro patrón permanente del gusto. (...) creo que al valorar el espíritu sensual e intelectual que preside nuestro renacimiento inglés, cualquier intento de aislarlo del progreso, el movimiento y la vida social de la época que lo ha producido equivaldría a despojarlo de su verdadera vitalidad y, posiblemente, confundir su significado». Bram Stoker creó su obra a partir de las revisiones que sobre la cosmovisión clásica y renacentista habían hecho artistas como Keats, Wordsworth, Blake o los mencionados Goethe y Schiller. Y dentro de esas revisiones, entronizó los conceptos de belleza y sensualidad. Drácula ansía los cuellos frescos, jóvenes y femeninos, la carne tierna. Es el deseo de Drácula un deseo reprimido e impaciente, que ha de ser saciado en dos vertientes: la humana y la vampírica; necesita de igual modo, para que nos entendamos, alimentarse de sus víctimas y yacer con ellas. O al menos restregarse. Las interpretaciones han sido infinitas: ha habido feministas como Andrea Dworkin que percibieron en el libro un alegato a favor de la liberación de la mujer, que va adquiriendo fuerza a medida que avanza la historia; cristianos que interpretaron el triunfo de Cristo y de la pureza frente al pecado carnal; *hippies* en su más amplio sentido cronológico que vieron en Drácula al primer libertino; moralistas que encuentran en la novela una descarada mitificación de la posesión

Siete maneras de matar a un vampiro (o de perjudicarlo seriamente) y una falacia:  
1. Fuego - 2. Luz del sol - 3. Objetos vendidos - 4. Estacas de madera - 5. Hambre extremo - 6. Tierra santa - 7. Oraciones de fe verdadera - 8. Ajo (debe de ser por algo del aliento).



masculina —que incluye el asesinato, si este fuera necesario— de la amada; y, por último, la de aquellos que ven en la intensa pero taimada sexualidad del libro el producto feliz de la mente reprimida de un irlandés que, en plena época victoriana, sufría en silencio los rigores de la frigidez y que quizás tenía alguna parafilia oculta.

Según la moral victoriana, la pérdida de semen equivale a la pérdida de vida y según se cansa de repetir Drácula, no hay más vida que la sangre. Y partiendo de esta reminiscencia bíblica («la sangre es la vida») hay quienes han querido ver en *Drácula* de Bram

Stoker una alegoría del cristianismo, surgida en una época de profunda rigidez religiosa. Si vamos más allá, el propio conde sería una parodia grotesca de Cristo, tal y como sostiene Juan Antonio Molina Foix: «Drácula promete [como Cristo] la resurrección y la inmortalidad, aunque la primera imponga sus lúgubres condiciones y su promesa de una vida eterna sea únicamente una corporeidad animada que hiede en la tumba». Según él, el pasaje en que Drácula se abre una herida en el pecho para que Mina le chupe la sangre es una «obscena parodia del sacramento de la eucaristía», pues hace alusión a la mítica relación entre el pelícano y sus crías, que

en la iconografía cristiana es un emblema de Cristo en la cruz. «En este esquema alegórico —continúa Molina Foix— Reinfield sería una especie de Juan Bautista, que anuncia la llegada de su maestro. Y la invisibilidad del conde enfatizaría la alegoría religiosa de que no podemos ver a los vampiros porque, o bien no creemos en ellos, o decidimos no ver aquellos aspectos de nosotros mismos que más se parecen a los del vampiro».

Recordemos que Vlad Teples era un valiente voivoda, un cruzado, un guerrero que, según

## Según la moral victoriana, la pérdida de semen equivale a la pérdida de vida y según se cansa de repetir Drácula, no hay más vida que la sangre.

masculaban sus vecinos en los mentideros del lejano oriente europeo, además de frenar las arremetidas turcas contra Occidente, empalaba a sus enemigos como se ha empalado toda la vida cualquier cosa: metiéndoles un palo por el culo. Muchos localizan en esta simpática afición del conde la primera de las referencias sexuales en la vida de un hombre que antes de convertirse al vampirismo, cuando aún no había sido tocado por el Mal, ya tenía sus cosas, en este caso sus arrebatos sodomitas. Luego ya orientaría sus apetitos, centrándose solo en mujeres jóvenes y bellas, a imagen y semejanza de su ángel caído. Es entonces cuando Dios lo castiga por alejarse de él, obligándole a compartir mesa para los restos con el mismísimo Satán. La brutalidad de Teples ya estaba en Teples antes de ser Drácula y a ella le empujó la religión y su afán por conservarla pura, limpia de contaminantes extranjeros. Drácula pues, según esto, no sería más que una víctima.

Una víctima que, en su delirio, conserva cierta lucidez, pues vampiriza solo a las mujeres como un medio para controlar a los hombres. Les chupa la sangre, las somete y las convierte a su religión, a su satanismo. Los abnegados esposos sucumben del mismo modo, a través de la posesión ajena de lo que más quieren, y es indudable que a este particular se refirieron las interpretaciones feministas del libro (está documentada la militancia en este tipo de movimientos, entonces absolutamente antisistema, de la madre de Stoker y del propio Stoker en su juventud). Drácula hace proselitismo al modo de las religiones y su fin último sería el de llegar de un confín remoto —en este caso Transilvania, ciertamente remoto a los ojos del londinense

# El Drácula original era un ser maligno pero vulnerable, oscuro pero pintoresco. Se le podía vencer.

medio de la época— para llenar de vampiros el mundo, para extender su religión maligna. A evitar semejante amenaza se dedicará Van Helsing, que encarna la comunión perfecta —entonces una suerte de amancebamiento— entre ciencia y fe que quería proyectar el desarrollado Occidente. Aunque este vence, es Morris, ayudado por el propio Harker, a cuya esposa ha poseído Drácula, quien mata a la bestia. Drácula pues muere a manos de sus víctimas, no de la todopoderosa fe encarnada en el polifacético doctor holandés.

A esta pelea entre Oriente y Occidente, que hiede a temor a lo desconocido, se suma el hecho de que el conde tenga en los cingaros a sus únicos aliados entre los hombres. Estos gitanos del este, con su idioma impenetrable, sus ritos oscuros y su piel morena son tan demoníacos como el propio Drácula. La extremada moral religiosa victoriana, por tanto, crearía monstruos como el conde Drácula, que solo es vulnerable a las reliquias religiosas antiguas, a los símbolos importados del Medievo, cuando la fe era una imposición de la que no era posible desmarcarse, a riesgo de perecer en la hoguera.

## Un monstruo victoriano

Del carácter coyuntural de tamaño vampiro victoriano vendría la necesidad de garantizar la supervivencia del mito a través de un re-

ciclaje continuo del que finalmente se ocuparía el cine. La leyenda hubo de reinventarse, pues no hubiera sido posible su pervivencia según la versión del escritor dublinés. Cada época, por decirlo de otro modo, ha exigido su propio vampiro idiosincrásico y por ese camino hemos llegado, gracias al epidérmico tiempo que vivimos, hasta los vampiritos medio eunucos de *Crepúsculo*. La interpretación que de la sexualidad vampírica han hecho casi todas las adaptaciones y reinvenções posteriores —empezando por la película de Coppola—, que optaron por explicitar a su manera las escenas eróticas concebidas por Stoker, da buena muestra de lo que decimos. El escritor irlandés, condicionado por su tiempo, lo que hizo fue sugerir, sobre todo en dos momentos —la seducción de Harker por las tres vampiresas y la de Mina por Drácula—, un escarceo sexual; es decir, el acto sexual no es mostrado de una manera explícita, sino que se insinúa para que el lector interprete y, dejando ir su imaginación, vaya más allá. Stoker no hizo que se consumase la infidelidad de Harker —si se puede puntuar como infidelidad sucumbir a tres jóvenes de porcelana recorriéndote el cuerpo con la lengua, de la cabeza a los pies— y en la película de Coppola, como recordarán, al insulso Keanu Reeves le falta tiempo para ceder al trío de golfas chupasangre que le rondan. Y lo mismo ocurre en el caso de Mina, cuyo célebre bautismo de sangre parece en la novela más una violación que un trance extático y apasionado, como nos quiere hacer ver el director de *El padrino*.

Así recogió el doctor Seward en su diario el testimonio de Mina:

«Sentí que las fuerzas me abandonaban y que estaba a punto de desmayarme. No sé cuánto duró aquella monstruosidad, pero cuando apartó su espantosa, asquerosa y socarrona boca, tuve la impresión de que debió pasar mucho tiempo. ¡Y vi que le goteaba sangre fresca! (...) Se rasgó la camisa y con una de sus largas y afiladas uñas se abrió una vena en el pecho. Cuando empezó a brotar sangre, con una de sus manos cogió las dos mías, sujetándolas fuertemente, y con la otra me agarró por el cuello y me apretó la boca contra la herida, de manera que, o me ahogaba o tragaba algo de... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho yo para merecer esta suerte?».

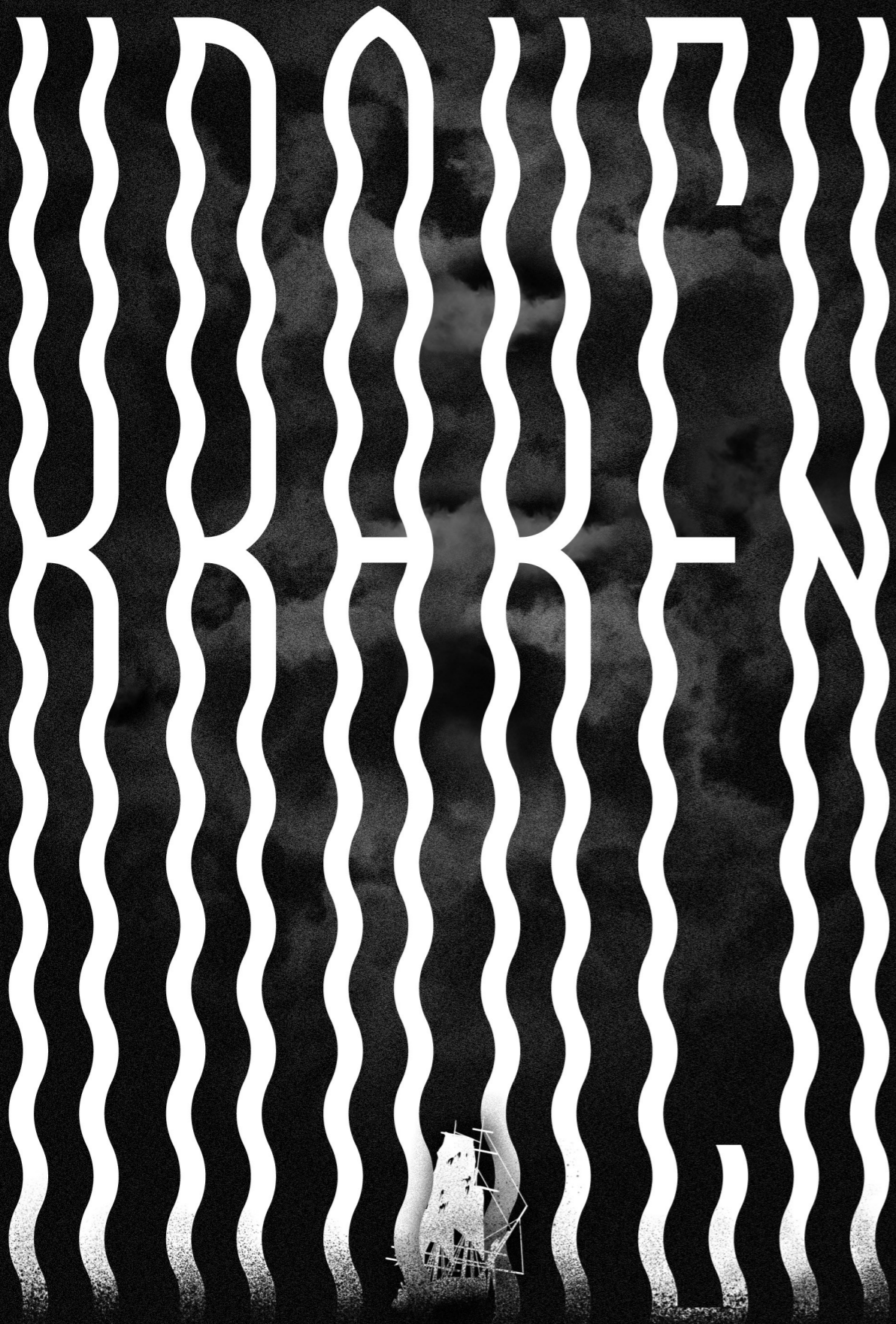
Está la inocente Mina, encarnación arquetípica de la joven inglesa de finales del s. XIX, resistiéndose a un deseo que de veras siente ante el torrente de virilidad, sexo duro y depravación que simboliza Drácula, aquí un irresistible conquistador cuyo refinamiento en el cortejo deviene apetito descontrolado cuando siente el aliento de sus víctimas. No es casual pues que Gerard Lenne, uno de los mayores estudiosos de la obra stokeriana, haya definido al personaje como un «Don Juan de Ultratumba».

El Drácula original era un ser maligno pero vulnerable, oscuro pero pintoresco. Se le podía vencer. Todos sabemos ahora cómo hacerlo, y hasta Van Helsing, que se enfrentaba a él por primera vez, pudo documentarse igualmente en polvorientos anaqueles sobre el modo de destruirlo. Un noble reptante cual serpiente (esta habilidad inspiró una de las imágenes más potentes y reproducidas del libro: «El conde salía lentamente por la ventana y empezaba a reptar, cabeza abajo, por el muro del castillo hacia aquel espantoso abismo, con la

capa extendida en torno suyo como unas grandes alas»), extravagante como una casamiento cingaro, escabroso pero sencillo y transparente como cristal de Bohemia, daba mucho miedo a las jovencitas inglesas que leían en la penumbra de su acogedor hogar la novela, pero difícilmente hubiera podido aterrorizar a las generaciones venideras. De hecho, el suspense —verdadero resorte del miedo— es prácticamente nulo, pues no son necesarias ni cincuenta páginas de libro para que sepamos que el tipo está como una cabra, domina a los lobos, tiene pelos en las palmas de las manos, no se refleja en los espejos y duerme en un ataúd, siempre por el día. Tampoco le vemos comer, por lo que el bueno de Jonathan Harker algo podría haber sospechado sobre sus peculiares desarreglos alimenticios. Es por tanto un terror, el de esta novela, que hoy nos toca muy de refilón, aunque apreciemos su calidad —yo soy de los que dice que la novela es buena y está estupendamente escrita— y el arrojo de su autor para exponer ciertos temas.

*Drácula* es la primera obra maestra de la literatura popular, una novela que, por todo lo dicho, nació para desafiar a su tiempo de un modo ambiguo pero indudable, haciendo que el propio Bram Stoker, acaso absorbido por el atractivo de su criatura, desapareciese tras ella, quedando para la posteridad como una sombra difusa, misteriosa, del vampiro transilvano. ■■■

EL



por JUAN MARSÉ

**DE CUANDO LA CIUDAD DE BARCELONA ME INVITABA A SOÑAR, RECUERDO EL LEJANO DÍA** que vi el Nautilus del capitán Nemo emerger súbitamente de las aguas del puerto con los tentáculos de un pulpo gigante apresándolo. Tendría yo nueve años y el monstruo me fascinaba y me aterraba.

El pasado mes de julio un equipo de científicos del Museo Nacional de Ciencias y Naturaleza de Tokio logró captar las primeras imágenes de un calamar gigante en las profundidades del Océano Pacífico. No era la primera vez que colocaban un cebo a un kilómetro de la superficie y, metidos en un discreto sumergible, a oscuras en la inmensidad, esperaban pacientemente al cefalópodo. Pero esta vez, las milenarias paciencia y discreción niponas fueron compensadas con creces. Durante unos instantes, la esquiva criatura se dejó ver. Los telediarios se hicieron eco de la noticia y las imágenes han dado la vuelta al globo.

Apenas unas imágenes furtivas de su cuerpo plateado y sus enormes, impresionantes ojos, apenas unos instantes de su existencia real, errante y solitaria; porque su astucia debe ser proporcional a su envergadura y, en cuanto advierte que no está solo, el misterioso invertebrado se vuelve por donde ha venido. Los científicos le siguen unos pocos metros, maravillados, antes de perderle de vista para siempre, descendiendo elegantemente hacia la zona abisal; allí donde no llega la luz solar y habitan seres de apariencia monstruosa, luminiscentes, llenos de garfios, cuernos y dientes puntiagudos... ¿Adónde va? En opinión de los paleontólogos que amplían la noticia, probablemente a ponerse a salvo en una gruta submarina, la guarida de un *kraken* prehistórico.

El *Kraken* es un animal mitológico de las leyendas escandinavas, a medio camino entre la antropología y el folclore, un pulpo gigantesco capaz de hundir barcos y arrastrarlos al fondo del mar. La contundencia de su nombre —¿no suena a rotura seca, brutal, a quebrantamiento de huesos?— me trae recuerdos de infancia, de historias fantásticas de terror y de aventuras. Recuerdo una ilustración fabulosa que mostraba al *kraken* como un titán de los mares envolviendo un galeón con sus colosales tentáculos. Ha sido imagen recurrente en cromos y en tebeos, en portada de novelas de aventuras, y hasta en películas de ciencia ficción de serie B. Es la misma ilustración que también recuerda el profesor Aronnax, biólogo y prisionero del capitán Nemo, a bordo del Nautilus, en algún momento de la fascinante novela *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Solo en la célebre ilustración dice el profesor haber visto a la bestia marina, pero lo dice poco antes de ser testigo de una batalla memorable, a hachazo limpio, entre el sombrío capitán Nemo y un grupo de pulpos feroces.

Julio Verne sería hoy un navegante habitual de ese océano infinito llamado Internet, empujado por la misma insaciable curiosidad que le llevó en su época a barajar información real y, allí donde no hallaba respuestas, dejar volar la imaginación. Pero la imaginación no se manifiesta en Internet del mismo modo que lo hacía en mi Barcelona de los nueve años, y donde la ficción literaria y la imaginación quisieron ver entonces amenaza, ferocidad y coraje, el equipo de científicos japoneses que intentaron seguir al monstruo hasta el abismo solo vieron timidez, belleza y soledad. «Cuando le vi —declaró uno de ellos—, me pareció muy solo». ■

# VIBRADORES VICTORIANOS

## la industrialización del orgasmo



por Josep Lapidario

«La masturbación es la actividad sexual primaria de la humanidad. En el siglo XIX era una enfermedad; en el XX, una cura».  
(Thomas S. Szasz)

Hace diez años se emitió en la CBC una breve serie de ciencia ficción *steampunk* llamada *Las aventuras secretas del joven Julio Verne*.

Rodada directamente en vídeo, con guiones infames y actuaciones lamentables, la serie imaginaba a Verne como un aventurero que realmente experimentó todo lo que más tarde vertería en sus novelas: viajar en el Nautilus, en una expedición al centro de la Tierra o alrededor del mundo en ochenta días. En el primer capítulo, una misteriosa mujer secuestra al inexperto Verne y le tortura para obtener sus secretos atándolo a una curiosa invención: una silla vibratora. Una pequeña vibración resulta muy placentera y agradable, pero si Verne se niega a hablar, el dial subirá... Al ver esa escena no pude evitar sonreír y lamentar que Verne (el auténtico) no hubiera previsto la muy cercana invención del vibrador con el mismo espíritu visionario que le hizo anticipar el submarino.

En el controvertido ensayo *La tecnología del orgasmo*, la investigadora Rachel P. Maines sostiene que desde la Antigüedad clásica se consideraba que las mujeres insatisfechas sexualmente (lo que usualmente era definido como incapacidad de llegar al orgasmo mediante el coito vaginal) desarrollaban una «enfermedad» nerviosa llamada histeria, tradicionalmente tratada mediante toques manuales a cargo de una partera hasta llegar al, ejem, «paroxismo histérico». En el siglo XIX la invención del vibrador electromecánico como utensilio de fisioterapia tendría un efecto secundario no previsto pero rápidamente aprovechado por los médicos: producir estos «paroxismos» de forma más rápida y eficaz, sin poner en peligro su respetabilidad ni la de sus pacientes al estar aplicando un tratamiento médico sin connotaciones abiertamente sexuales... Un bonito caso de tecnología camuflada socialmente. Esta tesis, reflejada en películas como la reciente comedia romántica *Hysteria* (fallida

aunque aparezca mi musa Maggie Gyllenhaal), es matizable y discutible, como veremos en detalle en este artículo. Y aunque sea divertida la imagen del pacato médico victoriano aplicando vibradores sobre los genitales de sus sorprendidas pacientes, la cosa no fue exactamente así...

En realidad la era victoriana no fue tan sexualmente como se cree en la actualidad. Abundaban la literatura erótica y los grabados subidos de tono, la propia reina Victoria coleccionaba dibujos de desnudos masculinos, y es falso, a juzgar por cartas y documentos de la época,

que se creyera que las mujeres no experimentaban placer sexual. Eso sí: muchas damas de clase media y alta se metían en el lecho matrimonial sin tener la más remota idea de qué se introducía dónde y cómo, lo que daba lugar a situaciones incómodas similares a las que refleja Ian McEwan en *On Chesil Beach*, ambientada en 1962 pero con una protagonista femenina francamente victoriana.

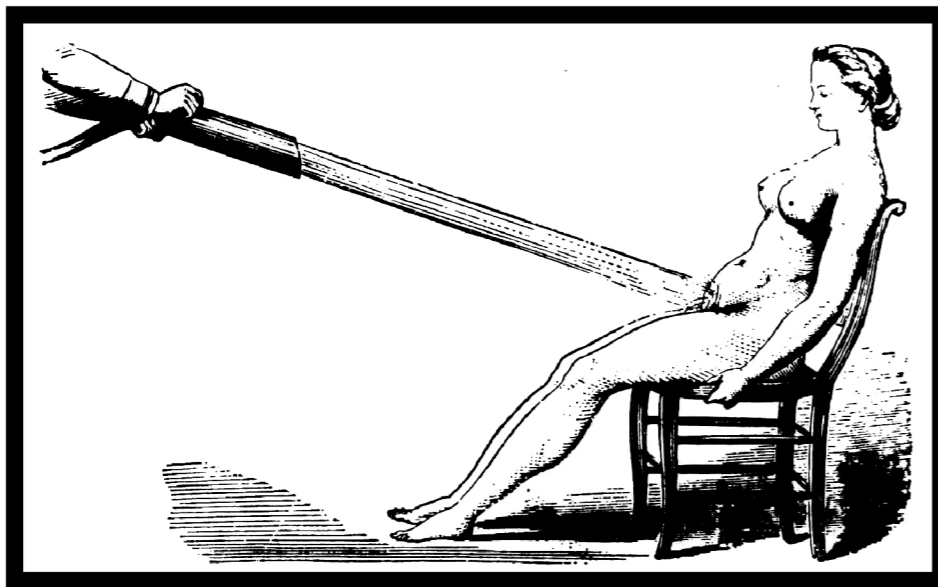
Pero vayamos paso a paso. Antes de llegar a los vibradores a vapor, empecemos por la tecnología digital. *Literalmente* digital.

## EL HÁBIL DEDO DE LA MATRONA

*Como consecuencia del tacto de los órganos genitales, la paciente tuvo sacudidas acompañadas de dolor y placer similar al experimentado en el coito, tras lo que emitió esperma turbio y abundante y se encontró liberada de sus males.*  
(Galeno, *Del uso de las partes*)

En el *Timeo*, Platón describe más o menos metafóricamente el útero como un animal (*zoon*) con tendencia a pasearse por el interior del cuerpo de la mujer en respuesta a ciertos estímulos; «tal como un animal dentro de otro animal», en palabras de Areteo. Al acumularse un exceso de líquidos («esperma femenino») en este *alien* errante, principalmente por causa de la abstinencia sexual, el *zoon* se rebela provocando todo tipo de males... En particular un trastorno difuso que se ha llamado a lo largo de los siglos histeria (*de hystera* o útero), furor uterino, *suffocatio matricis*, «melancolía de doncellas, monjas y viudas» o trastorno histeroneurasténico en la jerga psiquiátrica posterior. Los síntomas de este «desarreglo» eran ansiedad, insomnio, irritabilidad y «ganas de buscar problemas», nerviosismo, risas o llantos, fantasías eróticas, «excesiva» humedad en la vulva, sofocos...

El androcéntrico razonamiento subyacente era que si una mujer no alcanzaba el orgasmo de forma «normal» y «saludable» (únicamente mediante la penetración vaginal), padecía una enfermedad con su propia sintomatología... y tratamiento. Si la abstinencia provocaba acumulación de fluidos en el útero, el coito terapéutico parecía la mejor opción de cura, o a falta de ello, la mano hábil de una partera o incluso la ayuda de un dildo. En los *Consilia* de Ferrari de Gradi, en el siglo XV, puede leerse: «habiendo una matrona envuelto un dedo con un pedacito de tela y habiendo mojado ese dedo en aceite de lis en el cual se habrían disuelto mirra y nuez moscada, meterá ese dedo en la vulva y le hará toques con el fin de que su naturaleza de mujer sea excitada y así no retenga la materia que debe evacuar hacia abajo. Y así se le ayudará hasta el momento en que tenga una relación con el propio marido. Y si él no puede satisfacer totalmente su deseo (*maior delectatio*), se elaborará



un instrumento en madera que se revestirá de tripa de animal; se untará con el aceite y el polvo del que hablamos antes, y enseguida se le introducirá a la paciente, agitándolo hasta la emisión del esperma femenino».

(Abro un paréntesis: el dildo no producirá estimulación clitoral, pero menos da una piedra... Aún faltaban siglos para la vibración mecánica, a menos que nos creamos la leyenda apócrifa según la cual Cleopatra construyó un rudimentario vibrador con un tubo hueco de cobre relleno con abejas vivas).

En el siglo XVII Pieter van Foreest repite la sugerencia masturbatoria en *Observationem et Curationem Medicinalium ac Chirurgicarum Opera Omnia*, reconociendo haberla extraído de los *Consilia* pero apuntando más lejos hacia el pasado: «Galeno y Avicena, entre otros, recomiendan esta estimulación de la mujer hasta el paroxismo, especialmente para las viudas, para las que llevan una vida de castidad y para las mujeres religiosas; se recomienda con menos frecuencia para mujeres muy jóvenes, públicas o casadas, para quienes es mejor remedio la cópula con sus parejas».

Un análisis más detallado de lo que realmente decía Galeno pone en duda que esta recomendación fuera tan clara como parece. En un documentadísimo artículo llamado *Galeno y la viuda: hacia una comprensión de la masturbación terapéutica en ginecología antigua*, la profesora Helen King pone en duda el uso de los clásicos llevado a cabo por Maines en su libro, y destaca que Galeno no recomendaba realmente la masturbación ni menos aún la practicaba él mismo, sino que describía de forma neutra el uso de la misma por parte de matronas como «remedio tradicional» para la histeria.

En cualquier caso, sea por un prurito paco-to o por simple confusión ante la respuesta femenina, muchos textos médicos llaman a la explosión orgásmica de la masturbación «crisis histérica» o «paroxismo histérico». En el siglo XVI el cirujano Ambroise Paré lo describía como «un éxtasis, un desmayo y arrobamiento de los espíritus, como si el alma estuviera separada del cuerpo». A principios del XIX, Franz Joseph Gall llamaba crisis histérica al sonrojo de la piel acompañado de «sensaciones voluptuosas, vergüenza y confusión» tras una breve pérdida de control, normalmente inferior al minuto.

No es que el orgasmo femenino fuera desconocido por la medicina, sino que durante siglos se asoció únicamente al coito y a la posibilidad de que aumentara el embarazo. Así pues, se aconsejaba llegar al orgasmo femenino para aumentar la fertilidad, pero también evitar efusiones similares fuera del lecho matrimonial. Durante el siglo XIX y buena parte del XX la masturbación femenina se vio como algo inapropiado, inmoral y peligroso; causa o síntoma de enfermedad física o mental. Sigmund Freud, sin ir más lejos, calificaría el orgasmo clitoral como señal de infantilismo... Cualquier excitación sexual femenina que no culminase en un coito con fines reproductivos era considerada insalubre y podía producir todo tipo de trastornos.

En 1866 el presidente de la Sociedad Médica de Londres, un ginecólogo llamado Isaac Baker Brown, culpó a la masturbación femenina de producir epilepsia, locura e histeria,

entre otros males. Como tratamiento, Brown abogó por la clitoridectomía, es decir, la extirpación quirúrgica del clítoris. A muchas de las pacientes a las que se les mutiló el clítoris para ser «sanadas» no se les informó de qué tipo de operación se les iba a practicar, solo de que iban a recibir «un pequeño ajuste en sus partes externas». Brown no fue ni mucho menos el primer médico victoriano en usar este tipo de «remedios», pero sí quien más los defendió, con una arrogancia que le hizo ganarse enemigos entre sus colegas. Por ello acabó siendo destituido: más por rivalidades internas y cuestiones de ética procedimental que por considerarse incorrecto su tratamiento.

Este horror por la masturbación deja solo un resquicio a las mujeres «histéricas» sexualmente insatisfechas... ¿Y si la masturbación pudiera camuflarse como un «tratamiento terapéutico» para trastornos femeninos? ¿Podría entonces alcanzar el éxtasis orgásmico una mujer de clase media-alta conservando su respetabilidad?

## EN LA CAJA DE PANDORA SE ESCONDÍA UN VIBRADOR

*Me gusta considerar el sexo oral, el manual y el coito como juegos preliminares al sexo con vibrador.*  
(Betty Dodson)

Los dildos terapéuticos propuestos por Ferrari de Gradi fueron evolucionando con el avance de la tecnología, aunque bajo disfraces menos evidentes que el «instrumento recubierto de tripa de animal». Durante los primeros años de la era victoriana la tecnología masturbadora estrella fue la ducha a presión de agua fría dirigida hacia la vulva. En los departamentos femeninos de los balnearios de lujo era frecuente encontrar estas duchas «estimulantes locales de la región pélvica». El médico Henri Scoutetten describía su funcionamiento con estas palabras involuntariamente cómicas: «La primera impresión

producida por el chorro de agua es dolorosa, pero pronto el efecto de la presión, la reacción del organismo al frío, que causa enrojecimiento de la piel, y el restablecimiento del equilibrio, crean una sensación tan agradable para muchas mujeres que hay que tomar precauciones para que no excedan el tiempo prescrito, normalmente cuatro o cinco minutos. Tras la ducha, la paciente se seca, se abrocha el corsé y regresa a su habitación con paso vivo».

Desgraciadamente estas duchas eran costosas, nada portátiles, dependientes de un suministro

tro constante de agua y difíciles de emplear con la precisión necesaria para producir resultados fiables (léase orgasmos). Algo parecido ocurría con el Manipulator, el enorme «aparato vibratorio de masaje accionado mediante vapor» patentado por el médico estadounidense George Taylor en 1869. El sueño húmedo de toda aficionada al *steampunk*, el Manipulator consistía en una gigantesca mesa almohadillada con un agujero a través del que una esfera vibrante masajeara la pelvis. Sus principales clientes eran los balnearios, a los que Taylor dedica un aviso: su aparato debe usarse con supervisión constante para evitar una «satisfacción excesiva».

Pero el punto G de esta historia llega en 1880, cuando el británico John Mortimer Granville culmina su estudio sobre desórdenes musculares inventando un pequeño chisme percutor accionado mediante baterías... O, por usar la aséptica descripción de Maines, un «aparato electromecánico que aplica presión a un ritmo rápido sobre el contorno de una superficie». Es el primer vibrador eléctrico portátil de la historia, acompañado de un práctico kit de accesorios (vibrátodos) de diferentes formas y tamaños. Desgraciadamente, Granville era un aguafiestas y jamás quiso que su invento se utilizara para tratar a mujeres histéricas, sino únicamente en fisioterapia: «he evitado y evitaré tratar mujeres mediante vibración, simplemente porque no deseo ser engañado por los caprichos del estado histérico ni colaborar a que confunda a otras personas». Demasiado tarde: la caja de Pandora estaba abierta y el uso de vibradores para «tratar» la histeria se extendió de forma discreta pero muy lucrativa.

Podemos seguir el rastro de varios modelos de vibrador a través de los anuncios aparecidos en revistas médicas de finales de siglo. Maines describe algunos: «muchos se sostenían en el suelo sobre rodillos, otros eran portátiles, y los había que se colgaban del techo de la clínica como una llave de impacto en un taller de automóviles moderno». El rango de precios va desde los quince dólares de los más baratos, que funcionaban dándoles cuerda (¡no quiero

imaginar el bajón de tener que parar para darle unos minutos a la manivela!) hasta el Chattanooga, un monstruo *de luxe* al prohibitivo precio de 200 dólares de la época.

Durante esos años se vivió un *boom* de la «vibroterapia» como presunta cura para todo tipo de males: artritis, estreñimiento, amenorrea, infecciones... Sin embargo, los anuncios no dejaban lugar a dudas de cuál era el objetivo principal del aparato: «resulta una ayuda impagable para el médico al tratar todas las molestias nerviosas femeninas», o «mejora inmediatamente el nerviosismo causado por los ovarios o el útero».

Según la tesis de Maines, el «paroxismo asistido médicamente» mediante vibradores se volvió muy popular, tanto (obviamente) entre las pacientes como entre el estamento médico. Un lento y artesanal masaje vulvar podía durar perfectamente una hora sin provocar la crisis histérica, dependiendo de la habilidad del médico o la partera... En cambio el vibrador provocaba el paroxismo en pocos minutos, permitiendo así tratar (y cobrar) a un mayor número de pacientes. Además, las damas que acudían a la consulta ni morían de su «enfermedad» ni por supuesto se curaban, con lo que seguían acudiendo gustosas una y otra y otra vez a recibir regularmente un tratamiento tan placentero. Todo eran ventajas.

Sin embargo, muchos historiadores opinan que Maines exagera, llevada por el entusiasmo. Es indudable que los aparatos existieron y que al menos unos cuantos médicos los usaron para «tratar» a mujeres histéricas, pero probablemente de modo mucho más discreto y subterráneo de lo que parece indicar Maines. El vibrador no aparece en novelas pornográficas de la época, aunque eso no es tan raro si el uso masturbatorio estaba exitosamente camuflado como terapia médica reservada a mujeres de clase alta. Por otro lado, en una época en que la imagen pública lo era todo, resulta difícil creer que los médicos se arriesgaran a ser acusados de comportamientos impropios con sus pacientes.

## DE SOFISTICADO EQUIPO MÉDICO A SOFISTICADO JUGUETE SEXUAL

*Hay formas morales e inmorales de usar un arma de fuego...  
Pero no hay ninguna forma moral de usar un vibrador.*  
(Dan Ireland, predicador baptista)

En cualquier caso, unas décadas más tarde el cortocircuito social que camuflaba el aspecto sexual del «paroxismo histérico» empezó a resquebrajarse. En películas eróticas a partir de 1920 empezaron a aparecer vibradores; terapeutas sexuales de los años treinta defendieron abiertamente el uso de estos aparatos para casos de «frigidez femenina»; los anuncios de vibradores saltaron poco a poco de las revistas médicas a las publicaciones femeninas de moda o costura, más o menos explícitamente vendidas como auxiliares sexuales («todos los placeres de la juventud vibrarán en ti»)... En 1952 la Asociación Estadounidense de Psiquiatría retiró la histeria o «trastorno histoneurasténico» de su lista de enfermedades, quedando al fin clasificados los «síntomas» bajo el epígrafe de simple deseo sexual de una libido sana.

En el episodio «Indian summer» de *Mad Men*, la redactora publicitaria Peggy descubre por accidente los efectos eróticos de un cinturón vibrador supuestamente pensado para adelgazar, y decide lanzar una campaña bautizándolo como «El Rejuvenecedor» y asignándole un eslogan insinuante: «amarás el modo en que te hará sentir». Es significativa la frase que emplea para describir a sus colegas el efecto del aparato: «proporciona el placer de un hombre, pero sin el hombre», una descripción que conecta con el atávico miedo masculino a ser desplazado y volverse irrelevante.

La industrialización del sexo que representa el vibrador merece una atención particular. De los orgasmos artesanos, lentamente trabajados y dependientes de la habilidad individual se pasó, gracias a la tecnología, a la producción mucho más fiable de orgasmos en serie... La totalidad del género masculino se arriesgaba a ser sustituido por las máquinas, como los artesanos y los obreros de los telares durante la Revolución Industrial. Muchos hombres empezaron a incluir

vibradores como una herramienta más de su arsenal sexual, pero otros se tomaron la misma existencia de estos juguetes como una crítica implícita a su habilidad para hacer correrse a una mujer con la penetración vaginal (del cunnilingus y la masturbación mutua manual ya hablaremos otro día).

Este molesto miedo, sumado a la pérdida del camuflaje social de respetabilidad médica, marcó el pistoletazo de salida de la guerra contra el vibrador. En países como India o Pakistán es ilegal comprarlos, y tres estados de los EE. UU. tienen leyes (¡aún vigentes!) contra la distribución de juguetes sexuales. Es especialmente gracioso el caso de Alabama, cubierto en varios reportajes por el periodista Jacob Appel. A finales de los noventa, un senador se embarcó en una cruzada para prohibir los espectáculos de *striptease*. No lo consiguió, pero durante el debate subsiguiente un predicador baptista llamado Dan Ireland convenció al fiscal general de Alabama, Troy King, para pasar una ley contra la distribución y venta de artefactos eróticos. Desde entonces cualquier distribuidor de juguetes sexuales en Alabama se enfrenta a una multa potencial de diez mil dólares, que aunque no suela aplicarse prácticamente nunca, sí actúa como elemento disuasorio.

Poco después de lanzar una agresiva campaña homofóbica, se descubrió que King había tenido alguna aventurilla homosexual... Así que no descartó que esa aversión por los dildos se complementara con la posesión de una colección de vibradores prostáticos a pilas. En cualquier caso, se lanzó una campaña para comprarle entradas a King para una obra de teatro de Sara Ruhl llamada *In the next room*, muy apropiada para cerrar el artículo. Su argumento: en la era victoriana, un médico descubre que los aparatos vibratorios con que esperaba tratar lesiones musculares tienen un efecto insospechado en una de sus pacientes... ■



# NO, NO VERÉ A JANET

—  
por Juanjo Martínez Jambrina

«EL DOCTOR CARDOSO LLAMÓ A LA CAMARERA y pidió dos macedonias de fruta sin azúcar y sin helado. Quisiera hacerle una pregunta, dijo el doctor Cardoso, ¿conoce usted los *médecins-philosophes*? No, admitió Pereira, no los conozco, ¿quiénes son? Los más importantes son Théodule Ribot y Pierre Janet, dijo el doctor Cardoso, fueron sus obras lo que estudié en París, son médicos y psicólogos, pero también filósofos, propugnan una teoría que me parece interesante, la de la confederación de las almas. Explíqueme esa teoría, dijo Pereira. Pues bien, dijo el doctor Cardoso, creer que somos “uno” que tiene existencia por sí mismo, desligado de la inconmensurable pluralidad de los propios yoes, representa una ilusión, por lo demás ingenua, de la tradición cristiana de un alma única; el doctor Ribot y el doctor Janet ven la personalidad como una confederación de varias almas, porque nosotros tenemos varias almas dentro de nosotros, ¿comprende?, una confederación que se pone bajo el control de un yo hegemónico.

# ESTA DESCORTESÍA DE FREUD PUSO PUNTO FINAL A UNA DISPUTA DE HEREDADES QUE DURABA MÁS DE 40 AÑOS.

El doctor Cardoso hizo una breve pausa y después continuó. Lo que llamamos la norma, o nuestro ser, o la normalidad es solo un resultado y depende del control de un yo hegemónico que se ha impuesto en la confederación de nuestras almas; en el caso de que surja otro yo, más fuerte y más potente, este yo destrona al yo hegemónico y ocupa su lugar, pasando a dirigir la cohorte de las almas, mejor dicho, la confederación».

*Sostiene Pereira, Antonio Tabucchi, 1994.*

Lo grave de un genio es que es abrasivo para toda su generación, solía decir Francisco Umbral. En el caso concreto de los contemporáneos de Sigmund Freud (1856-1939) los quemados se cuentan por decenas. Uno de los más dañados por el éxito social de las teorías freudianas fue el médico y filósofo francés Pierre Janet (1859-1947), padre de la psiquiatría dinámica francesa, que tuvo la desgracia de tener que vivir en paralelo con el médico vienés que revolucionó el mundo con la invención del psicoanálisis.

La obra de Pierre Janet, de innegable valía técnica, es un claro ejemplo de la importancia del contexto social para que una teoría científica triunfe o fracase. Su vida fue una continua pugna por evitar el advenimiento del psicoanálisis freudiano. Así las cosas, lo que le sobrevino a Janet fue una sonora derrota que llegó en medio de un estruendoso olvido. El tiempo y la historia no

han tratado bien a Pierre Janet y sus teorías, que pasan por obsoletas y son objeto de durísimas críticas de las que se libran conceptos freudianos muy similares a los de Janet. Debe tenerse muy presente que de la mano de Janet y Freud llega en las postrimerías del siglo XIX la llamada psiquiatría dinámica. O sea, el embrión de las dos mayores escuelas de psicoterapia que han visto los tiempos: el psicoanálisis y el cognitivismo (Janet). Freud y Janet coinciden con poco más de 30 años en el parisino hospital de La Salpêtrière en las clases del gran Charcot, santo patrón de todas las histerias. Y ambos llegan en fechas muy próximas al descubrimiento del inconsciente y de su papel en las enfermedades psíquicas. De aquí arranca la primera espina entre ambos. ¿Quién fue el primero en dar nombre y función a dicho concepto? Janet lo publicó antes pero parece cierto que Freud trabajaba ya con él en el año en que Janet leyó su tesis sobre *El estado mental de las histéricas*, en 1893. A renglón seguido, Janet tuvo la ocurrencia de patentar su método curativo de las neurosis como «análisis psicológico» y enfatizar la importancia para la curación de la relación terapéutica entre médico y paciente. ¡Cómo no discutir con Freud si este, pocos meses después, bautiza con el nombre de «psicoanálisis» su invento! Pero aunque los nombres sean similares, antes de finalizar el siglo la distancia conceptual entre ambos es grande. Y lo peor de todo, Janet se había hecho una idea incompleta del psicoanálisis y Freud una idea deformada del trabajo de Janet. La competencia ya es abierta y terrible. Freud, gran publicista, espera hasta 1900 para publicar un libro que marcará el desputo de su fama: *La interpretación de los sueños*. La inquina de Janet, que en esos primeros años del siglo XX es aún más popular que Freud, aumenta y sus ataques contra el psicoanálisis son frecuentes. Janet rechaza el pansexualismo que impregna la teoría psicoanalítica de las neurosis y el funcionamiento «sectario» de Freud con sus discípulos. El punto de inflexión del combate entre los dos lo marca el Congreso Internacional de Medicina de Londres en 1913. Freud se niega a asistir para presentar el psicoanálisis ante el público europeo y envía a Jung que es quien se enfrentará a un envalentonado Janet. El francés se lanza a tumba abierta y profetiza: «En un futuro, el psicoanálisis será recordado exclusivamente por su contribución al análisis psicológico». Justo al revés

de lo que ha venido sucediendo hasta la fecha... La apisonadora freudiana había comenzado a funcionar y su método se extendía como la peste por los cinco continentes. Se viene el ocaso de Janet. Sus teorías comienzan a languidecer pese a que sigue pariendo conceptos que llegan vivos hasta nuestros días: psicostenia, obsesiones, disociación, etc. Es curioso que Janet, que fue filósofo antes que médico, reclamó un sustrato orgánico como base de la patología neurótica mientras que Freud, que era neurólogo, se entregó a los brazos de la psicogenia hasta la embriaguez. Hoy sabemos que tal vez el modelo janetiano, más próximo a lo biopsicosocial, está más cerca de ser cierto que el freudiano pero siempre es más seductor, más novelesco entregarse a las pulsiones sexuales que a la neurobiología. ¡Ahhh! ¡el sexo! ¡la sexualidad! Ahí, en esa brillantísima intuición comercial radicó gran parte del fulminante éxito social del freudismo.

Hacia 1930 de la fama de Janet no queda ni la raspa. El psicoanálisis le sepultó en el olvido. Tras rumiar su derrota durante varios años, no se sabe muy bien por qué, el anciano sabio francés quiso encontrarse con Freud. En 1937 Édouard Pichon, un yerno de Janet que se hizo psicoanalista, escribió a Freud para solicitarle que recibiera a Janet, que iba a pasar por Viena. Pero Freud respondió muy duramente en una famosa carta que envió a Marie Bonaparte,

una discípula: «No, no veré a Janet. No puedo evitar reprocharle que se haya comportado injustamente con el psicoanálisis, y personalmente conmigo, y que nunca haya hecho nada para repararlo. Fue lo bastante torpe como para decir que la etiología sexual de las neurosis solo podía germinar en la atmósfera de una ciudad como Viena. Más tarde, cuando los escritores franceses difundieron el rumor de que yo había seguido sus conferencias y le había robado sus ideas, él, con una sola palabra, habría podido poner fin a tales habladurías puesto que, en realidad, nunca hablé con él, ni oí pronunciar su nombre durante el período de Charcot. No, no lo veré». Pese a todo y aunque cueste creerlo, gracias a otra carta de Édouard Pichon enviada al psiquiatra Henry Ey se sabe que en abril de 1937 el eminente especialista Pierre Janet llamó a la puerta de la casa de Sigmund Freud en el 19 de la Bergasse. Fue rechazado por el ama de llaves que le respondió que el profesor no se encontraba. No, no veré a Janet... repitió el orgulloso vienés. Esta descortesía de Freud puso punto final a una disputa de heredades que duraba más de 40 años. Freud moriría en el exilio en Londres en 1939 y Janet en París en 1947 a la edad de 87 años. El día que falleció Pierre Janet, un 24 de febrero, una inoportuna huelga de imprentas impidió la difusión de la noticia de la muerte de uno de los mayores especialistas mundiales en el estudio de las neurosis. ■

## LIEBESTRAUM Nº3

partitura en Ab M.,  
para piano  
de Franz Liszt

*Poco Allegro, con affetto*



# INSTRUCCIONES

## PARA RESERVAR HABITACIÓN EN EL UNIVERSO PARALELO

por Pedro Torrijos

«El Gran Hotel. Diseñado por Antonio Gaudí. Construido en 1908»  
Over There. Fringe. SE02 EP22/23.

### 1. ELIJA DESTINO Y MEDIO DE TRANSPORTE

Lleva ya un tiempo guardando días libres, agrupando moscosos y ahorrando lo que ha podido para tomarse esta semana de vacaciones. Un paquete de tabaco que dura como tres, una carretera nacional en lugar de la autopista, lentejas en *tupper* que le han permitido conservar esos ocho euros día tras día, aun a costa de una dieta demasiado rica en hierro; todo ha sumado y ahora no piensa escatimar. Se lo merece.

¿Brindisi en barco? Puede ser, pero quizá es muy cerca. ¿El Raj británico en una casa de vapor? Exótico sí, pero el elefante mecánico traquetea demasiado y es incómodo. ¿Un viaje por el Índico en el Nautilus? No sé, no sé, la humedad acaba siendo un fastidio y se mete en los huesos. Ya sé, ¿y si visita usted los Estados Unidos en dirigible?

Claro que sí. Los Estados Unidos de América. El país de las barras y las 48 estrellas; del segundo presidente de raza negra tras Martin Luther King; del rock y los cómics de superhéroes; del baloncesto de la NBA y los rascacielos.

Le hubiera gustado visitar el Golden Gate, pero el Gran Terremoto del 71 se llevó San Francisco y gran parte de California al fondo del mar; además, la costa Oeste sigue siendo un lugar peligroso. ¿Y en el Este? En Stone's Hill se

encuentra el precioso monumento en memoria de Impey Barbicane y los héroes del primer viaje a la Luna de 1865, sin embargo, el resto de la Florida es bastante aburrido. En Boston podría asistir a un partido de los Celtics, pero con la mitad de la ciudad bajo la cuarentena del ámba apenas queda nada más por ver. ¿Washington y el nuevo edificio de la Casa Blanca, construido sobre las ruinas que dejaron los ataques del 11-S? Demasiada policía y demasiada seguridad.

¿A quién quiere engañar? Usted ya lo tiene decidido; va a ir a la ciudad que nunca duerme, a la ciudad de los Dodgers, de los velocípedos y del Empire State Building. El lugar donde se levanta el único edificio que Antoni Gaudí construyó fuera de España. Sí, va a ir a Manhattan.

### 2. ELIJA HOTEL Y TOME EL DIRIGIBLE

Le recuerdo que si quiere alojarse en el Gran Hotel de Manhattan debe reservar con varias semanas de antelación. No en vano, el edificio es, como su nombre inicial indicaba —Hotel Atracción—, un verdadero reclamo para una ciudad que no está precisamente escasa de ellos.

Tras el éxito que supuso la inauguración de la Sagrada Familia en 1906, Gaudí quería seguir explorando las posibilidades de esa arquitectura orgánica que abanderaba y que, según él, contaba con las formas regladas —superficies curvas

generadas a partir de rectas— como elemento primario de construcción: «Los paraboloides, hiperboloides y helicoides, variando constantemente la incidencia de la luz, tienen una riqueza propia de matices, que hacen innecesaria la ornamentación y hasta el modelaje». Estas superficies, junto con la catenaria funicular, aparecen con claridad en varias obras de Gaudí, como la bóveda hiperboloide de la propia Sagrada Familia o el desván de arcos parabólicos de la Casa Milà de 1910.

Pero Gaudí necesitaba algo más, necesitaba demostrar la verdadera capacidad de su investigación estructural. Enseñar al mundo que, si se querían levantar edificios de gran altura, la solución no podía ser la de la acumulación de plantas con esqueleto metálico que sostenía el Flatiron Building (Daniel Burnham, 1902, 87 m) o el Park Row Building (R. H. Robertson, 1899, 119 m) y que estaban empezando a conformar la imagen de la Nueva York de principios del siglo XX. Por eso, cuando se canceló el proyecto del Parc Güell en 1907, el arquitecto catalán aceptó gustosamente el encargo de dos inversores estadounidenses para construir un hotel de 360 metros de altura.

Sería un edificio como no había otro y emplearía lo que él consideraba como la verdadera honradez estructural: el respeto por las formas que originaban las propias cargas. Sería un peculiar rascacielos.

Así pues, y junto a uno de sus ayudantes, el escultor Joan Matamala, proyectó un edificio que enseñaría la arquitectura de Gaudí al mundo y se convertiría en el techo de Manhattan hasta que se erigieron las Torres Gemelas en 1970. Y pese a que su construcción se preveía superior a siete años, fue diseñado y levantado en tiempo récord; encomendado en enero de 1908, el Hotel Attraction abrió sus puertas para celebrar con una gran fiesta la Navidad de ese mismo año.

Acuda entonces al aeródromo más cercano y coja el dirigible a Nueva York. El viaje dura más de un día y la aeronave tendrá que repostar en la isla de Lincoln —aunque todo el mundo la siga llamando *isla Misteriosa*—, pero desde que los aviones fueron prohibidos tras el 11-S es el medio más rápido para cruzar el Atlántico.

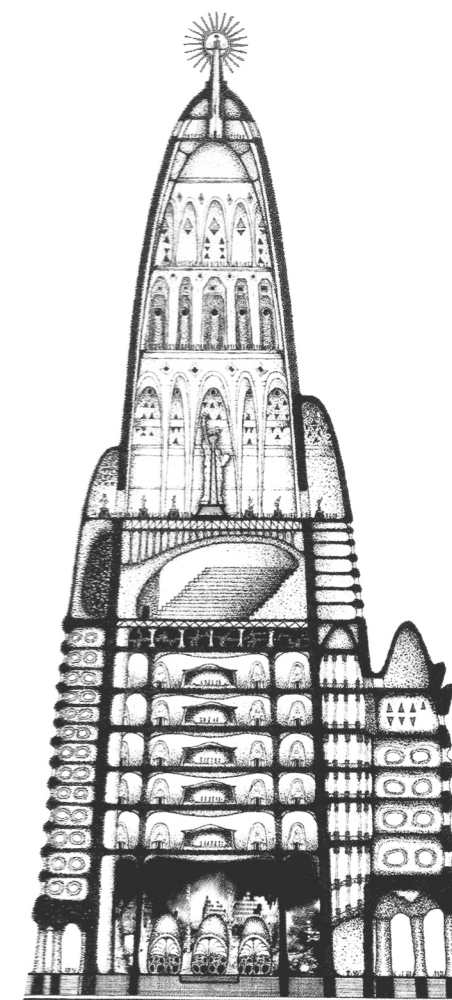
### 3. ATERRICE EN MANHATAN Y DISFRUTE DE SU ESTANCIA EN EL GRAN HOTEL

Como seguramente conoce, los vuelos internacionales toman tierra en la azotea de la Torre Sur del World Trade Center, estando reservado el Observation Deck del Empire State para los trayectos domésticos. Mirando por la ventana de su asiento, habrá visto la bronceína figura de la Estatua de la Libertad y el ámbar de similar color que cubre el Madison Square Garden; y ahora se pregunta, según se acerca lentamente a los formidables prismas de acero blanco, qué habría sido de las Torres Gemelas si los pasajeros del American 11 y el United 175 no hubiesen podido desviar los aviones y estrellarlos en el océano.

Una vez haya descendido por los turboascensores y ponga el pie en el suelo de Manhattan, dirija su mirada hacia el noroeste; allí verá la silueta paraboloide del Gran Hotel —como fue rebautizado en los años 30— situado a poco más de un kilómetro del WTC. Puede tomar un taxi o, si el peso de su maleta se lo permite, dar un paseo de quince minutos por Liberty Street hasta Broadway y de ahí a la derecha por Park Row hasta el número 8 de Spruce Street.

Posiblemente se pregunte, viendo los bloques que le rodean, por qué el edificio de Gaudí no creó escuela en Nueva York, por qué el *skyline* de la ciudad está dominado por construcciones esencialmente prismáticas. Bueno, quizá lo averigüe cuando llegue al hotel y lo conozca un poco mejor.

Lo primero que le va a sorprender, incluso antes de entrar, es su fachada. Un polícromo mosaico, que va desde el verde de la base hasta el gris y el rojo de las alturas superiores, recubre toda la envolvente del



# DECIMÓN NÓNICA

por JUAN JOSÉ MILLÁS  
ilustración de ALBERTO GAMÓN

**LO MEJOR DE HABER VIVIDO EN LA ÉPOCA DE JULIO VERNE** es que estás muerto. O que puedes hacerte la ilusión de estarlo, ya que los habitantes del siglo XIX y los del XXI somos, al fin y al cabo, los mismos, de igual modo que la cucaracha que mata usted hoy de un zapatazo en el cuarto de baño de su casa es la misma que mató Verlaine hace siglo y medio en el cuarto de baño de la suya. Decimos Verlaine porque es el primer contemporáneo de Verne que se nos ha venido a la cabeza, pero podíamos haber nombrado a su amigo (es un decir) Rimbaud o a Flaubert, da igual, seguro que todos ellos mataron cucarachas, está en la condición humana perseguir a esos bichos que trabajan a turnos detrás del bidé, mientras nos lavamos los genitales externos y el culo, o hacemos baños de asiento para aliviar las hemorroides. ¿Cómo diferenciar por cierto las hemorroides de entonces de las de ahora, las de Maupassant, si las tuvo, de las de Paulo Coelho, que quizá? De ninguna manera, porque son las mismas, como las cucarachas. Ha cambiado la forma del zapato, han mejorado las cremas para las varices, pero no la actitud moral ni el gesto de asco con el que aplastamos a los insectos o desinflamamos las venas.

Viene todo esto a cuento de las personas a las que les habría gustado vivir en el siglo XIX, ya sea en el ámbito francés, en el anglosajón o en cualquier otro. Hay gente que no está de acuerdo con la época que le ha tocado vivir como hay gente que no está de acuerdo con su sexo. A veces no están de acuerdo ni con su época ni con su sexo.

—A mí me habría gustado nacer en el siglo XIX y ser mujer, para acostarme con Víctor Hugo —le escuché decir el otro día a un tipo en un programa cultural de la tele.

El XIX pasó ayer, como el que dice. De hecho, la gente de mi edad (nací en 1946), y si nos atenemos a lo meramente factual (signifique lo que signifique factual), viene casi sin excepción del XIX, desde donde ha dado misteriosamente el salto al XXI. Quiere decirse que hemos lavado las sábanas y los calzoncillos a mano, que los hemos tendido sobre la yerba, para que blanquearan, que hemos vareado la lana del colchón, que hemos ido andando a la escuela (seis kilómetros) con lluvia o con nieve, que hemos conocido el tifus, la difteria, la disentería, que hemos tenido más hermanos de los que cabían en casa, que los hemos visto morir con naturalidad de infecciones que hoy se curan con un par de pastillas, y que hemos trabajado en oficinas en las que había escupideras sacadas de las novelas rusas del siglo XIX. Además, se utilizaban.

Nosotros, la gente del siglo XXI con más de 65 años, hemos leído a Julio Verne (1828-1905) como a un contemporáneo. Era, milagrosamente, un contemporáneo fascinado, igual que nosotros, por las máquinas. Nosotros somos maquinistas en el significado más amplio de la palabra. Si lo piensas, el sentido del siglo XIX no fue otro que el de darle la razón al

XVIII, que es el de la razón, valga la redundancia. El triunfo de la razón se ejemplifica en la Revolución Industrial y en la aparición de la aspirina y en la diferenciación de las aguas residuales de las potables. Es también el siglo de la aparición de la vacuna contra la rabia.

En mi casa, por cierto, se nos murió un perro de rabia. Aunque estamos hablando de 1955, más o menos, vivíamos, créanme, en la misma época en la que Verne publicó *De la Tierra a la Luna*. Se trata de un desajuste temporal sobre el que nadie ha escrito todavía, espero que alguien me siga. El caso es que mis hermanos y yo nos tuvimos que vacunar contra la rabia, para lo que íbamos todos los días desde nuestro barrio, en la periferia de Madrid, hasta el centro de la ciudad, donde se hallaba el Instituto Antirrábico. Íbamos a pie, con las suelas de los zapatos rotas, aunque había un tranvía del siglo XIX que no podíamos pagar.

Mírennos, somos esa familia de nueve hermanos, además del padre y de la madre, y de un par de primos que habían tenido contacto también con el perro rabioso, de nombre Sultán, no te lo pierdas. Somos esa familia, digo, que baja por la calle de López de Hoyos en fila india, buscando el paseo de la Castellana, para dirigirse desde él a la estación de Atocha. No sé cuántos kilómetros, muchos, desde la perspectiva del siglo XXI, para hacerlos a pie. Y lo que vemos mientras recorremos Madrid de un extremo a otro no es una urbe del siglo XX, sino una ciudad del XIX.

Así era la capital, por inexplicable que parezca. Acabábamos de estrenar el agua corriente, pero no existía aún la recogida de basuras. Tampoco conocíamos la tele, por ejemplo, y teníamos un par de aparatos de radio, sí, pero de galena, aquellos en los que había, dentro de una ampolla de cristal, una piedra que atraía mágicamente las ondas. El siglo XX de los pobres fue como un siglo XIX de la clase media o media baja. Tengo a Dostoievski también por un contemporáneo, por eso no me extraña que los escritores del XIX nos plagien a nosotros en lugar de nosotros a ellos. Lees algunas novelas de Benito Pérez Galdós, por citar a alguien de la tierra, y dices: ¡Coño, si esto ya lo ha escrito Fulano! Fulano es un escritor vivo, con el que tomas café todos los lunes.

En el Instituto Antirrábico, donde había muchas escupideras rusas, nos pinchaban en el vientre, un día en el lado izquierdo y otro en el derecho, siete veces a la semana. De vuelta a casa por aquellas calles estrechas de hace un par de siglos, mi padre trataba de convencernos de las ventajas de la vacuna, pues el virus de la rabia atacaba al sistema nervioso central provocando unos síntomas espantosos que incluían la paralización paulatina de todos los miembros, incluidos los ojos y la lengua. La muerte, claro, se producía por asfixia e ibas al infierno porque en tales circunstancias resultaba imposible no cagarse en Dios, siquiera mentalmente. ¿Era o no era una suerte haber nacido en el siglo XIX y ser por tanto

# TAKE UP THE WHITE MAN'S BURDEN



por Tsevan Rabtan

Cuando Julio Verne nació, en 1828, la Revolución Industrial había demostrado ya su poder en Gran Bretaña. Con ella, con sus éxitos indiscutibles, y por la mitificación de una casualidad histórica que fue vista como un designio racial, nacerían —y crecerían durante todo el siglo XIX— la esperanza y el horror. Sus cimientos son contemporáneos del escritor francés y se exaltan en sus obras. De eso trata este artículo, de la cara b del nacimiento de la modernidad.

Cuando Julio Verne nació, en 1828, la Revolución Industrial había demostrado ya su poder en Gran Bretaña. Con ella, con sus éxitos indiscutibles, y por la mitificación de una casualidad histórica que fue vista como un designio racial, nacerían —y crecerían durante todo el siglo XIX— la esperanza y el horror. Sus cimientos son contemporáneos del escritor francés y se exaltan en sus obras. De eso trata este artículo, de la cara b del nacimiento de la modernidad.

La época de Verne es, en parte, una época de adanismo. Los hombres blancos, europeos, anglosajones, franceses y alemanes, se deslizaron con enorme derroche de buenas intenciones sobre lo que consideraban obvio: que el poder de las máquinas europeas,

primero, y el poder de su ciencia, después, eran la demostración de que la raza blanca era superior y que a ella incumbía guiar a los demás pueblos hacia la paz, la prosperidad y la felicidad, pagando el precio de su sometimiento. El racismo no era nuevo, lo nuevo era su método y su justificación. La inferioridad ya no derivaba de cuestiones no sistematizadas relacionadas con el salvajismo, las costumbres o la religión, sino de algo mucho más peligroso: de la cuantificación. Los europeos decidieron que la misma ciencia que había producido máquinas tan asombrosas podía aplicarse sin más a la explicación de fenómenos mucho más complejos, pero que ellos, con ese optimismo tan evidente en la obra de Verne, consideraban perfectamente abarcables. Ya no nos preguntábamos si un indio tiene o

no alma, sino que medíamos y pesábamos su cerebro o su cráneo y sacábamos conclusiones.

Hablaba antes de buenas intenciones y así creo que fue, pero preñadas de una perezosa e interesada creencia: si la realidad era producto del determinismo biológico, la superioridad material de la tecnología y la ciencia blancas eran a la vez una prueba de la superioridad de ciertas razas; si explicábamos con un método «científico» por qué los negros o los asiáticos eran inferiores, la dominación sería no solo benéfica para el conjunto de los seres humanos, sino inevitable.

Se trató de un movimiento absolutamente transversal, en el que muchas figuras «progresistas» abrazaron con entusiasmo explicaciones pseudocientíficas y programas enajenados, a menudo olvidados pese a encontrarse en el origen de gran parte de los horrores del siglo XX. Esas pretensiones y sistemas beberán de las lecciones e ideas de hombres como Saint-Simon, Comte, Carlyle, Spencer, Disraeli, Dilke, Zola, Lombroso, Pearson o Bernard Shaw. Es esta la época de Galton y de De Gobineau. El uno, en su *Hereditary genius: an inquiry into its laws and consequences*, concluyó que los caracteres importantes estaban totalmente determinados por la herencia y que la especie humana podía ser mejorada planificando el nacimiento de los más dotados y prohibiendo la reproducción de aquellos que podían manchar, con su estupidez y su grisura, la herencia de las generaciones futuras. El otro dio un salto desde el individuo y en sus *Essai sur l'inégalité des races humaines* las comparó, concluyendo que los negros de África se situaban en lo más bajo de la escala y que el mestizaje de los pueblos europeos —como consecuencia de la expansión imperial de griegos, romanos y turcos— con razas orientales y africanas, había producido una degeneración de la raza blanca de la que solo se salvaba la germánica que habitaba en Gran Bretaña, Alemania, Bélgica y norte de Francia.

Todas estas teorías se veían reforzadas por una creencia en la inevitabilidad del progreso y

del conocimiento científicos, aplicados a todo tipo de saberes y, en particular, a las ciencias sociales. El salto de la hipótesis darwinista en la evolución de las especies al llamado darwinismo social, dado por Spencer, era prácticamente inevitable. La lucha por la vida aparecía como el motor en la evolución de las naciones, y las más fuertes y dotadas para la lucha y la abstracción, para el desarrollo material y para el espiritual, tenían que ser las europeas. Se convirtió además en un movimiento «meritocrático», porque el héroe de la raza podía ser un hombre de clase media, elevado por sus méritos, y porque el establecimiento de sus designios podía organizarse burocrática y ordenadamente.

Ya no solo se podía crear una máquina para producir mejor y más deprisa. También se podía lograr una sociedad mejor, basada en el desarrollo físico, moral y espiritual, conforme a principios sistematizados. La alucinación colectiva comenzaba y aún se creía que el progreso científico sería la respuesta para todas las preguntas. Es comprensible que un «saintsimoniano» como Jules Hetzel se comprometiera con esa visión ideal y dedicase parte de su labor editorial a la formación de las masas y, en particular, de los niños. Los libros que saldrán de sus imprentas están repletos de información sobre los avances tecnológicos y sobre la diferencia entre el mundo civilizado, con sus fábricas, ferrocarriles, ciudades llenas de bullicio y entusiasmo, y las naciones atrasadas, nostálgicamente atractivas, pero solo como ese lugar en el que los héroes y aventureros pueden dejar su huella. Son héroes y aventureros europeos, que arrostran peligros y actúan como el faro del nuevo mundo, utilizando todo el arsenal de ingenios mecánicos creados o entrevistados. En esa visión encajaron perfectamente Julio Verne y sus *Viajes extraordinarios* que comenzaron, como es conocido, con las *Cinco semanas en globo*.

El concepto de ingeniería social se convirtió en un lugar común. Ni los mejores escaparon de sus peligros. Verne, un antiesclavista declarado,

---

## Es cierto que Verne escribió mucho y que los estereotipos aplicados a las razas se convirtieron en un recurso fácil a la hora de presentar a sus personajes.

---

se deja influir también cuando convierte la causa de la abolición de la esclavitud en una causa de blancos contra blancos. En *Norte contra Sur*, la novela en las que plasmó su visión de la guerra de Secesión americana, los negros liberados por James Burbank renuncian a su libertad por fidelidad a su bondadoso y equitativo amo —ya que amo sigue siendo—; y lo mismo hace Nabucodonosor, el sirviente del ejemplar Cyrus Smith, en *La isla misteriosa*. Peor parados, incluso, resultan el niño negro Moko, de *Dos años de vacaciones*, o el temeroso y corto de entendederas Frycollin, de *Robur el Conquistador*.

Podríamos escapar de esa opinión, imaginando a un escritor blanco y francés que construye una historia coherente, en la que los negros liberados se apoyan en la bondad de sus antiguos amos, para defenderse del odio que los rodea. Pero no, esa solución de compromiso, aunque pudiera ser cierta en parte, no evita la idea que tiene Verne acerca de las cualidades propias y diferentes de las razas y de la superioridad de unas e inferioridad de otras. En el tardío *El pueblo aéreo*, Verne se planteó el problema del darwinismo y de la posible existencia de un eslabón perdido entre los simios y el hombre: unos exploradores blancos tratan de comprobar si un pueblo arbóreo, de «hombres-mono» que viven en los árboles, en el centro del perdido Congo, puede ser o no ese eslabón perdido. El planteamiento le parece al autor «lógico», ya que es conocido que los adultos negros no tienen más inteligencia que la de un niño blanco de seis años.

También es cierto que Verne escribió mucho y que los estereotipos aplicados a las razas se convirtieron en un recurso fácil a la hora de presentar a sus personajes. Esto es evidente en *Héctor Servadac*, la alucinante novela sobre el

viaje de un grupo de supervivientes de una catástrofe estelar, que son lanzados en un pedazo de Tierra, a través del sistema solar. Entre los supervivientes hay ingleses, egoístas y nacionalistas que no se mezclarán con el resto; rusos, que recuerdan a Miguel Strogoff, esforzados y nobles; valientes franceses y españoles vagos y, finalmente, el avaro judío Isaac Hakhabut, y es que en ciertos asuntos tampoco hay sorpresa. La aversión «verniana» por los ingleses y la opinión no muy amable acerca de los españoles alcanzan su punto culminante en una obra corta, satírica y disparatada, *Gil Braltar*, en la que el demente hidalgo español de ese nombre se convierte en el líder de los monos gibraltareños y logra tomar la fortaleza a los ingleses, que terminan recuperándola porque los monos se convencen de que el general inglés no solo es uno de ellos, sino que ha de ser su líder, de tan feo que resulta.

En cierto sentido, el resumen del mundo progresista de Verne se encuentra en *Los quinientos millones de la Begún*, en la que dos europeos heredan la inmensa fortuna de una princesa india y la destinan a sus utopías propias. El francés Sarrasin utilizará el dinero para edificar France-Ville, una ciudad abierta, limpia y salubre, con un tiempo organizado para la felicidad de sus habitantes que pueden leer la hora en los relojes eléctricos de las plazas y en la que todo el mundo tiene un trabajo adecuado y ve cómo la prioridad es el bienestar de la comunidad. El alemán Schultze, por el contrario, edificará una fortaleza de acero, Stahlstadt, en la que todo el dinero y la potencia científica se destinan a la producción de armas secretas, cada vez más mortíferas, mientras sus habitantes son esclavizados, convertidos en números para mayor gloria de su líder, un hombre que considera a los alemanes superiores a los miembros de las otras razas. Solo hay

unos personajes casi tan desagradables como el Dr. Stahlstadt, los ruines abogados ingleses encargados de dividir la fortuna de la Begún. Fueron muy pocos los occidentales que escaparon a esos estereotipos sobre las razas y la herencia. Todo conspiraba contra las preguntas incómodas: a finales del siglo XIX, Europa y Estados Unidos controlaban, de una manera u otra, el mundo entero, y no parecía que ninguna nación o raza pudiera hacerles frente. Mientras tanto, las ideas utópicas acerca del alcance de las explicaciones científicas y el avance tecnológico creaban el caldo de cultivo para la eugenesia y el genocidio. No fue Verne un fanático, como tampoco lo fue H. G. Wells, y los ejemplos que aparecen en su obra no son tan constantes y torales como para pensar que abrazase un plan agresivo como el que luego se convertirá en el programa de numerosos partidos europeos. En realidad, y pese a sus limitaciones, pareció, también en esto, ser un visionario, y como en *La máquina del tiempo* de Wells, en la novela, durante décadas perdida, *París en el siglo XX*, Verne ya se preguntó por las consecuencias de un mal uso de la ciencia y de la tecnología. Al fin y al cabo, esa contradicción está presente en Nemo, el más grande de los personajes de Verne: el príncipe indio que estudia en Europa, pero termina usando los recursos de su familia y los conocimientos adquiridos para construir una máquina justiciera que pueda vengarse de la tiranía del hombre blanco.

La fuerza histórica, sin embargo, era imparable. En palabras de Hannah Arendt, en *Los orígenes del totalitarismo*:

«Cuando el populacho europeo descubrió qué “maravillosa virtud” podía ser en África una piel blanca, cuando el conquistador inglés en la India se convirtió en un administrador que ya no creía en la validez universal de la ley, sino que estaba convencido de su propia e innata capacidad para gobernar y dominar, cuando los matadores de dragones se convirtieron bien en “hombres blancos” de “castas superiores”, o en burócratas y espías, jugando el Gran

Juego de motivos ulteriores e inacabables en un inacabable movimiento; cuando los Servicios británicos de Información (especialmente después de la primera guerra mundial) comenzaron a atraer a los mejores hijos de Inglaterra, que preferían servir a fuerzas misteriosas por todo el mundo mejor que al bien común de su país, el escenario pareció estar ya dispuesto para todos los horrores posibles. Bajo la nariz de cualquiera existían ya muchos de los elementos que, reunidos, podían formar un Gobierno totalitario sobre la base del racismo. Los burócratas de la India propusieron las “matanzas administrativas”, mientras que los funcionarios de África declaraban que “no se permitiría que consideraciones éticas tales como los derechos del hombre se alzaran en el camino” de la dominación blanca».

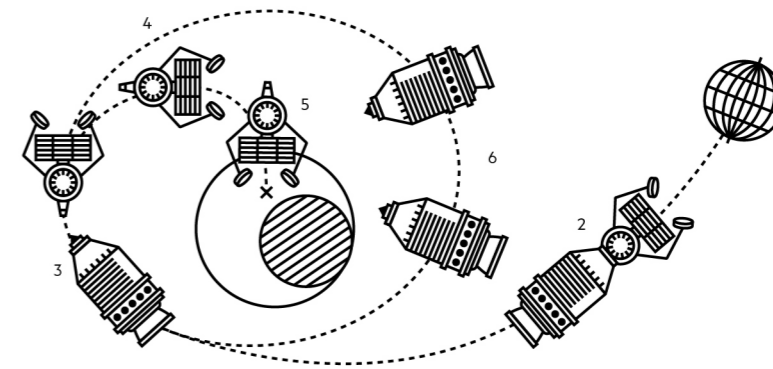
Verne muere en 1905. Ese mismo año, los japoneses, en Mukden, humillan a los rusos utilizando su ejército tecnológicamente más avanzado. Para los japoneses esa victoria se convierte también en una prueba de superioridad racial y en un signo de que están destinados a gobernar Asia. Un año antes llega a Estados Unidos el pigmeo y esclavo Ota Benga, liberado en el Congo por un clérigo que pagó por él una libra de sal y un rollo de tela. En 1906, el eugenista Madison Grant, director de la Sociedad Zoológica de Nueva York, convenció al director del Zoo del Bronx, William Hornaday, para que Ota Benga fuera expuesto en una jaula, con un orangután, varios chimpancés y un loro, y con un cartel explicativo de las características del «hombre mono». La infamia se mantuvo durante un mes. Diez años más tarde, en 1916, Benga, tras arrancarse las fundas que ocultaban sus dientes afilados, se pegó un tiro en el corazón. El siglo XIX había terminado y estaba fructificando en el XX. ■



Viaje a la luna del Apolo 11 (1969) en 5 cómodos pasos: 1. Lanzamiento desde la tierra de Apolo 11 compuesto por el módulo lunar, el módulo de mando y el módulo de servicio. 2. Fase de frenado y corrección de la trayectoria. 3. Separación de los módulos de mando y servicio del módulo lunar para la inserción en la órbita lunar. 4. Frenado del módulo lunar para el comienzo del descenso. 5. Alunizaje 20/07/69. 6. Los módulos de mando y servicio permanecen en la órbita lunar hasta el final de la operación.

# PROGRESO, HERMENÉUTICA, DISTOPÍA

por Pablo R. Suanzes



**RELEER ES, INTELLECTUALMENTE, UNA DE LAS DECISIONES** más complicadas posibles. A Pío Baroja le gustaba decir que cuando uno se hace viejo prefiere volver a lo ya conocido antes que intentar descubrir algo nuevo. Quizás sea una cuestión de morriña, de comodidad o de costumbres. Pero siempre me pareció una declaración mucho más sincera la de García Márquez, cuando confesaba que él nunca relee sus propios libros porque le da miedo.

Hay veces que uno no está preparado siquiera para leer por primera vez. Ocurre si se intenta lidiar con los *Ensayos* de Montaigne, o el *Quijote* o *El paraíso perdido* demasiado pronto: no se entiende absolutamente nada, no se disfruta ni se guarda buen recuerdo. Por eso los intentos de aproximación a la literatura fracasan miserablemente en los colegios año tras año.

También ocurre lo contrario. Hay libros a los que tenemos que llegar cuanto antes, con urgencia, porque sin ellos lo que no se entiende bien es la vida. Pero hay otro tipo de textos, una tercera categoría que comprende especialmente novelas. Libros a los que irremediamente volvemos en algún momento de nuestra madurez y para cuya relectura no estamos listos. No porque al enfrentarnos a ellos de nuevo no superen la prueba de la calidad, sino por todo lo contrario. Porque nos descubren, con vergüenza y admiración a partes iguales, que todo lo que pensamos en su momento, las certezas sobre

las que edificamos nuestra primera cosmovisión del mundo, se tambalea sin remedio. Que los fundamentos epistemológicos de nuestra existencia son de mantequilla.

Eso ocurre cuando un adulto del siglo XXI vuelve a Julio Verne. Es algo que hace casi con pereza, esperando reavivar la llama de la adolescencia del capitán de 15 años aunque consciente de que, casi siempre, lo que nos fascina de pequeños nos deja indiferentes de mayores. Pero cuando se empieza, y si se hace con atención, un lector entregado se da cuenta enseguida de que el visionario de Nantes, el gran autor de aventuras, el hombre que supo imaginar los grandes avances de la técnica, tenía mucho de Casandra.

De que el padre de los viajes en globo, transatlánticos o submarinos temía profundamente el mundo en el que las maravillas que entonces solo unos pocos podían siquiera llegar a concebir serían parte de la vida cotidiana. Y si esas novelas se leen en reposo, uno se da cuenta de algo incluso peor: que los habitantes del siglo XXI hemos perdido lo más importante de todo lo que caracterizó al XIX, el siglo de la razón, las revoluciones industriales, la sociedad de masas, el progreso económico, los descubrimientos y las exploraciones, de las grandes proezas y epopeyas: la capacidad, las ganas y la voluntad de soñar.

# El ritmo de descubrimientos y patentes relevantes, las que cambian las vidas de millones de personas, se ha estancado.

Para Cowen, se nos ha acabado la *low hanging fruit*, los avances cómodos y fáciles, al alcance de la mano. Ya no tenemos grandes extensiones de tierra hacia las que movernos, ni mano de obra barata como antaño. Nuestros hijos están escolarizados y el acceso a la universidad, masificado. Los atajos se han acabado y cuando el mar se retire veremos nuestras vergüenzas. Porque pensamos que la tecnología avanza imparable, pero en realidad, no es así. Nuestros teléfonos son más pequeños, más bonitos, más elegantes. Pero no dejan de ser teléfonos. Los aviones (sin el Concorde) son más lentos y los utensilios de una cocina cualquiera son poco más o menos los que existían en los años 60.

Nos hemos relajado y eso se nota en el malestar, en los sueldos, en el bienestar. El ritmo de descubrimientos y patentes relevantes, las que cambian las vidas de millones de personas, se ha estancado. Porque nos hemos acomodado. Porque, parafraseando una escena de *París en el siglo XX*, aunque ya nadie lee, al menos todo el mundo sabe leer y escribir. Y eso nos vale. «Qué habría dicho uno de nuestros antepasados al ver esos bulevares iluminados con un brillo comparable al del sol, esos miles de vehículos que circulaban sin hacer ruido por el sordo asfalto de las calles, esas tiendas ricas como palacios donde la luz se esparcía en blancas irradiaciones, esas vías de comunicación amplias como plazas, esas plazas vastas

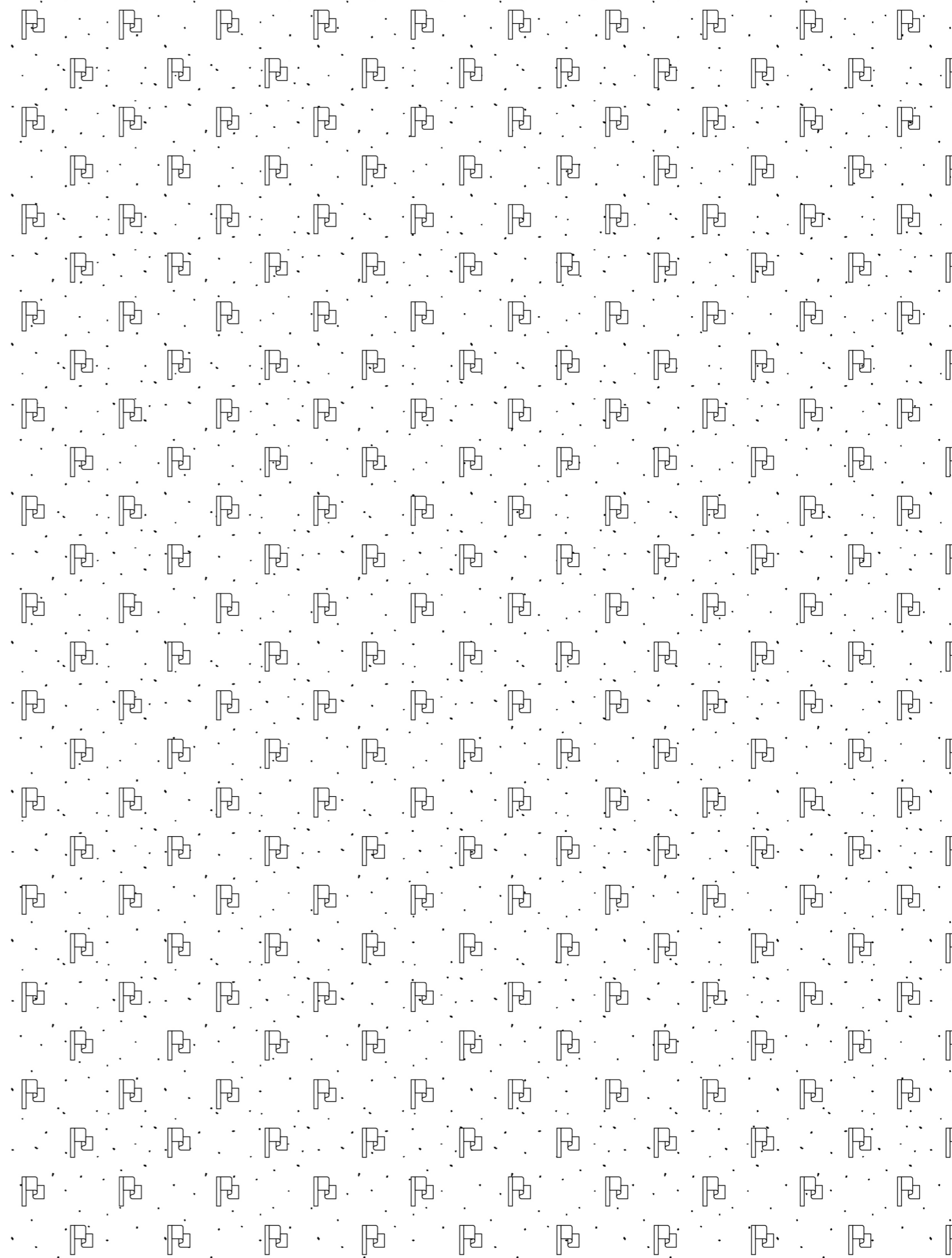
como llanuras, esos hoteles inmensos donde se alojaban 20 000 viajeros, esos viaductos tan ligeros; esas largas galerías elegantes, esos puentes que cruzaban de una calle a otra, y en fin, esos trenes refulgentes que parecían atravesar el aire a velocidad fantástica... Se habría sorprendido mucho, sin duda; pero los hombres de 1960 ya no admiraban estas maravillas; las disfrutaban tranquilamente, sin por ello ser más felices, pues su talante apresurado, su marcha ansiosa, su ímpetu americano, ponían de manifiesto que el demonio del dinero los empujaba sin descanso y sin piedad», escribe Verne con absoluta razón.

Pero no porque el dinero tenga la culpa de nada. No es por la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero que podemos contar con nuestra cena, sino por su propio interés. Verne acierta porque supo ver antes que nadie, antes de que ocurriera, que el tipo de sociedad que se estaba construyendo traía consigo el germen de su debilidad. Es amarga la ironía de que un francés del XIX viera inevitable el progreso, el avance, los descubrimientos y desconfiara de sus resultados y de que nosotros, más de un siglo después, nos hayamos lanzado ciegamente en brazos de los resultados pero hayamos abandonado la búsqueda y la pasión.

En una memorable escena de *20 000 leguas de viaje submarino*, Aronnax descubre la biblioteca del Nautilus, una que por la cantidad y la calidad de sus obras «honraría a más de un palacio de los continentes» y en la que, no por casualidad, no había un solo volumen «de economía política, disciplina que al parecer estaba allí severamente proscrita».

Nemo, taciturno, explica que son los únicos lazos que lo «ligan a la tierra» y que para él, el mundo se acabó el día en que el Nautilus se sumergió por vez primera bajo las aguas. «Aquel día compré mis últimos libros y mis últimos periódicos, y desde entonces quiero creer que la humanidad ha cesado de pensar y de escribir».

En cierto modo ha sido así. Nosotros le pedíamos al futuro coches voladores y nos hemos conformado con 140 caracteres. Pensar, lo que se dice pensar, no lo hacemos mucho. El talento, como anticipó Verne, es hoy una enfermedad. ■





# ALFONSO GUERRA

Entrevistado por Enric González  
fotografía de Guadalupe de la Vallina

*Alfonso Guerra (Sevilla, 1940) es diputado desde 1977. Fue, junto a Fernando Abril Martorell, el arquitecto de los acuerdos que permitieron aprobar la Constitución. Ejerció como secretario de Organización y vicesecretario general del PSOE, como látigo verbal del Parlamento, como vicepresidente del Gobierno durante dos legislaturas y como maestro de consensos. Esta entrevista se desarrolla en su despacho madrileño de la Fundación Pablo Iglesias.*

---

**Ya ve cómo están las cosas. ¿Qué siente por las mañanas cuando lee los periódicos?**

No leo muchos periódicos. Para ser exactos, leo un periódico, miro los titulares y me detengo en las páginas de cultura. Esas son las que leo. En lo demás, estoy demasiado acostumbrado a que se hagan titulares que quieren comprimir cosas y al final no dicen exactamente lo que explica después el periodista. Me gusta más leer libros, porque son los mismos temas y uno se entera realmente de las cosas, mientras que en el periódico encuentro *flashes* superficiales. Hablar con la gente, leer libros... todo eso me da la tranquilidad de que lo que sé lo sé bien. Si uno sabe cosas solo a través de los periódicos, aunque estén muy bien hechos, camina sobre un terreno poco firme. Sí leo los artículos de opinión. Pero no soy uno de esos fanáticos de los periódicos que por la mañana los cogen todos. O los resúmenes de prensa, que todavía es peor. ¿En media hora me voy a enterar de lo que dice todo el mundo en el país? No. Me gusta ir más tranquilo.

**Pero tendrá una impresión sobre la situación en la que está el país.**

España está de nuevo en una encrucijada. Este es un país complicado, muy bien descrito por las personas que saben. Para no comprometer situaciones ideológicas, citaré a un hombre que escribió sobre España en el siglo I. Era un historiador de la Galia Narbonense llamado Pompeyo Trogo que escribió sobre España y los españoles, y dijo que eran muy aguerridos, que luchaban por todo y añadía: «Cuando no encuentran enemigo fuera, lo buscan dentro». Fue una definición que hace años me impactó muchísimo, y la confirmo cada día. España es un país con una capacidad de autodestrucción muy grande. Cuando se construye algo ya se prepara la piqueta para derribarlo.



misma elección había 2 200 000 votos del PSOE que no habían servido? Hay 52 circunscripciones y hay restos de votos. Hay algunos muy ignorantes que hablan con una ligereza... es como el fútbol, que todo el mundo es entrenador.

**Pero yo creo que la crítica no se hace tanto a la representatividad de los resultados...**

¿Que no? ¿¿Que no?? Por favor...

**... Sí se hace, pero todavía más al sistema de listas cerradas porque concede el poder a las cúpulas de los partidos y no al representante de la circunscripción.** No lo he entendido bien.

**El representante de la circunscripción no tiene libertad de voto en el Parlamento porque se debe a la disciplina que marca el partido que le ha puesto en la lista.** No es así. Justamente la Constitución dice que el voto no puede ser un voto obligado.

**Pero en la práctica...**

Esto es algo a lo que le he dado muchas vueltas y sobre lo que he discutido mucho, y no hay manera de que nadie quiera meterse dentro de cómo funciona esto de verdad... Vamos a ver, las listas cerradas dan poder a los partidos. Y si son abiertas, ¿los partidos no hacen las listas? No soy partidario de las listas abiertas y no tengo la cobardía que tienen tantos de pensarlo y no decirlo, porque lo que ahora está de moda son las listas abiertas. Conozco cómo funcionan las listas abiertas en otros países y son una fuente de corrupción total, porque hay que luchar con las listas rivales y con los propios compañeros de lista. Cada candidato necesita su propia campaña particular, su propia financiación. En otros países me han presentado a gente diciendo que habían sido diputados de la FIAT, de la Hispano-Olivetti... ¿Cómo es posible? Eran los que le patrocinaban. Y eso lo cobrarán, digo yo. Es un error. Aquí había un catedrático de Derecho Constitucional que era muy partidario de las listas abiertas y escribía mucho, creo que en *El Mundo*. Después estuvo unos años viviendo en Italia, donde había listas abiertas; y cuando volvió renegaba de las listas abiertas. Hay que conocer un poco qué pasa con todo esto, y la gente es muy ligera. Creo que, tal y como está la moda, van a abrir las listas. Yo no me opondré, pero mi idea es que no beneficiará al país. Eso no se atreve nadie a decirlo. Lo primero que tenemos que hacer en España políticos, periodistas e intelectuales es decir lo que creemos. Estamos todo el día escondidos detrás de la mata porque nos van a criticar. ¡Di lo que crees, si no pasa nada! Yo no digo que lo que creo sea verdad, digo lo que creo. Aquí estamos todos con el «no digas eso», «no te metas con el nacionalismo»... Lo de Cataluña: los empresarios no están con el proceso que está llevando allí el señor Mas.

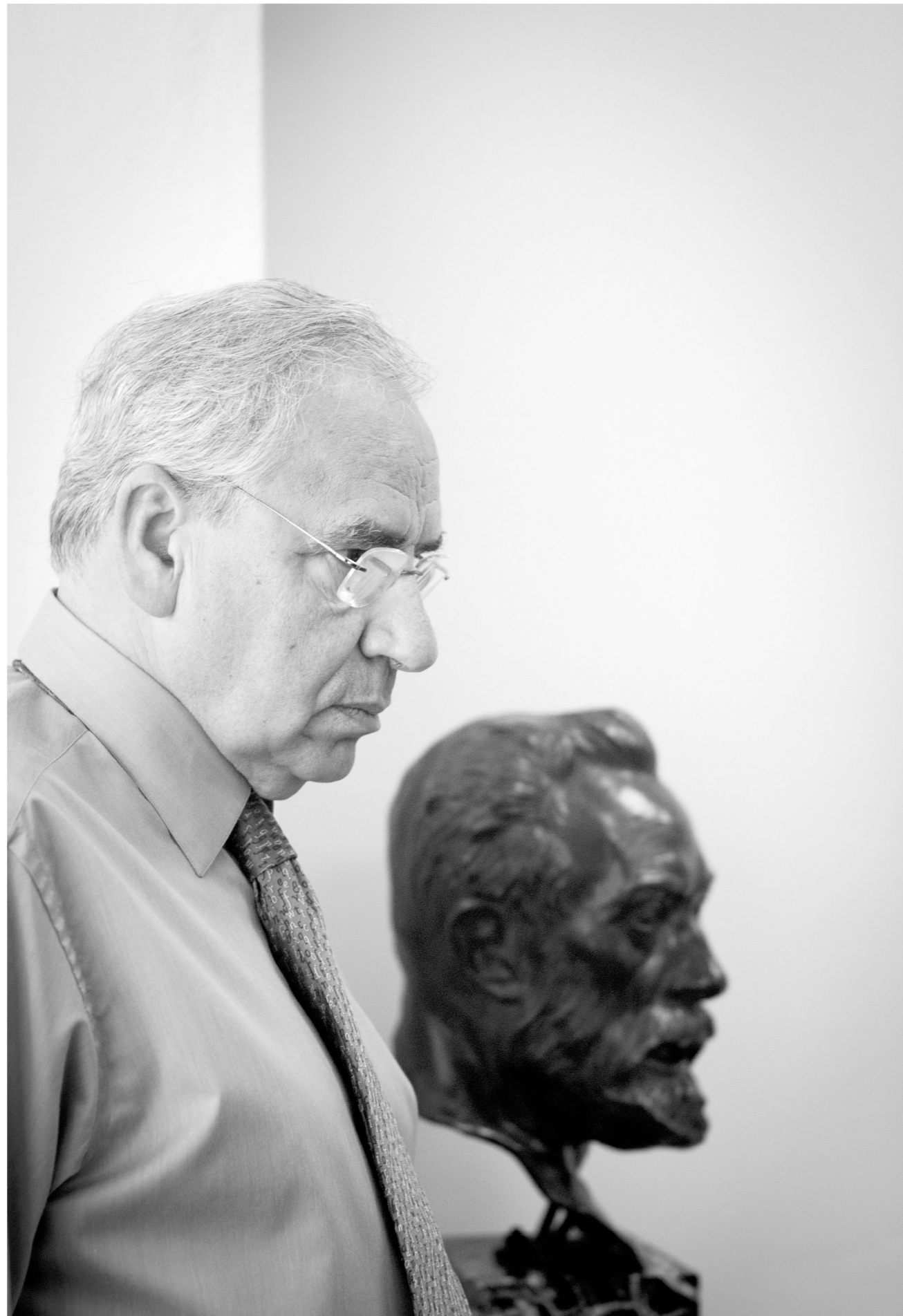
**Evidentemente.**

¿Pero quién lo dice? ¿Cuántos empresarios han salido a la luz pública a pedir que pare eso? Uno: el señor Lara, que por cierto es de Sevilla. ¿Pero esto qué es? A mí algunos empresarios me han dicho cuando lo del Estatuto: «Usted parará esto». Y yo les decía: «¿Y usted públicamente que ha hecho?», a lo que me contestaban: «Es que no puedo». Pero hombre... a ver si en este país hay gente valiente. Acabo de ver la película *Lincoln*, que es fantástica, en la que un señor tiene enfrente al Parlamento. Él quiere abolir la esclavitud porque cree que es de justicia y se la juega toda entera. Aquí no se juega nadie nada. ¿Dónde está el liderazgo de la nación? ¿Dónde está el señor Rajoy con un Parlamento de comunidad autónoma diciendo que es soberano en contra de lo que establecen la Constitución y el sentido común? ¿Dónde está? ¿Qué está haciendo? ¿Con quién habla? No, no hay liderazgo. ¡Pues ya está bien, hombre! Aquí se pone de moda una cosa y todo el mundo en lo alto de la ola. Pues yo no me pongo en lo alto de la ola, digo lo que pienso. Puede ser un error, pero es lo que pienso y no cambio porque esté de moda. Al contrario de lo que decía Groucho Marx, estas son mis ideas y si no le gustan no tengo otras. He conocido lo que son listas abiertas y no me parecen lo mejor. Pero que hagan lo que quieran.

**Con el sistema existente es indudable que se ha producido un problema de necesidades financieras exageradas de los partidos.** Sí, porque en las campañas electorales gastan muchísimo dinero.

**Y eso ha generado un fenómeno de corrupción: las comisiones a los partidos son un hecho probado. Y no a uno solo, sino a casi todos.**

Bueno, bueno, bueno... en cuanto aparece un problema grave de la derecha son todos; ya está bien, hombre, ya está bien. Que tenemos el Gürtel sin resolver, ahora el lío este de las cuentas del tesorero... «Vamos a hacer un pacto». En cuanto la derecha tiene un problema todos son partidarios del pacto. Es maravilloso, qué potencia, cómo nos engañan a todos.



---

«Las grandes potencias y los poderosos están comprando millones de hectáreas en África para tener un vivero en el futuro».

---

momento se sabe a qué carga no se puede llegar si no se quiere que se rompa. A mi juicio la sociedad actual se está acercando a su punto de rotura, porque la desigualdad está aumentando a una velocidad muy grande y deja a mucha gente perdida. Y los puntos de rotura históricos normalmente se acompañan de violencia. Eso no lo quiere ver quien tiene capacidad para modificar el curso, que son los poderosos que están realizando esta operación, los Gobiernos y las entidades supranacionales como la Unión Europea, las Naciones Unidas... Estamos cerca de un punto de rotura, que tuvo un escape en los últimos años, que fueron los movimientos migratorios. Hay 250 millones de personas desplazadas. Eso ha suavizado la tensión, pero me parece que ya no hay más gente que quiera moverse. Además estamos en una situación de futuro poco halagüeña. Las grandes potencias y los poderosos, por ejemplo, están comprando millones de hectáreas en África para tener un vivero en el futuro. Cuando además África, y esto va a sonar rarísimo pero es que yo soy un tipo raro, puede ser el futuro desde el punto de vista económico porque en toda el África negra se van a encontrar unas bolsas de petróleo impresionantes que hasta ahora no han sido explotadas por miedo a la inseguridad. Ahora van a empezar a explotarlas.

**Pero las explotarán los de siempre.**

No he hablado de lo bien que se va a repartir, digo que ahí hay un futuro económico. Luego viene cómo se reparte y, lamentablemente, ahí la debilidad de los que queremos un buen reparto respecto a los que quieren un mal reparto es muy fuerte. Ellos tienen grandes medios y grandes maneras de engañar a la gente, haciendo que se incline contra sus propios intereses. El caso más espectacular es el valenciano. En la Comunidad Valenciana tienen unos Gobiernos con mayoría absoluta que todo el mundo ve lo que son. Oye, pues parece que no todo el mundo lo ve.

**Lo mismo ocurre en Grecia, donde acaban votando al mismo tipo que les hundió en la crisis.**

Sí, eso es lo que digo. Tienen una gran potencia para engañar a la gente con los medios de comunicación. La gente está votando contra sí misma. ¿Cómo es posible? Porque piensa que no está votando contra sí.

**Yo estaba allí cuando las últimas elecciones y me pareció que la gente sí sabía que estaba votando**

**contra sí misma, pero las amenazas europeas y alemanas eran tan directas y duras que pensaban que si votaban lo que querían se cerraba el país.**

Pero el caso valenciano no es así.

**No, el caso valenciano es por gusto.**

Al de los 400 trajes lo seguían votando cuando todo el mundo sabía lo que estaba pasando. Y lo del aeropuerto sin aviones, que el tío sigue siendo el presidente de la Diputación, la gente le vota. O Berlusconi, dos veces mayoría absoluta. ¡Berlusconi, que es la ignominia hecha gobernante! Le votan. Y si se presenta ahora no va a ganar pero va a tener muchos votos. Es impresionante.

**Y veremos si no gana.**

No, no va a ganar porque tiene al Vaticano enfrente, y el Vaticano en Italia... *molto peso*.

**Volviendo a la cuestión del desgaste del poder y lo que puede llegar a aburrir, Andalucía lleva mucho tiempo bajo una administración socialista, cosa que seguro que a usted le parece muy apropiado porque es socialista.**

No, por eso no. Es porque mis conocimientos me indican que es mejor que esté gobernada por el PSOE que por el PP. Además resulta que es mi partido, pero si fuera otro también lo diría, no tendría ningún problema.

**¿No hay un punto de anomalía en el hecho de que no se haya podido articular una alternancia?**

Aquí ha habido muchos presidentes, y eso cambia mucho las cosas, no es siempre la misma persona. Han estado Plácido Fernández Viagas, Rafael Escuredo, Rodríguez de la Borbolla, Manuel Chaves, Griñán... y de hecho han tenido orientaciones no exactamente coincidentes. Además Andalucía es una región que durante muchísimas generaciones estaba abandonada por el sector económicamente dominante. Ese sector vivía en Madrid, recolectaba en las tierras andaluzas y volvía de vez en cuando para enseñar la finca a los amigos. Eso ha dejado una marca indeleble, la gente tiene poca confianza en los representantes de esa burguesía. Y eso ha facilitado que haya otro que reciba votos: además de por sus méritos, porque la gente no ha querido votar al rival. Pero eso está cambiando: hay nuevas generaciones, el campo ya no es lo que era, queda señoritismo andaluz pero es diferente, las fincas

producen cuando antes eran eriales que no servían para nada... y eso puede cambiar. Ahora, ¿eso es una anomalía? Si lo es, se debe a la clase dirigente agrícolanda, que durante generaciones ha estado completamente de espaldas a Andalucía.

**El nivel de servicios del que gozan los andaluces es muy superior en todos los sentidos al de hace 20 años...**

Muchísimo, un cambio radical.

**... Pero la aportación económica de Andalucía al conjunto de la economía española no ha dado un salto apreciable. Recuerdo que durante la Transición se decía que el potencial estaba en Andalucía.**

Ha habido una corrección importante, pero es que son muy pocos años. Para estos cambios poderosos los países normalmente tardan 100 años. Ha habido una corrección bastante importante en la producción y, sobre todo, en la emergencia de tecnología de futuro. En Europa hay dos ciudades importantes en la aeronáutica: la primera es Toulouse y la segunda es Sevilla. Hace 30 años en Sevilla solo había algodón y aceitunas y un poco de naranja y melocotón, nada más. Ahora es la segunda ciudad de Europa en tecnología aeronáutica. Eso es impresionante. Los parques tecnológicos de Sevilla y Málaga son dos parques muy importantes. Andalucía ha dado un cambio fenomenal, lo que pasa es que todavía queda una parte muy importante ligada a la tierra que tiene que cambiar.

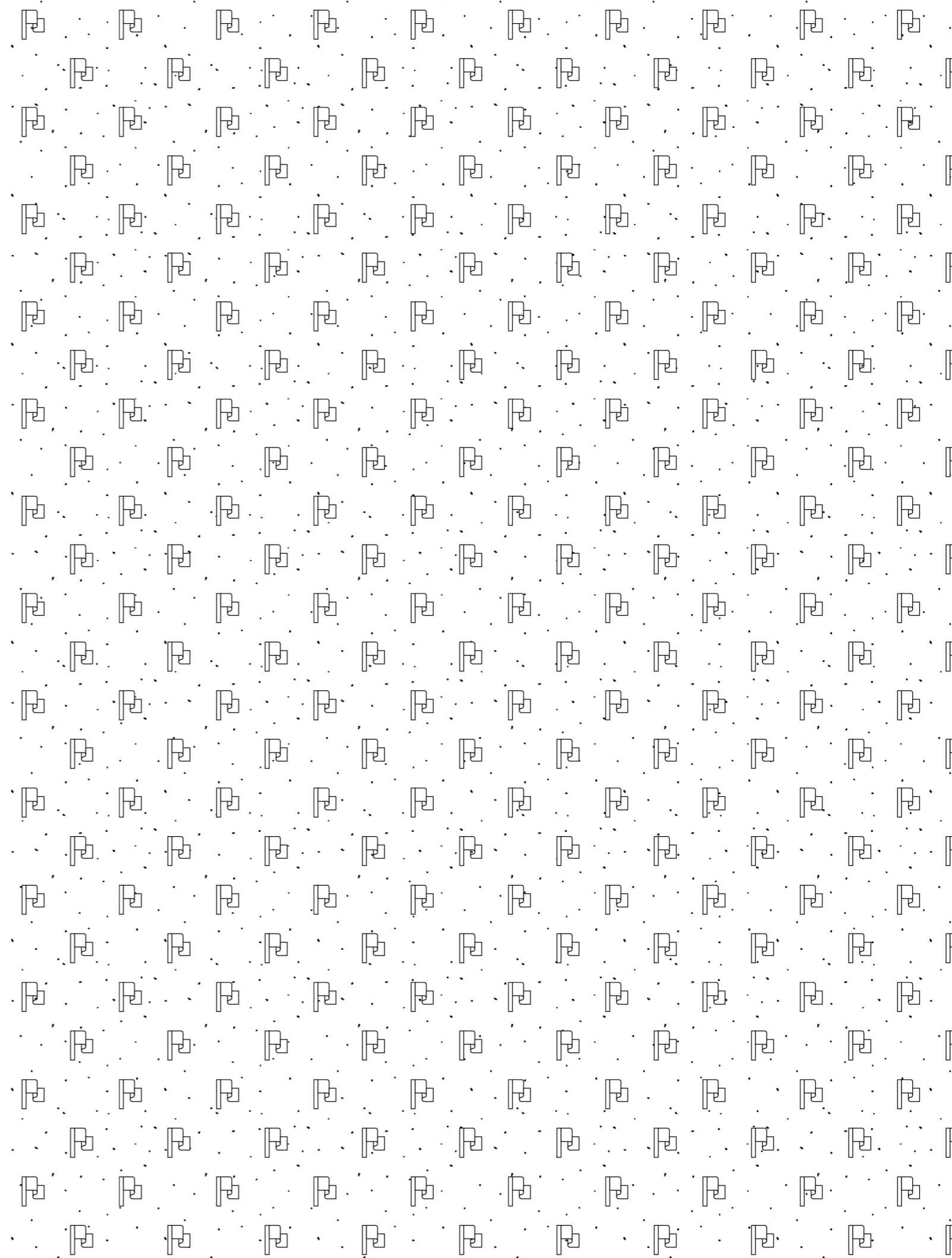
**El desempleo se mantiene anormalmente alto.**

Muy anormalmente alto, altísimo, porque la vinculación a la tierra se desvió a la construcción y cuando la

construcción se cae la gente vuelve a la tierra. Y claro, son peonadas. ¿Y cuántas peonadas tienes al año? ¿Treinta, cuarenta? No tienes más.

**Se ha hecho muchísima presión mediática sobre el supuesto fraude del PER.**

Completamente injusta y egoísta. Los propietarios de haciendas agrarias en Andalucía han recibido mucho más dinero que los trabajadores del PER. Muchísimo más y nadie los critica. No es posible que se pague a los agricultores unas cifras escandalosas y luego la gente que no tiene para comer no pueda cobrar. Cuando el gran escándalo cobraban 27 000 pesetas. Y en los periódicos hubo unas críticas ferocísimas. ¡Pero si es que no tienen para comer! Es una manera de ayudar socialmente. En Estados Unidos la Seguridad Social son las cárceles. Tienen seis millones de presos. Los pobres de EE. UU. comen en las cárceles. No les llevemos a la cárcel, dejemos que coman un poco en sus casas. Todas esas cosas me parecen de una brutalidad enorme. Cuando un político determinado hizo una crítica diciendo que lo del PER es para que se vayan al bar a hablar de fútbol... ¡eran 27 000 pesetas y él vivía en el hotel Palace! ¡Joder! ¿Pero cómo puede ser tanta desigualdad y además expresarla públicamente? Lo que habría que conseguir es que el PER no existiera porque nadie lo necesitara. Pero cuando una sociedad necesita para vivir al menos algo dignamente unas cantidades como esas, me parece que criticarlo es de un egoísmo terrible. ■



# JULIO VERNE

## La palabra como autogobierno de la imaginación y la libertad

por Bernardo Ortín

### Imaginar la vida o experimentarla

«Somos lo que imaginamos»

C. G. Jung

La vida es primero imaginada y luego experimentada. Este es el oxígeno que aportó la obra de Julio Verne a la historia del pensamiento, oxígeno que por cierto, aún perdura. Nunca se acaba de saber hasta qué punto la trascendencia de un autor radica en que su obra es absolutamente novedosa para su época o bien en que su obra recoge un pensamiento colectivo que ya existía en su entorno y que el autor ha sido capaz de captar y expresar. Seguramente, la trascendencia tiene que ver con estos dos vectores de fuerza descritos y con que se relacionen sinérgicamente para alcanzar el éxito. Por un lado, está la genialidad y calidad del escritor y por otro, las condiciones históricas idóneas para que la obra funcione. La producción de sentido de cualquier mensaje artístico o intelectual se basa en esta relación coordinada entre el mundo exterior y el mundo interior, entre el escenario sistémico y el ámbito vital del sujeto que experimenta el mundo. En definitiva, la relación que hay entre la semilla y el tipo de terreno en el que

arraiga. Lo dicho es una buena descripción del concepto de *sincronía* que, en términos junguianos, es la base de todo aprendizaje profundo y adaptativo. Julio Verne no hubiera tenido la relevancia que conocemos si no se hubiera convertido en la expresión del alma de su época.

### A favor del progreso

Hablar del contexto histórico de Julio Verne (Nantes, 1828-Amiens, 1905) es hablar de una de las transiciones más relevantes de la historia de la civilización. Sabemos que la conquista de la Modernidad fue el paso del teocentrismo al antropocentrismo y la fe en lo que el ser humano podía llegar a conocer y a hacer por sí mismo. En este proceso, que arranca en el Renacimiento, la verdad ya no es revelada por los dioses sino investigada y conocida por el ser humano. De la vida como creación de un dios se pasa al autogobierno de la vida por parte de su anfitrión. En esta época, aunque algo más tarde, asistiremos a la fundación de la sociología como ciencia<sup>1</sup> cuyo libro emblemático fue *El suicidio*, obra de Durkheim, publicada en 1897. La importancia de este estudio radica en la recuperación del

poder del ser humano sobre su propia vida hasta las últimas consecuencias. El desarrollo del maquinismo y la industrialización impulsaron una confianza en la tecnología y en la ciencia hasta entonces nunca vista. La fe en el ser humano y su capacidad de desarrollo generó una notable euforia por el progreso.

El futuro se cierne

o espera

el futuro no existe

o no llega

el futuro se da

o se toma

el futuro se escapa

o delata

el futuro te despliega

o te ata

(Trinidad Ballester)

### Conservar la esencia de la tradición

«Si tengo que elegir entre dos tipos de creencias, normalmente elijo la más antigua, considero que está más sometida a la prueba del tiempo».

Milton Erickson

Pero todo gran argumento genera una fuerza opuesta. En esta época, en Inglaterra, William Morris (Essex, 1834-Londres, 1896), crea el movimiento *Arts and Crafts*, que se extenderá por toda Europa. Es este un movimiento que desconfía del progreso. Con respecto a esto, el mismo Morris decía:

«El arte morirá por culpa de la civilización».

Frente al poder de la máquina, Morris veía polución, hacinamiento y esclavización de los trabajadores, que no deja de ser también una visión precursora. Mientras que el arte es integrador y da alegría a quien lo cultiva, el trabajo seriado genera fragmentación del pensamiento, depresión y sinsentido por desconexión de la actividad con respecto a la totalidad del proceso. Para el movimiento de las «Artes y Oficios» de Morris, lo importante era que las personas disfrutaran con la artesanía, con el fin de contrarrestar los efectos perversos de la Revolución Industrial.

Admiro

el ingenio

humano

pero

en el Diecinueve

perdimos

la Naturaleza

quisimos

hacer

creímos tener poder

hacer crecer árboles

bajo pabellones

de cristal

liberarnos del trabajo

ir más lejos

más deprisa...

y no pudo ser

(Trinidad Ballester)

## Julio Verne o el sostenimiento de la paradoja

«No hay un vicio más degradante para la inteligencia de los niños, más corruptor de sus instintos ni más destructor de su organismo que el trabajo en la atmósfera viciada del taller capitalista».

P. Lafargue. *El derecho a la pereza*<sup>2</sup>

La obra de Verne nace en este marco de pugna entre estas dos corrientes. Por un lado, está la confianza en la ciencia, la ilusionada esperanza en que los avances científicos y los descubrimientos mediante viajes a mundos desconocidos y conquista de nuevos territorios liberarían a la humanidad de los males de la antigüedad.

Por otro lado, esta tendencia convive con una fuerte crítica a estos avances y llama al abandono de la fábrica y disfrute del trabajo artesano e integrado en cuanto al proceso de producción y también en cuanto a la relación que el objeto fabricado tiene con el contexto al que sirve.

El pensamiento de Julio Verne se mueve entre estos dos polos: por un lado, la vanguardia, por otro la defensa de valores clásicos. Algunos personajes así lo muestran, como es el caso del capitán Nemo («Nadie»), que es un ingeniero de vasta cultura que se dedica a la exploración y a la innovación y que, a la vez mantiene sus ancestrales raíces indias.

La obra de Verne se originó como un proyecto con su editor P. J. Hetzel, que aspiraba a tener influencia en los jóvenes y se enmarcó en ese momento de vitalidad eufórica y fe en los avances de la ciencia de la que aún ahora somos herederos y que, por cierto, Verne fue relativizando y apagando en la última etapa de su vida. De hecho, el género que practicó y que pasó a la historia como ciencia ficción, se denominó inicialmente literatura científica.

## Recuperación de la imaginación como fuente de vitalidad

«¿Es real la realidad?»

P. Watzlawick

¿Para que una historia sea cierta tiene que haber ocurrido? ¿O es suficiente solo con imaginarla?<sup>3</sup> El mensaje de Julio Verne tenía relación con soñar mundos mejores, realidades desconocidas en el lugar y momento presentes y en consecuencia, con el alojamiento de la satisfacción en el mero hecho de imaginar escenarios vitales más adecuados para resistir la palidez o pesadez de lo cotidiano.

Esta es la función de los cuentos, tal y como defiende J. C. Carrière en su obra: *El círculo de los mentirosos*.<sup>4</sup> Soñar una vida satisfactoria para poder sobrellevar esta.

Hoy quiero ser quien no soy	que pisa fuerte  que arrastra	golpea los tambores con las manos y los pies	
quiero elevar mi aliento en el pensamiento	arrasa los temores los temblores		(Trinidad Ballester)

La Modernidad se caracteriza por una perspectiva lineal del tiempo, en el que la mirada se proyecta al frente. Introduce la sensación de esperanza, de escapada a utopías mejores lanzando la mirada hacia adelante.

La línea del tiempo se endereza desde la circularidad a la ubicación del pasado en la espalda y el futuro en el horizonte frontal de la mirada.

La obra de Verne ayudó a construir esa línea del tiempo hacia la Luna, hacia el fondo submarino, al centro de la Tierra, en el trayecto a caballo de Miguel Strogoff, siempre hacia adelante y hacia el progreso, dividiendo a la humanidad entre la fascinación por lo desconocido y la defensa de la obra tradicional del hombre, que acarrea como un equipaje.

La promesa del progreso consistía en liberar a los seres humanos del trabajo duro. Por el contrario, la industrialización inauguró un nuevo modo de esclavización que además afeó y contaminó el viejo entorno rural. En realidad, solo liberó a los propietarios de la herramienta. Algo de esto intuyó Verne en la última parte de su vida, lo que hizo palidecer su confianza en el progreso.

Julio Verne mostró a través de su obra que en primer lugar imaginamos la vida y después nos instalamos dentro de ese imaginario para experimentarla.

El joven Verne tuvo una hermosa fantasía, que quizá no llegó a ser cierta. Se trataba de una fuga accidentada en barco que habría hecho en su infancia. A su regreso diría:  
«De ahora en adelante no viajaré más que en sueños».

Las almas  
no tienen  
otro propósito  
que existir

para gozar  
de sí mismas  
del mundo  
de los demás

para esperar  
en la madrugada  
al acecho  
de la noche  
y soñar  
lo que no sea  
posible vivir

(Trinidad Ballester)

### Notas:

(1) Se considera a Émile Durkheim, Karl Marx y Max Weber como los fundadores de la sociología moderna. Durkheim creó el primer departamento de sociología en la Universidad de Bordeaux en 1895.

(2) Lafargue, Paul. *El derecho a la pereza*. 1998, Madrid, Fundamentos.

(4) Carrière, J. C. *El círculo de los mentirosos*. 2000, Barcelona, Círculo de Lectores.

(3) Bateson, Gregory. *Metálogos*. 1982, Barcelona, Edit. Buenos Aires.

De este modo, la Modernidad inaugura otro tipo de conflicto humano, ya no tan basado en la relación del sujeto con el medio, sino en la construcción de mapas de la realidad tan potentes que llegan a aislar a la personas del contexto en el que viven. En consecuencia, el mapa sustituye a la realidad, el plano suplanta a la casa, el maniquí es más deseable que el modelo.

Un nuevo perfil emerge en la forma de vivir el sufrimiento humano. Se trata de personas que no son capaces de nutrirse en ambientes llenos de oxígeno y alimento. La conciencia se vuelca hacia el interior prescindiendo del ambiente, como hace el avestruz que se esconde, se inhibe la vitalidad en un contexto rico en nutrientes.

Y aquí está la oportunidad histórica para la genialidad de Julio Verne. El relato de los viajes, la visita a realidades exóticas funciona no solo como información de las noticias del mundo, sino como un espejo para instalar improntas imaginativas que le conecten con un estado de satisfacción y esperanza.

Podríamos decir que el relato imaginativo de Verne remite al sujeto a estados emocionales que la propia persona ya intuye: la medida de todo es el ser humano.

Este trazado es el que sigue la publicidad actual cuando en lugar de describir en el anuncio las características técnicas y las bondades del producto, nos remite al estado emocional que podremos visitar si adquirimos lo que la publicidad nos propone.

Esta pasión por lo exótico, por lo desconocido y en definitiva por la fusión de ambos mundos fue una de las vías de investigación de grandes pensadores de la época y posteriores a Verne, como Carl Jung, y Erich Fromm entre otros.

### Visitar el tiempo

La percepción del tiempo es otra novedad del pensamiento del ser humano moderno.

El tiempo se *espacializa*, de modo que podemos visitar distintos episodios temporales instalándonos con la imaginación en distintos momentos, como el que recorre una cinta de celuloide caminando hacia adelante y hacia atrás. No en balde está próxima a la época la invención del cinematógrafo.

Dice Mircea Eliade en su libro *El mito del eterno retorno* que la perspectiva medieval del tiempo era circular: la experimentación de la vida en ciclos que siempre vuelven a modo de repetición: Noche-día, primavera-verano-otoño-invierno, hambre-saciedad...

Me gusta sentir  
que enero es el mismo  
que regresa cada Nochevieja  
a la cita de la última campana  
para volver a tomar  
mis manos  
en su regazo  
y estirar del sol  
para ensanchar los días  
que regresan en fila  
taconeando

(Trinidad Ballester)

La Modernidad se caracteriza por una perspectiva lineal del tiempo, en el que la mirada se proyecta al frente. Introduce la sensación de esperanza, de escapada a utopías mejores lanzando la mirada hacia adelante.

La línea del tiempo se endereza desde la circularidad a la ubicación del pasado en la espalda y el futuro en el horizonte frontal de la mirada.

La obra de Verne ayudó a construir esa línea del tiempo hacia la Luna, hacia el fondo submarino, al centro de la Tierra, en el trayecto a caballo de Miguel Strogoff, siempre hacia adelante y hacia el progreso, dividiendo a la humanidad entre la fascinación por lo desconocido y la defensa de la obra tradicional del hombre, que acarrea como un equipaje.

La promesa del progreso consistía en liberar a los seres humanos del trabajo duro. Por el contrario, la industrialización inauguró un nuevo modo de esclavización que además afeó y contaminó el viejo entorno rural. En realidad, solo liberó a los propietarios de la herramienta. Algo de esto intuyó Verne en la última parte de su vida, lo que hizo palidecer su confianza en el progreso.

Julio Verne mostró a través de su obra que en primer lugar imaginamos la vida y después nos instalamos dentro de ese imaginario para experimentarla.

El joven Verne tuvo una hermosa fantasía, que quizá no llegó a ser cierta. Se trataba de una fuga accidentada en barco que habría hecho en su infancia. A su regreso diría:  
«De ahora en adelante no viajaré más que en sueños».

Las almas  
no tienen  
otro propósito  
que existir

para gozar  
de sí mismas  
del mundo  
de los demás

para esperar  
en la madrugada  
al acecho  
de la noche  
y soñar  
lo que no sea  
posible vivir

(Trinidad Ballester)

### Notas:

(1) Se considera a Émile Durkheim, Karl Marx y Max Weber como los fundadores de la sociología moderna. Durkheim creó el primer departamento de sociología en la Universidad de Bordeaux en 1895.

(2) Lafargue, Paul. *El derecho a la pereza*. 1998, Madrid, Fundamentos.

(4) Carrière, J. C. *El círculo de los mentirosos*. 2000, Barcelona, Círculo de Lectores.

(3) Bateson, Gregory. *Metálogos*. 1982, Barcelona, Edit. Buenos Aires.

# TEMPORA MUTANTUR, NOS ET MUTAMUR IN ILLIS

por Manuel de Lorenzo

**Les parecerá extraño, pero mi padre todavía no ha pisado el siglo XXI y, sinceramente, dudo mucho que lo vaya a pisar jamás.**

Su vida cotidiana, siempre metódica y distante, ha girado desde que tengo memoria en torno a la lectura y la escritura —dos mundos a los que accede a través de un viejo par de gafas bifocales anclado al borde de su nariz y una antigua máquina de escribir Olympia Traveller de Luxe que durante muchos años ha hecho en nuestra casa las veces de despertador familiar—, y nunca se ha visto tentada por modernidades tales como la telefonía móvil o la informática, cuya ajenidad es proporcional a la cantidad de tomos enciclopédicos y diccionarios que habitualmente pueblan su escritorio.

Un buen día, hace ya bastante tiempo, me preguntó qué era Internet. Por supuesto, y aunque tibiamente, conocía sus usos y funciones. Sabía de su papel fundamental en esa utopía que llamamos sociedad de la información. Su pregunta no venía acompañada,

por lo tanto, de la natural curiosidad y desorientación de quien se acerca por primera vez a un concepto desconocido. Más bien al contrario, su intención era terminar de entenderlo, y de ahí el irritante tufillo ontológico de sus palabras. Quería saber qué era Internet exactamente. Qué lo dotaba de entidad propia. Dónde estaban esos millones y millones de páginas y portales interconectados que conformaban el hiperespacio. En su lado de la realidad, refugiado tras ese par de gafas bifocales y esa muralla de libros, la existencia de Internet —como de tantas otras cosas— se le antojaba imposible...

Comprendí aquel día que mi padre y yo ya no estábamos viviendo el mismo presente. El mío coincidía con el calendario, pero él había detenido el suyo años atrás, quizá a mediados o finales de la década

de los 90. El universo que lo ha rodeado desde entonces, sin tocarlo, felizmente ajenos el uno al otro, pertenece desde su posición a un tiempo cada vez más posterior.

Para mi padre, que tiene ya muchos años, así como para aquellos de sus amigos y familiares con los que comparte quinta, Internet forma parte del futuro. De su propio futuro. No niegan su utilidad y es inevitable que necesiten acudir a él —directa o indirectamente— con mayor o menor frecuencia, pero es un adelanto tecnológico que no se corresponde con la etapa histórica que les ha tocado vivir, sino con la siguiente. Su invención, tanto en su juventud como en su madurez, era sencillamente impensable. Ninguno de ellos podía imaginar entonces que en su futuro, en el que ahora mismo viven, llegaría a existir algo semejante.

Y es natural. Por definición, ocurre con todo lo que aún no ha sido inventado. Tendemos a imaginar los tiempos venideros como un simple reflejo mejorado de los actuales. Si las cosas fuesen como hace treinta o cuarenta años se decía que serían, hoy viviríamos entre coches voladores y robots con delantal. Yo mismo caigo a menudo en el error de imaginar el mañana como una versión más compleja del hoy, en la que tal vez Windows no falle nunca y de vez en cuando me prepare la cena. Soy consciente, no obstante, de que antes o después algún acontecimiento provocará que los años, poco amigos de la inercia, desemboquen en una realidad actualmente insospechable. Para bien o para mal.

A finales del siglo XIX, por ejemplo, la Inglaterra victoriana imaginaba el progreso como una evolución de su presente industrial y mecánico en el que reinarían la tecnología a vapor y las máquinas de hierro y carbón. Sin embargo, cualquier parecido entre el universo *steampunk* y la segunda mitad del siglo XX ha sido pura coincidencia. Y como he dicho, es natural.

Rara vez el futuro, en términos tecnológicos, es una mera adaptación previsible del presente. Ser inven-

tor, de lo contrario, no tendría mérito alguno. Por eso es utópico pretender adelantarse al progreso. Por eso predecir los avances de la ciencia —de ramas como la informática o la robótica, pero fundamentalmente de aquellas que no puedo nombrar porque ni siquiera existen aún— no solo no es fácil, sino que es prácticamente imposible. Porque nadie sabe cuál será el siguiente hito. Porque nadie puede imaginar con exactitud lo que todavía no ha sucedido. O mejor dicho, casi nadie.

Algunos hombres, para asombro del mundo, han sabido ver con prodigiosa antelación qué nuevo camino insospechado terminarían abriendo los años. Han pensado lo impensable. Imaginado lo inimaginable. Es verdad que han sido muchos los que, quizá confiando en un capricho del azar o aprovechándose en su farsa del lento paso del tiempo, se han atrevido a señalar falazmente nuevos nortes. Pero el devenir del progreso ha terminado convirtiendo sus falsas promesas en fracasadas profecías y concediendo únicamente el acierto de unos pocos. Y entre ellos, acaso ocupando el puesto más destacado, se encuentra Julio Verne.

A pesar del curioso halo de esoterismo que la —en ocasiones deformante— cultura popular le ha concedido *post mortem*, nada había de zahorí en Verne. A muchos podrá parecerles una obviedad, pero no es infrecuente encontrarse con opiniones admiradas de sus aparentes dotes adivinatorias que a menudo se preguntan cómo es posible que predijese determinados inventos y acontecimientos científicos. La respuesta, no obstante, les suele importar un bledo.

Verne es considerado por muchos —junto con H. G. Wells— el padre de la ciencia ficción, pero en su caso, el verdadero peso de esa paternidad reside esencialmente en el primer término de tal binomio. Gracias a una completísima labor de documentación, preparación, estudio y análisis científico, unida a su portentosa imaginación y capacidad deductiva, el escritor francés era capaz de prever, haciendo uso de la lógica, el desarrollo en el tiempo de muchos de los

*Veinte mil leguas de viaje submarino*, las armas de destrucción masiva en *Ante la bandera*, el helicóptero en *Robur el conquistador*, el transiberiano en *Claudio Bombarnac*, el láser y el control remoto en *La impresionante aventura de la misión Barsac*, etc. En todas ellas se puede apreciar el desarrollo en la imaginación de Julio Verne de ideas que entonces se encontraban todavía en fase embrionaria. El caso de Internet, como es de suponer, no iba a ser diferente. Sería una imprudencia considerar siquiera la posibilidad de que abandonase el patrón habitual por una vez para lanzar semejante profecía al azar, habida cuenta de que estaríamos hablando de uno de los inventos más importantes de la historia y por lo tanto el riesgo en la apuesta sería elevadísimo. Lo más sensato es estimar que no abandonó su acostumbrado *modus operandi* porque, sencillamente, no tendría por qué haberlo hecho. Y sin embargo sigue habiendo algo tan sorprendente en esa predicción que la hace diferente de las demás.

La primera vez que se refiere a ella es en 1863, en la novela distópica *París en el siglo xx*. Como en muchos de sus otros libros, la trama no se construye en torno a sus invenciones, pero sin duda estas ayudan a construir el paisaje social e intelectual de la historia. En este caso, la misma se inicia el 13 de agosto de 1960 en un París tecnócrata consumido por la especialización científica y el imperio de las finanzas en detrimento de las artes y la literatura, fatalismo que llevó al editor de Verne a remitirle una terrible carta en la que, tras una crítica feroz, exclamó: «No está usted maduro para un libro así; vuelva a intentarlo dentro de veinte años». El manuscrito fue guardado en un cajón y no se publicaría hasta 1994, casi un siglo después de la muerte de su autor.

La diferencia entre la descripción en la novela de algo asombrosamente similar a Internet y el resto de sus predicciones es que, a pesar de que el autor francés siempre escruta hasta la obsesión el estado de la ciencia para adelantarse así a sus avances, la realización de tales adelantos nunca precisa de siglos sino de décadas, lustros e incluso fugaces y escurridizos años. Así, cuando en 1870 se publicó *Veinte mil leguas de viaje submarino*, no solo existía ya la aplicación práctica de la electricidad —aunque no de forma masiva—, sino que un siglo antes Robert Fulton había presentado en el Directorio de París un prototipo de submarino llamado precisamente Nautilus. El submarino eléctrico, de hecho, fue patentado en 1884, apenas catorce años después de la predicción de Verne. Del mismo modo, en *Robur el conquistador*, de 1886, el escritor describe una máquina denominada Albatros que

## EL MANUSCRITO FUE GUARDADO EN UN CAJÓN Y NO SE PUBLICARÍA HASTA 1994.

bien podría ser considerada como un antecedente real de una aeronave propulsada por rotores horizontales. La historiografía reconoce la invención del helicóptero a Ígor Sikorski a principios del siglo xx, por lo que la antelación de Verne se puede considerar, de nuevo, dentro de lo razonable. Es cierto que el propio Sikorski reconocería años más tarde que fue la lectura de *Robur el conquistador* lo que le llevó a idear un artefacto similar al de la novela, y ello ha servido para que muchos atribuyan el mérito efectivo del invento al propio Julio Verne —lo cual es absurdo, porque predecir no es lo mismo que inventar y porque otros ingenieros también estaban realizando progresos paralelos en la misma línea—, pero no lo es menos que el investigador Gustave Ponton d'Amécourt, quien acuñó en 1863 la palabra «helicóptero», ya había fabricado treinta años antes una maqueta de un vehículo muy similar al Albatros propulsado por un motor a vapor. Así que tengamos la fiesta en paz.

En definitiva, en todas sus predicciones hallamos una generosa base técnica de la que partir y una materialización más o menos próxima en el tiempo. Sin embargo, la asombrosa antelación con la que pronosticó la existencia de Internet, asumiendo la escasez de indicios que pudieron haberle conducido a ello, es algo verdaderamente admirable.

Como decíamos, en *París en el siglo xx* Verne describe una red telegráfica mundial «que cubría la superficie completa de los continentes y el fondo de los mares» y que permitía a la gente ponerse en contacto entre sí remitiéndose información que recorría toda la faz de la Tierra. A través de esa red era posible enviar a todas partes la reproducción «de cualquier escritura, autógrafo o dibujo, y firmar letras de cambio o contratos a diez mil kilómetros de distancia». También predice otros servicios de internet como los sistemas de mensajería electrónica, ya que al disponer cada casa de sus propios cables, se hacía posible la correspondencia directa con los destinatarios. Completa

esta idea en un cuento publicado en 1889 en el que menciona una tecnología basada en «la transmisión de imágenes por espejos sensibles conectados con cables» mediante la cual era posible mantener conversaciones en tiempo real, independientemente de lo lejos que se encontrasen los interlocutores, gracias a la recepción por ambas partes de audio e imagen. Se describen además en la novela unos artefactos muy similares a los ordenadores, señalando que «al presionar las teclas de un teclado se obtenían instantáneamente las sumas, las restas, los productos, los cocientes, las reglas de proporción, los cálculos de amortización y de intereses compuestos por períodos infinitos y a todas las cuotas posibles».

Que Verne fuese capaz de predecir la invención de complejas máquinas computadoras, teniendo en cuenta que la historiografía sitúa el punto de partida de la computación mecánica en 1852, no es más asombroso que cualquier otra de sus anticipaciones al progreso. Sin embargo, que en la segunda mitad del siglo xix hubiese imaginado la existencia futura de una red global de telecomunicaciones capaz de transmitir información instantánea en forma de textos, sonidos e imágenes, o de operar en el mercado mediante, por ejemplo, la inscripción automática de valores de mercado «en los paneles situados al centro de las bolsas de París, Londres, Fráncfort, Ámsterdam, Turín, Viena, San Petersburgo, Constantinopla, Nueva York, Valparaíso, Calcuta, Sydney, Pekín y Nouka-hiva», es extraordinario. No solo por la enorme distancia temporal que separa la predicción y el invento, sino por lo ajeno que un sistema semejante se encontraba entonces del conocimiento científico y la exigua base tecnológica en la que podía sustentar su deducción. Morse había inventado el telégrafo tan solo veinticinco años antes, el teléfono no existiría hasta más de una década después de la publicación de la novela, las primeras comunicaciones por radio no se producirían hasta finales del siglo xix y la televisión ni siquiera era aún un mísero espejismo.

Y aun así, Verne lo imaginó. Faltaban casi ciento treinta años para que el mundo conociese las tres uves dobles que revolucionarían la historia de la comunicación, pero su talento fue capaz de imponerse a la propia incertidumbre del desarrollo tecnológico. No era el vaticinio de un adivino ni la profecía de un fanfarrón, sino la capacidad deductiva de un hombre racional. Todavía hoy, en 2013, hay personas como mi padre que se preguntan desde algún punto del pasado qué es Internet. Julio Verne podría haber contestado a esa pregunta en 1863.

Pensó en los hombres y los pensó interconectados. Pensó en la posibilidad de enviarse información a través de cables que uniesen los puntos más extremos del planeta. Pensó en la posibilidad de enviarse textos y, por qué no, quizá predijo que alguien enviaría alguna vez un texto sobre él. Quizá predijo que alguien enviaría a algún magazine un texto sobre su capacidad de predicción. Quizá predijo, incluso, que alguien enviaría a algún magazine un texto sobre la posibilidad de que hubiese previsto el propio envío de ese texto...

O quizá no. Quién sabe. Tal vez, a estas alturas, lo más inteligente sería consultarlo con mi sabio padre. ■■■



# LA VUELTA AL MUNDO

## EN SETENTA Y DOS DÍAS, SEIS HORAS, ONCE MINUTOS Y CATORCE SEGUNDOS

por Jenn Díaz · fotografía de Youichi Shidomoto

**IMAGINAD A UNA MUJER EN EL AÑO 1882. IMAGINADLA** con dieciocho años leyendo una columna sexista en el periódico *Pittsburgh Dispatch*. Ahora imaginadla escribiendo una carta anónima al director de dicho periódico, una réplica a la columna desagradable que ataca los derechos, todavía sin determinar, del sexo supuestamente débil. Imaginad, un último esfuerzo, e insisto en que estamos hablando de una mujer y de 1882 y de dieciocho años, imaginad que el director del periódico pide que la persona que ha mandado esa carta se presente en las oficinas. Estáis imaginando, sin saberlo, porque de personajes así sabemos poco, a Elizabeth Jane Cochran. Cuando al día siguiente de las órdenes del director del periódico apareció una mujer de dieciocho años como la persona que había escrito la excelente carta, quedó contratada como periodista: su primer empleo. Ahora dejad de imaginar a Elizabeth Jane Cochran y cambiadle el nombre, porque aunque la réplica era inteligente y estaba llevándole la contraria a un texto sexista, aun así el director del *Pittsburgh Dispatch* sabía que era indecoroso que una mujer firmara con su verdadero nombre, bajo su verdadera identidad. Así que ahora reunid todo lo que habéis imaginado y atribuídselo a Nellie Bly, que es el seudónimo con el que firmó todos sus artículos y el nombre de una canción de Stephen Foster.

Nellie Bly fue la pionera en el periodismo encubierto, lo que hoy podríamos entender como una periodista clandestina para algunos y para otros, los afectados, una maldita entrometida. Tras varios artículos de investigación, Nellie se hace pasar por una trabajadora explotada, y habla así con conocimiento de causa, cubriendo la noticia, y digo cubriendo porque parecía arropar con el periodismo las condiciones penosas y extremas a las que se veían sometidas las mujeres. Las empresas afectadas denunciaron al periódico, de modo que se vieron obligados a relegarla a la sección de moda y escritura femenina, para mujeres y, por favor, sin alma, sin escándalos. No contenta con su nueva realidad («Mientras el corazón lata, mientras la carne palpita, no me explico que un ser dotado de voluntad se deje dominar por la desesperación», escribía Julio Verne), decide irse a México como corresponsal, para seguir denunciando desde su periodismo encubierto todo cuanto no cumpliera con lo que después serían derechos humanos. Igual que las empresas afectadas, México la expulsa; hay gente incómoda. Pero entonces Nellie Bly, que por lo visto no estaba dispuesta a conformarse precisamente porque estaba dotada de voluntad y la carne le palpitaba y el corazón le latía y de qué forma, igual que cuando leyó la columna sexista, coge a Elizabeth Jane Cochran y se la lleva a Nueva York. Después de varios meses sin encontrar trabajo, hace lo imposible por entrevistarse con el director del periódico sen-

## SU PRIMER ARTÍCULO LE IBA A EXIGIR UN GRAN ESFUERZO, UN RIESGO ALTO, LA IBA A PONER ENTRE LA ESPADA Y LA PARED.

sacionalista *New York World*, donde, tras quedar impresionados, la contratan nuevamente, como la primera vez. Su primer artículo le iba a exigir un gran esfuerzo, un riesgo alto, la iba a poner entre la espada y la pared: se internó de incógnito en un psiquiátrico para mujeres en Blackwell's Island para denunciar las negligencias del centro, donde quedó indefensa y expuesta a las condiciones en que vivían las internas, que por supuesto eran horribles. Aquello dio como resultado el artículo "Diez días en el manicomio", que podríamos comparar, salvando las muchas distancias, con lo que hoy sería el programa *21 días*.

«¿Qué cosa, además de la tortura, instigaría la locura con mayor rapidez que los tratamientos en este establecimiento? A estas mujeres se las confina para curarlas. Si los médicos que aquí me tienen tomaran a una mujer sana y saludable y la encerrarán y la obligaran a sentarse en duros bancos de madera, desde las seis de la mañana hasta las ocho de la noche, sin dejarla hablar ni moverse todo ese tiempo, sin dejarla leer o saber del mundo exterior, y además la alimentaran mal y le dieran un tratamiento severo, ¿cuánto tiempo creen que esa vida la llevaría a la locura? En dos meses esta mujer estaría desquiciada y enferma».

Gracias a este trabajo, se investigó y se puso en marcha un plan para mejorar este y demás centros en los que se estuviera tratando a los enfermos con crueldad. Nellie Bly ideó la clandestinidad en el periodismo para salirse con la suya, para ofrecer calidad con los riesgos que suponía, para hacer crítica social y denunciar, desde la posición privilegiada que era escribir en un periódico siendo mujer, todas las injusticias a las que se veía expuesta. Su privilegio se lo debía a sí misma, pero pensaba aprovecharlo también en nombre de las demás. Ante la propuesta del editor del periódico para encerrarse en el asilo psiquiátrico de mujeres, Nellie

escribió: «¿Creía yo tener el valor necesario para pasar ese trago? ¿Podía fingir las características propias de la locura hasta el punto de engañar a los médicos y vivir una semana entre los locos sin que las autoridades descubrieran que era una infiltrada? Dije que creía que sí». Cuando preguntó cómo la sacarían de allí, una vez estuviera dentro, le respondieron que no lo sabían.

En 1888, a la periodista se le ocurre que el periódico envíe a un hombre a hacer la vuelta al mundo en ochenta días, como en la novela de Julio Verne.

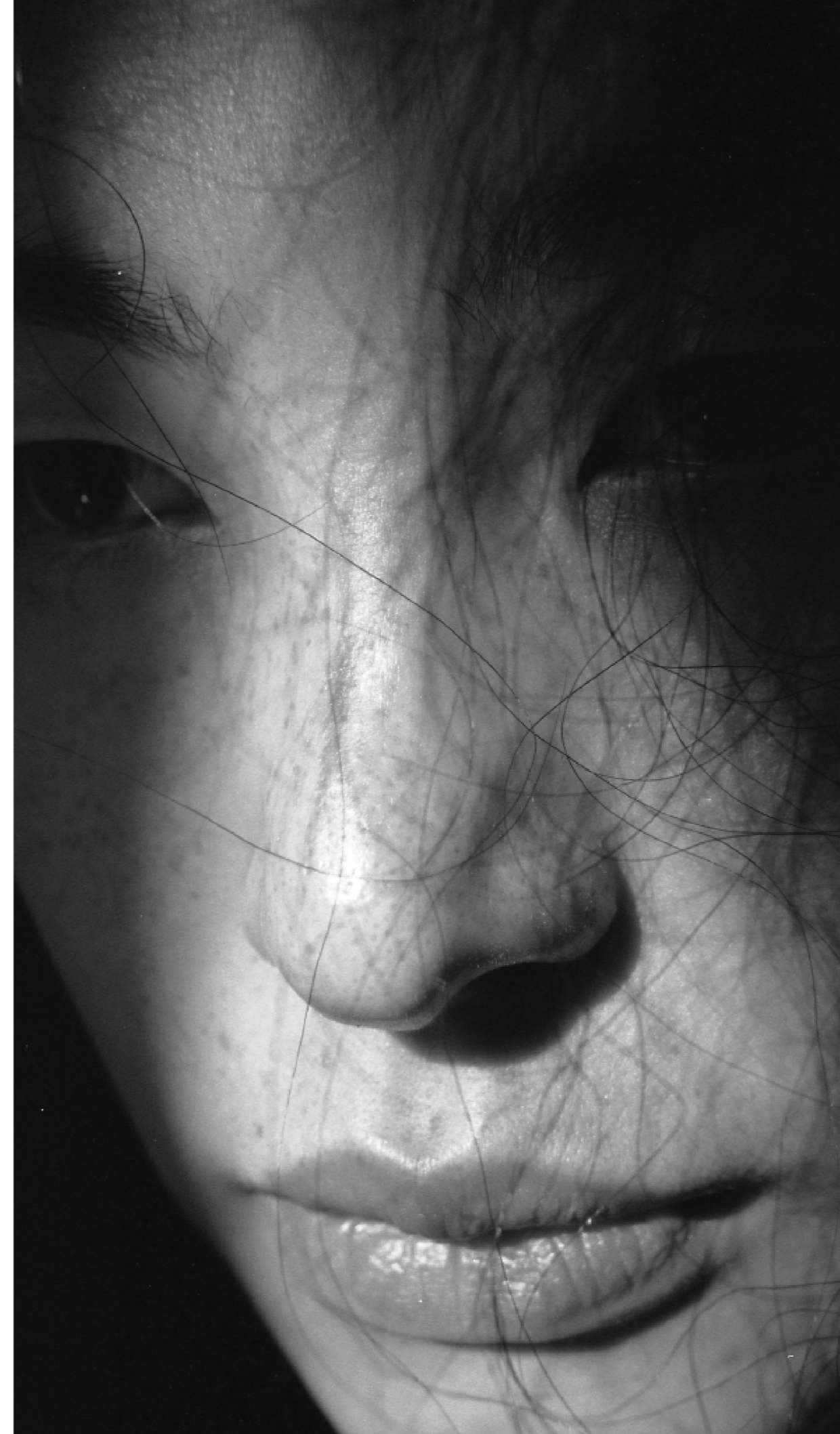
¿Cómo se le ocurre? «Es difícil a veces explicar cómo surge una idea... En este caso, un domingo, como era mi costumbre, estaba pensando en algo que ofrecerle el lunes a mi editor y no me salía nada, así que, cansada, me dije: "Ojalá me encontrara ahora en el otro lado del globo..."». Pero su editor le dijo que no podía ser: era una mujer y necesitaba llevar un gran equipaje. Querían que fuera un hombre quien, desde los distintos lugares de mundo por los que pasara, escribiera crónicas. Nellie Bly, por supuesto, se presentó como candidata, y como fue rechazada sin ninguna opción, amenazó con hacerlo para otro periódico desde el mismo día y en menos tiempo, con la humillación que eso supondría para el periódico y el hombre retado. Cuando un año más tarde Nellie empieza su viaje, porque finalmente se lo conceden, se encuentra con el escritor de las aventuras de Phileas Fogg en París. Elizabeth, y me vais a permitir que la llame justamente por su nombre verdadero, no había recibido ningún trato favorable en ninguno de los tramos de su largo trayecto, además de ser la primera mujer en viajar sin la supervisión y el cuidado de un hombre. Julio Verne, perteneciente al grupo *Los once sin mujeres*, misógino como se le recuerda, mantiene una conversación tensa con la periodista que se había puesto como meta competir con el tiempo que él mismo había preparado para su novela. «Si consigues dar la vuelta al mundo en 79 días, te aplaudiré con ganas». Julio Verne le sugiere que se vaya a Bombay, como su personaje, y haga una parada; Elizabeth contesta, porque conoce la historia, que prefiere no perder el tiempo salvando a una joven viuda. Julio Verne aprovecha la oportunidad para corregirla: un joven viudo. «Sonreí, condescendiente, como siempre hacen las mujeres solteras y sin compromiso ante este tipo de insinuaciones». Y a pesar de la sonrisa y la condescendencia, Elizabeth —permitidme que a partir de ahora ya no sea Nellie en el artículo— dijo, mientras cruzaba el Pacífico, que si fracasaba no volvería nunca a Nueva York. Pero no, por supuesto que no fracasa, como ya anuncio en el título. Como bien sabía desde un principio, la realidad estaba dispuesta a superar a la ficción, y así se convertiría

en la primera mujer en dar la vuelta al mundo en setenta y dos días (seis horas, once minutos y catorce segundos) para sorpresa de Julio Verne, el director del *New York World* y todos los que se atrevieron a dudar de ella. Pero en *La vuelta al mundo en ochenta días* se podía leer que «si un hombre se imagina una cosa, otro la tornará en realidad»: para sorpresa de todos, fue una mujer quien se atrevió. Podría haber sido Elizabeth Jane Cochran esa mujer, pero fue Nellie Bly.

«A toda la gente a la que le debo tanto por la generosidad que me han demostrado, quiero en un pequeño libro como este agradecerles todo individualmente. Forman una cadena alrededor de la tierra. A todos y cada uno de ustedes, hombres, mujeres y niños, en mi tierra y en las tierras que visité, les doy las gracias. Cada buen acto y pensamiento, una alegría, una pequeña flor, está todo grabado en mi memoria como una de las cosas más agradables de esta aventura. A usted y a todos aquellos que lean la crónica de mi viaje, les ruego indulgencia. Estas páginas han sido escritas en los momentos libres de una vida muy ajetreada».

A su vuelta, Elizabeth es una heroína y consigue que las ventas del periódico aumenten, pero eso no le reporta a ella ninguna bonificación, de modo que se autodespide. Probablemente también sea la primera mujer que decide renunciar, por voluntad propia, a un trabajo. Después de un tiempo retirada del periodismo, vuelve al mismo diario y sigue haciendo lo que mejor se le da: denunciar lo público y lo privado, remover conciencias, alertar sobre las injusticias que sufre la mujer. Y con ello consigue que se hagan reformas, que se luche, que la mujer soltera tenga derechos, entre otras cosas. Probablemente sea una de las más antiguas portavoces del movimiento feminista aunque apenas se la conozca por ello, sino por el reto del viaje. Siguió escribiendo hasta que en 1895 se casó con el empresario Robert Seaman, cuarenta años mayor que ella. Tras la muerte de su marido, Elizabeth se hizo cargo de los negocios que este tenía, y en ellos llevó a la práctica todo lo que había denunciado como periodista y que por fin tenía la oportunidad de cambiar. La viuda consiguió la eliminación del trabajo a destajo, la construcción de un centro de recreación, el establecimiento de clubes de caza y pesca, una biblioteca para los empleados; pero no fue suficiente para combatir la parte financiera, así que se arruinó. Para solventar sus problemas económicos, volvió al periodismo de la mano del *New York Evening Journal*. Cubrió la convención en 1913 a favor del sufragio femenino y fue la primera corresponsal en la Primera Guerra Mundial, en el frente del Este, para acabar muriendo de neumonía a los cincuenta y siete años.

Cuando Julio Verne escribió que «No necesitamos continentes nuevos, sino personas nuevas», no sé si contempló la posibilidad de que esas personas nuevas fueran, además, de un sexo nuevo, que no era el opuesto, no era la mujer, sino las Nellies Bly que se fueron sucediendo poco a poco, escribiendo más poco a poco todavía la historia de la mujer, que está llevando algo más de setenta y dos días, seis horas, once minutos y catorce segundos. ■



# VICTORIANOS EMINENTES

por Ernesto Baltar

**Con la publicación en 1918 de *Victorians eminentes* Lytton Strachey no solo abandonó de manera vertiginosa el anonimato —«como Byron, se despertó famoso una mañana», afirma su biógrafo Michael Holroyd— sino que revolucionó para siempre el arte de la biografía, género en boga en Inglaterra al menos desde el siglo XVIII. Podemos decir que este libro inauguró un nuevo subgénero de límites imprecisos, quizá codificable bajo el epígrafe «retrato literario», cuya influencia posterior en la crónica periodística se haría evidente.**

**LA BREVEDAD Y CONCISIÓN ERAN LOS RASGOS ESTILÍSTICOS** más acusados de Strachey, que propugnaba un retorno a las raíces latinas en su preferencia «por lo fugaz, por la perfección formal y por lo que no sea excesivamente bueno». Sacrificaba sin reparos el rigor analítico en aras de una verdad más humana, literaria y escéptica; como dice en el prólogo, «la ignorancia es el primer requisito del historiador: ignorancia que simplifica y aclara, que selecciona y omite, con perfección serena». En este caso, además, la caracterización de los personajes le servía para ilustrar cabalmente una sociedad y una época atravesadas por la hipocresía. En ningún momento oculta su objetivo: «He intentado, mediante la biografía, presentar ante los ojos del lector moderno algunas imágenes de la era victoriana».

Aristócrata, historiador y crítico, Strachey se propuso captar en *Victorians eminentes* la esencia de una época a través de los retratos cáusticos de cuatro célebres personajes, considerados por sus contemporáneos modelos intachables de virtud, rectitud, servicio público y heroísmo: el cardenal Manning, prelado católico inglés; la enfermera Florence Nightingale, fundadora de la Cruz Roja; el pedagogo Thomas Arnold, director de la escuela de Rugby, y el general Gordon, energético militar que pereció en el famoso asedio de Jartum. Siguiendo el hilo biográfico de estos cuatro paladines de la época, asistimos a una sátira feroz e hilarante de la moral hipócrita y las conductas intolerantes de la sociedad victoriana. Bertrand Russell, que leyó el libro en la cárcel (donde estaba confinado a causa de sus ideas pacifistas), recordaría

en sus memorias: «Me hizo reír tan alto que un oficial de prisiones se asomó a mi celda para decirme que recordase que la cárcel era un lugar de castigo».

El nuevo género se decantaba por el tratamiento anecdótico, desmitificador e irónico de la historia, que en manos de un escritor tan mordaz experimentaba una decisiva torsión literaria, que no solo no desdeñaba la subjetividad sino que la alentaba (Strachey solía intercalar comentarios, bromas o juicios personales, pese a citar como autoridad las palabras de un inexistente maestro francés: «Je n'impose rien; je ne propose rien: j'expose»). Frente al enciclopedismo soporífero y la acumulación erudita de nombres y fechas, que en el fondo no aportan gran cosa, esta forma de retrato literario indagaba en la psicología individual, seleccionando aquellos datos y acontecimientos que pudieran ser más reveladores de la vida y carácter del personaje, que de esta manera adquiriría sentido y se presentaba con viveza ante el lector, dando la impresión de una personalidad completa, viva, de carne y hueso.

Artista diletante y miembro fundador del grupo de Bloomsbury, el propio Strachey sería convertido en personaje literario —ironía o consecuencia lógica del destino— en la novela *Maurice* de su amigo E. M. Forster, donde aparece bajo el nombre de Risley, así como en *The voyage out* de Virginia Woolf, donde encarna la figura de St. John Hirst. En la película *Carrington* (1995), protagonizada por Emma Thompson y Jonathan Pryce, que hace un recorrido por su

confusa relación amorosa con la pintora Dora Carrington, se percibe con claridad el carácter excéntrico, ingenioso, refinado, viperino e irreverente del personaje.

Cuatro años antes de publicar el libro, Strachey ya formulaba su planteamiento básico en una carta dirigida a Virginia Woolf: «¿Es el prejuicio, crees tú, el que nos lleva a odiar a los victorianos, o es la verosimilitud del caso? A mí me parecen una banda de torpes vociferadores hipócritas; pero tal vez de verdad exista en ellos un encanto barroco que será descubierto por nuestros tataranietos, tal como nosotros hemos descubierto el encanto de Donne, quien le resultaba intolerable al siglo XVIII. (...) La literatura del futuro, lo veo claramente, será alucinante. Al menos dirá la verdad, y será indecente, y cautivante, y romántica, e incluso (luego de cerca de un siglo) estará bien escrita».

Pero ¿en qué consiste la tan traída y llevada era victoriana? ¿Cuáles son los rasgos más sobresalientes de esa sociedad que ha aparecido representada tantas veces en la literatura, el teatro o el cine? Como sería imposible abordar aquí un tema tan amplio (recordemos que la reina Victoria se mantuvo en el trono durante más de seis décadas: 1837-1901), trataremos de ilustrarlo —siguiendo los preceptos de Strachey— con una sola imagen, un objeto simbólico de la época: el Crystal Palace.

El 1 de mayo de 1851 los reyes Victoria y Alberto inauguraron la Gran Exposición de Londres, primera exposición universal de la historia. El constructor de invernaderos Joseph Paxton había diseñado para la ocasión un enorme Palacio de Cristal que, situado en pleno Hyde Park, se convertiría en el símbolo del progreso técnico y científico, el desarrollo industrial y la prosperidad económica que caracterizaban a la época victoriana (y que tenían su reflejo en las obras de Julio Verne). El diseño de Paxton había sido elegido entre más de doscientos competidores porque era la propuesta más barata y rápida de ejecutar, la única con materiales cien por cien prefabricados.

Una estructura de hierro y vidrio con 580 metros de largo por 137 de ancho y 34 de altura.

En su obra *Esferas* el filósofo Peter Sloterdijk considera el Crystal Palace la encarnación más significativa del capitalismo liberal, fruto de esa voluntad de excluir el mundo exterior y de retirarse en un interior absoluto, confortable, decorado, suficientemente grande como para que no nos sintamos encerrados. Para él el Palacio de Cristal no es sino una gigantesca fantasmagoría producida por la economía de consumo, donde se unen la industria y la magia. La gente, al entrar en el edificio, notaba una variación en el ambiente, en la atmósfera, en el mismo aire que respiraba. Como rezaba el catálogo de la exposición: «Es el único edificio del mundo en el que la atmósfera es perceptible (...) a un espectador situado en el extremo oriental u occidental de la galería, que mira directamente al frente, las partes más lejanas del edificio se le aparecen envueltas en un halo azulado».

Al margen del sesgo ideológico que le otorga Sloterdijk, los cristales parecen dejar ver el interior desde fuera y el exterior desde dentro. De hecho, el vidrio es lo que actúa como legitimador de la claridad y la limpieza, pues permite que traspase enteramente la luz del sol, dando una impresión solemne de luminosidad. Pero lo que nos viene a decir Lytton Strachey es que cuando uno rasca en la superficie, o se cansa de tanta grandiosidad pomposa (con su fachada normativa, social, de falsa moralina, forjada entonces al unísono por las instituciones educativas, la jerarquía eclesiástica y los medios de comunicación) y decide romper los cristales —a pedradas satíricas— para acceder a la verdadera intimidad de las cosas, lo que descubre es que todo es una gran mentira. Y pone al descubierto su auténtica médula corrupta, podrida, descompuesta.

Que los grandes héroes de la virtud no eran sino unos pobres neuróticos.

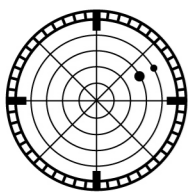
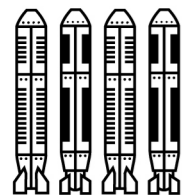
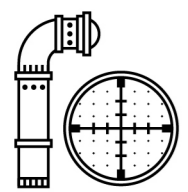
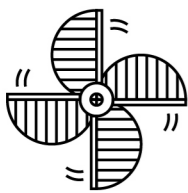
Que la reina no era Victoria, sino la hipocresía. ■■■

# DEL NAUTILUS

## AL CRYSTAL PALACE, EL GRAN INVERNADERO GLOBAL

por Concepción García

### ELEMENTOS DE UN SUBMARINO



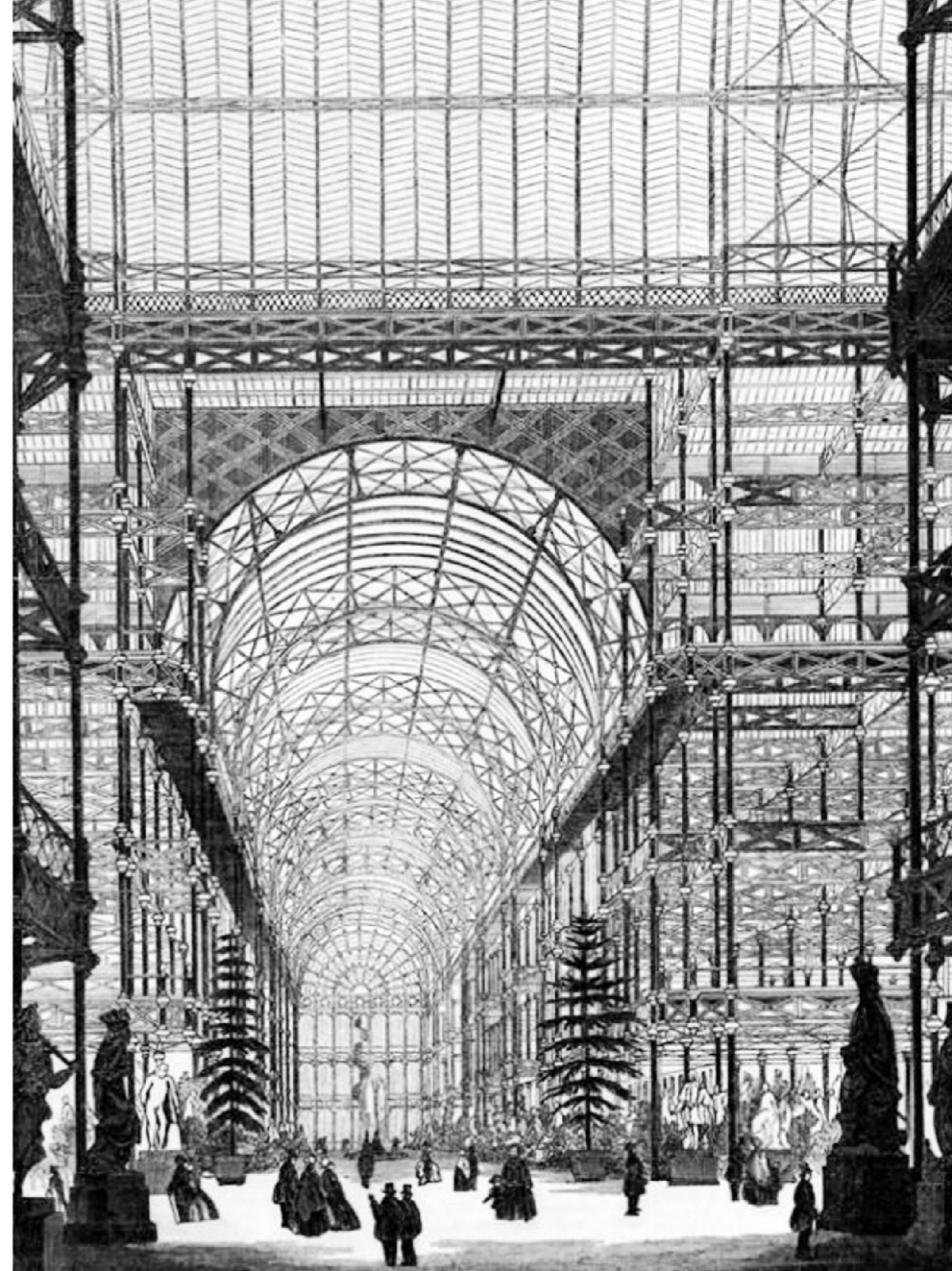
El submarino Nautilus es el escenario central que ambienta la trama de la novela de Julio Verne *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de 1871. Su comandante, el misterioso capitán Nemo, un ingeniero de cultura enciclopédica, lo había proyectado a modo de refugio y cápsula protectora con la que iniciaría su particular huida del mundo.

La misantropía del capitán, de origen hindú, se alimenta del odio hacia Inglaterra, que ha esclavizado a su pueblo y asesinado a su familia. Proyecta su fuga basándose en la fabricación de un submarino ideal, con el que surcará los mares en expedición científica y justiciera, liberará a pueblos sometidos y destruirá cualquier símbolo vinculado con la Pérfida Albión a su paso. La construcción de la máquina es muy sofisticada, encarga sus piezas de metal y cristal a fábricas y astilleros localizados en diferentes partes del mundo con una intención clara: no levantar sospechas. Su tripulación, de diverso origen en una suerte de torre de Babel, le guarda lealtad absoluta.

«—¡Señor profesor! —replicó vivamente el comandante Nemo— ¡yo no soy lo que usted llama un hombre civilizado! He roto con la sociedad entera, por razones que solo a mí compete apreciar. No estoy sometido, por tanto, a ninguna de sus reglas, y le exhorto que no las invoque jamás ante mí (...) El mar no pertenece a los déspotas. (...) a treinta pies bajo su nivel, su poder cesa, su influencia se extingue, su dominio desaparece. ¡Ah! Amigo mío, ¡viva usted en el seno de los mares! ¡En él únicamente existe la independencia! ¡En él no reconozco señores! ¡Soy libre!».

De gran sofisticación técnica, el submarino Nautilus contaba con adelantos científicos avanzados a su tiempo, rasgo que atravesará la personal narrativa de Verne a lo largo de su dilatada obra. Julio Verne (1828-1905) nació en la Francia heredera del espíritu romántico y desde muy temprana edad manifestó una curiosidad enfermiza por los asuntos científicos, además de ser un lector voraz de poesía. La segunda mitad del siglo XIX está marcada por el optimismo y la fe en la ciencia como sinónimo de progreso, lo que unido a la tradición orientalista que existía en Francia expresada en el gusto exótico de las fantasías de Eugene Delacroix y las lánguidas mujeres de los harenes de los óleos de Jean Auguste Ingres, hacen que este optimismo tecnológico quede velado por una épica simbolista, en una eterna búsqueda de aquellos paraísos artificiales que idealizara coetáneamente Baudelaire. No es extraño que este contexto sociocultural diera paso a una embrionaria literatura de ciencia ficción, de la cual Julio Verne es considerado padre universal.

Durante la segunda mitad del siglo XIX se produce, en Europa, un rápido crecimiento económico ligado al avance de la industrialización y el progreso técnico que intensificará el intercambio comercial, un optimista escenario fruto de la consolidación en el poder de la burguesía. En este contexto de expansión comercial surgen las Exposiciones, que durante toda la primera mitad del siglo fueron nacionales, debido a que casi todos los países europeos obstaculizaban el intercambio internacional como medida de protección de los incipientes comercios locales. El primer país en romper las barreras aduaneras sería Francia, donde las nuevas posibilidades de interacción con el comercio extranjero se reflejan en las Exposiciones Universales.



No obstante, la primera Exposición Universal tiene lugar en Londres en 1851. Se elige como sede Hyde Park y el Crystal Palace es el innovador edificio que acogerá la muestra.

La importancia del Palacio de Cristal no se debe a la solución de importantes problemas estructurales, ni tampoco a la novedad de los procesos de prefabricación y a sus precisos detalles técnicos, sino a la nueva relación que se establece entre los medios técnicos y las finalidades representativas y expresivas del edificio. Las descripciones contemporáneas insisten en la impresión de irrealidad y de espacio indefinido, la sensación atmosférica de la arquitectura es definida por primera vez.

El edificio es obra de Joseph Paxton (1803-1865), constructor de invernaderos y experto en jardinería. Sin duda la ausencia de preocupaciones monumentales de Paxton frente a los arquitectos de la época y las severas limitaciones económicas a las que fue sometida la contrata fueron factores decisivos en el original resultado final.

La longitud total del edificio era superior a 550 metros, frente a la estrecha anchura de 21,5 m. de la nave principal. La composición del volumen, fundada en la repetición de un motivo simple, puede parecerse a los modelos de la tradición neoclásica, pero en cambio existe un aspecto novedoso que cambiará para siempre los consolidados modos tradicionales de la arquitectura. Así, las relaciones entre elementos y las dimensiones adoptadas dan como resultado una impresión atmosférica del edificio, una extensión indefinida no abarcable con la mirada, y se elimina la percepción de objeto

1. Hélice utilizada como propulsor - 2. Periscopio, para detectar los movimientos en superficie - 3. Torpedos, proyectiles autopropulsados que se desplazan por debajo del agua - 4. Rueda de buque, utilizado para dirigir el submarino - 5. Sonar, medio de navegación por sonido - 6. Brújula, instrumento de orientación con agujas magnetizadas.

## Una armonía artificial cristalizada en el edificio que abrió la puerta a la modernidad y que ha servido también de metáfora contemporánea de la sociedad occidental.

unitario y concluido. La arquitectura se confunde con la luz en una extensión indefinida y de alguna manera el contenedor desaparece para dar protagonismo al contenido: el interior se califica de manera siempre mutable por los objetos expuestos y las personas que lo visitan. La piel exterior, compuesta exclusivamente de hierro y vidrio, configura una nueva relación exterior-interior desconocida hasta entonces.

El Palacio de Cristal británico se convirtió en un símbolo popular de la modernidad, que suscitó la aceptación mayoritaria de la sociedad de la época, pero también críticas célebres como la de Fiódor Dostoyevski en *Memorias del subsuelo* (1864), una especie de crónica de la marginalidad del antihéroe, que se refiere a la indeseable armonía artificial que simboliza el Palacio de Cristal, frente al caos y la destrucción innatos a la condición humana.

Una armonía artificial cristalizada en el edificio que abrió la puerta a la modernidad en la segunda mitad del siglo XIX y que ha servido también de metáfora contemporánea de la sociedad occidental.

El filósofo alemán Peter Sloterdijk asimila la construcción del Crystal Palace con la esfera protectora de nuestras ciudades climatizadas e higiénicas hasta la extenuación. La sociedad occidental ha desplazado el mundo metafísico de los primeros modernos por un gran espacio interior ligado al poder adquisitivo.

Nuestro primer mundo quisiera refugiarse en un gran palacio de cristal, una cápsula defensora como lo fuera el submarino Nautilus, pero con una lectura claramente inversa. Si en la novela de Julio Verne, era el individuo en su misantropía el que se protegía de la corrompida sociedad burguesa, en el planteamiento de Sloterdijk la metáfora del gigante invernadero británico resguarda a la sociedad occidental de un peligro exterior, la amenaza de *los otros*, un enemigo marginal e idealizado. Este enemigo es la periferia, todo lo que queda fuera del sistema de privilegio refugiado en una atmósfera climatizada con energías fósiles y por tanto perecederas que pueden abastecer a un grupo de elegidos durante un tiempo cada vez más limitado. El *aquí* y el *ahora* son la máxima de un primer mundo que se pone a salvo en su refugio de cristal, que observa a través de la piel transparente un *afuera* precario convertido en destino de una muy moralizante y tranquilizadora caridad y cuya finalidad es ser objeto de paseo turístico. La periferia está allí simplemente para recordarnos que en nuestro hábitat artificial la seguridad está garantizada y que es necesario proteger la estructura a cualquier precio. Un saqueo silencioso desde el palacio de cristal.

El capitalismo liberal encarna la voluntad de excluir el mundo exterior, de retirarse en un interior absoluto, confortable, decorado, suficientemente grande como para que no nos sintamos encerrados. Y este deseo se concreta en el palacio de cristal urbano, con sus calles peatonales y sus casas con aire acondicionado. Existe un antecedente a la visión de Sloterdijk en las galerías y calles comerciales del París de Walter Benjamin, en donde el régimen de Napoleón III expresó su verdadera naturaleza tratando de transformar el mundo interior en una especie de fantasmagoría: un gran salón abierto donde uno conecta con el exterior sin estar obligado a salir de casa. Para Benjamin,



también ese era el fantasma burgués de base: querer disfrutar de la totalidad de los frutos del mundo sin tener que salir del refugio.

La transparencia del palacio genera la ilusión a los ciudadanos de la periferia de poder participar de su confort y seguridad. El palacio se hace desear, se propone como ideal de desarrollo para los *perdedores de la Historia* ocultando las fronteras que los dividen, invisibilizando sus rigurosas medidas de control.

«En burbujas, esferas, incubadoras, invernaderos, donde el hombre se construye, se protege y cambia», así define Sloterdijk la localización del habitante del primer mundo, en una vida autoorganizada en espacios protegidos e inmunes.

Más de un siglo y medio después, la confianza en la tecnología sobre la que se asentó la narrativa de Julio Verne deja paso a una distopía, un escenario global en grave desequilibrio, en el que la burbuja del primer mundo empieza a mostrar inquietantes signos de quiebra. Es posible volver a imaginar una trayectoria distinta del devenir de los tiempos, una aplicación de la ciencia tan utópica como la que Verne se atrevió a imaginar, en la que el invernadero protector hubiera llegado hasta nuestros días de una forma verdaderamente global a los territorios, o tal vez, todo lo contrario.

«La luz se hizo tan rápidamente como se había extinguido, penetrando en el salón por dos aberturas oblongas practicadas en las paredes. Las masas líquidas aparecieron vivamente iluminadas por las efluencias eléctricas. Dos placas de cristal nos separaban del mar. Sufrí un inesperado estremecimiento, a la idea de que aquella frágil pared podía romperse; pero estaba reforzada y sujeta por sólidas armaduras de cobre, que la mantenían y le daban una resistencia casi infinita (...). Pero en aquel medio fluido que recorría el Nautilus, el fulgor eléctrico se producía en el seno mismo de las ondas. Aquello, más bien que agua luminosa, era luz líquida».



# GRANUJAS, OPORTUNISTAS Y CHIFLADOS

## AL SERVICIO DEL IMPERIO BRITÁNICO

por Javier Bilbao

**AUNQUE RESULTE SORPRENDENTE, HOY EN DÍA** todavía hay gente que cree que Winston Churchill fue primer ministro británico y jugó un papel decisivo en la Segunda Guerra Mundial. Seamos serios, ¿alguien cree que un hombre que pasó tanto tiempo largando la cantidad de discursos y citas para la posteridad que se le atribuyen tendría tiempo no ya para gobernar, sino para liderar una guerra? Hagan la prueba en sus casas: intenten declamar de improviso ante su pareja, mascota o cualquier vecino con el que se crucen en la escalera una arenga de las suyas empleando con vehemencia expresiones como «honor», «guerra», «democracia», «abyecta esclavitud», «libertad», «historia»... Invoquen con la mirada perdida en el horizonte el derramamiento de sangre, sudor y lágrimas ante el altar de la sagrada causa de la Libertad. Clamen con la mano en el corazón que nunca en la historia del conflicto humano tantos debieron tanto a tan pocos... Para cuando quieran darse cuenta la pizza ya se les habrá quemado en el horno, el niño se habrá quedado sin recoger de la guardería y las tiendas ya habrán cerrado. Y así todos los días. Imposible. Es que no da tiempo. También cabe la opción de que simplemente el paso del tiempo y la mala memoria de la gente al recordar citas vaya agrupándolas todas en tres grandes autorías: las humorísticas corresponderían a Oscar Wilde o a Woody Allen indistintamente (próximos a fusionarse en el imaginario popular en un solo ente, Oscar Wildy Allen, un cineasta homosexual judío del siglo XIX); las horteras, monopolio de Rabindranath Tagore; y finalmente todas las demás frases célebres serían propiedad de dicho inglés, que tal vez existió o tal vez no. Pero mientras nos preguntamos quién sería entonces ese señor gordito de mejillas coloreadas que aparece en tantas fotos, leamos una de las reflexiones que se le atribuyen:

«¿Qué empresa más noble y más provechosa puede intentar una colectividad ilustrada que rescatar de la barbarie regiones fértiles y grandes poblaciones? Dar paz a las tribus guerreras, administrar justicia

donde reina la violencia, sacudir las cadenas del esclavo, extraer riquezas del suelo, plantar las primeras semillas del comercio y la educación, aumentar en pueblos enteros la capacidad para el disfrute y disminuir las ocasiones de dolor ¿Qué ideal o premio más valioso puede inspirar el esfuerzo humano? (...) Sin embargo cuando la mente se vuelve de la maravillosa nube de aspiraciones al feo andamiaje de intentos y logros, surge una serie de ideas opuestas. La brecha inevitable entre la conquista y el dominio comienza a ser cubierta con las cifras del comerciante codicioso, el misionero inoportuno, el soldado ambicioso, el especulador mentiroso, que perturba la cabeza de los conquistados y excita los sórdidos apetitos de los conquistadores. Y cuando el ojo del pensamiento se detiene en estos siniestros rasgos, difícilmente parece posible para nosotros creer que pueda alcanzarse cualquier perspectiva bella a través de un camino tan repugnante».

Sea quien sea el autor de este brillante párrafo, lo cierto es que no puede expresarse con palabras más exactas la distancia entre las pretensiones y la realidad, entre la coartada ideológica de sublimes valores y la sed de lucro bastante más pedestre que amparaba el imperialismo decimonónico en general y el británico en particular. Pero su perfidia venía de lejos.

Mientras el floreciente Imperio español pudo encontrar grandes reservas de oro y plata en lo que actualmente es Perú y México, los ingleses tuvieron menos suerte. Las corrientes marítimas llevaban a sus barcos hasta territorios norteamericanos de lo que actualmente es el estado de Virginia y de Canadá, sin yacimientos de valor. Así que optaron por robar lo que no podían obtener de otro modo. Desde que Enrique VII iniciara en 1496 la concesión de cartas de patente, los piratas ingleses llegaron a asaltar hasta 200 barcos españoles cada año para robarnos nuestro oro. Lo cual nos hace recordar esa sabia frase —esta vez de Blas De Lezo— sobre que todo buen español debe mear en dirección a Inglaterra.

—El Jefe Utaj pregunta si sois dioses.  
—Dioses no, somos ingleses, que es casi lo mismo.

Solo cabe añadir que se merecen Benidorm, he ahí nuestra diabólica venganza a aquella afrenta.

Además de con la práctica de la piratería de metales preciosos, el envidioso Imperio inglés fue consolidándose también con el cultivo y comercio de otros productos como el azúcar y el té. A partir del año 1600 entra en juego la East India Company, que obtuvo de la reina Isabel I el monopolio del comercio con la India. Además de la rivalidad que inicialmente mantuvo con sus equivalentes francesas y holandesas, esta sociedad se enfrentó a un problema del que acabaría haciendo virtud. Dado que los viajes entre la metrópoli y la colonia eran inicialmente de muy larga duración y los marineros estaban mal pagados, estos pronto recurrieron a realizar otros negocios por su cuenta de forma paralela, rompiendo así el supuesto monopolio. Si los piratas eran protegidos por las autoridades inglesas, por qué los contrabandistas iban a a ser menos. De manera que con el tiempo pasaron a convertirse en respetables emprendedores, destacando entre ellos Thomas Pitt, que llegaría a ser gobernador de uno de los fuertes de la compañía (pese a que previamente había desertado de ella) en territorio asiático mientras realizaba negocios tan lucrativos como adquirir un diamante —al parecer robado— de 710 quilates que posteriormente vendería a Felipe II de Orleans. Tampoco le fue nada mal a James Skinner, que fundó dos regimientos de caballería y una iglesia cristiana en Delhi, además de casarse con siete esposas y tener 80 hijos.

Pero la personalidad más influyente en la formación del Imperio británico fue sin duda Robert Clive. Nacido en Shropshire el año 1725, fue un niño indisciplinado tan reactivo a los estudios como aficionado a escalar el campanario de su pueblo, entretenimiento que compaginó con el liderazgo de una banda de pequeños extorsionadores de comerciantes. Parecía claro que estaba destinado a realizar grandes servicios a la Corona inglesa. Enviado por su padre a la East India Company con apenas 17 años, protagonizó varios duelos a muerte e intentos de suicidio, hasta que el estallido de la guerra contra las tropas francesas por el control de la región le dio la oportunidad de destacar como soldado. Tras una juventud desorientada y sin rumbo por fin había encontrado su lugar en el mundo, concretamente matando franceses. Su valor

## LOS INGLESES YA NO SERÍAN MEROS COMERCIANTES, SINO ADMINISTRADORES DE LA REGIÓN.

en combate no tardó en llamar la atención de sus superiores y le permitió ascender en la jerarquía militar. Hasta que lideró a las tropas inglesas en 1857 en la batalla de Plassey, en la que pese a su gran desventaja numérica logró una victoria clave en la historia del Imperio británico. Bengala desde ese momento pasaría a estar controlada por Londres.

Los ingleses ya no serían meros comerciantes, sino administradores de la región. Clive lo vio con claridad en aquel momento: «Puedo afirmar con algún grado de seguridad que este rico y floreciente reino puede ser totalmente sometido por una fuerza tan pequeña como de dos mil europeos». No andaba muy desencaminado, puesto que una hábil explotación de las rivalidades entre los numerosos jefezuelos locales fue ampliando su dominio hasta controlar a unos 300 millones de indios. La India pasaría a ser conocida como «la joya de la Corona», la más preciada posesión británica en el mundo. Todo con apenas un millar de funcionarios del Servicio Civil Indio y unos 70 000 soldados, sin contar a los mercenarios nativos, denominados «cipayos». Su autoridad pudo consolidarse debido también al relativo respeto y autonomía que otorgaba a la cultura y tradiciones locales, salvo en el caso de las más abiertamente bárbaras, que fueron prohibidas. Ejemplo de ello fueron el infanticidio de las niñas (debido al elevado coste de la dote), la inmólación o *sati* de las viudas de elevada casta en la pira funeraria del marido y la erradicación de la secta *thagi*, bandoleros dedicados a robar y asesinar en los caminos. Así mismo, la India fue la primera zona de Asia a la que llegaron el ferrocarril y el telégrafo, se promovieron escuelas de estudios superiores y la protección legal al comercio así como el respeto a la libertad de expresión, incluso de aquellos que clamaban contra la metrópoli.

En el otro lado de la balanza, Inglaterra inundó el mercado local con bienes de consumo fruto de su revolución industrial que arrollaron la economía del subcontinente, incapaz de competir con sus métodos de fabricación tradicional. Como lamentaba un nativo bengalí, según recoge Niall Ferguson en su libro *El Imperio británico*: «los ingleses tienen la costumbre de venir durante cierto número de años y después se van a visitar su país, sin que ninguno muestre ninguna inclinación a asentarse en este (...) y junto con esta costumbre tienen otra más, que cada uno de esos emigrantes considera una obligación divina, es decir, sacar cuanto dinero puedan de este país, y llevarse inmensas sumas al reino de Inglaterra». Las autoridades, imbuidas de un sentido de la superioridad racial apabullante, a menudo no mostraban demasiado tacto con los locales ni eficacia en la administración de recursos. El virrey Lytton expresaría en voz alta una queja que pasaría a la posteridad: «¿Hay que mantener con vida a nuestros campesinos a cualquier precio y sin mirar gastos?». Según cuenta el escritor Eduardo

Galeano, este funcionario y poeta no muy sobrado de humanidad celebró la proclamación de la reina Victoria como emperatriz de la India en 1877 organizando en su palacio de Delhi una suntuosa fiesta de nada menos que una semana de duración, por la que desfilaron en total 70 000 invitados. «La más cara y colosal comida de toda la historia universal», fue descrita por la prensa inglesa. Durante los días que duró esa celebración, unas 100 000 personas murieron de hambre debido a la sequía que azotaba la colonia, que se llevó en total las vidas de entre 6 y 10 millones de indios.

Es en este entorno de exotismo, soberbia imperial, y mezcolanza de civilización y barbarie (o aventura, según se mire) en el que vivió Rudyard Kipling. Nacido en Bombay en 1865, este escritor que llegaría a obtener el Premio Nobel encarna como ningún otro el imperialismo británico, sus valores y su visión del mundo. Dejó obras tan conocidas como *El libro de la selva*, *Kim*, *Capitanes intrépidos* y multitud de poemas y cuentos, entre los que hay que destacar *El hombre que pudo reinar*. Una historia fascinante para la que su autor se inspiró en el mencionado Robert Clive, que llevaría al cine John Huston unas cuantas décadas después en una de las mejores películas de la historia del cine. Una obra maestra que es de la que realmente quería hablar en este artículo, siendo todo lo anteriormente escrito un largo —y espero que ameno— preámbulo. Los dos granujas que la protagonizan, nada menos que Sean Connery y Michael Caine, representan esa condición tan marcadamente bipolar que señalaba Churchill anteriormente: pícara y solemne, evangelizadora y oportunista, de apariencia caballerosa y ambición mezquina. Dos antiguos soldados de su majestad que tras licenciarse han vivido a salto de mata a base de robos, chantajes y demás negocios turbios, acuden a un periodista —el propio Rudyard Kipling— en busca de información sobre Kafiristán, una región de lo que actualmente es Afganistán. Su objetivo es viajar a esa zona por entonces inexplorada para ayudar a algún gobernante local que encuentren a derrotar a sus enemigos... y a continuación lo apartarán del poder para proclamarse reyes. Para mostrar su compromiso con tan disparatado plan firman solemnemente ante el periodista un contrato entrambos, por el que no catarán alcohol ni

mujer alguna y se ayudarán mutuamente hasta que logren ser coronados. A partir de ahí comienzan sus aventuras —en un enaltecimiento de la camaradería masculina muy habitual en Kipling— que recuerdan inevitablemente a las de Don Quijote y Sancho, en su persecución de un delirio imperial que por momentos parece hacerse realidad... Una película bellísima, de un humor esperpéntico y trágica como la vida misma.

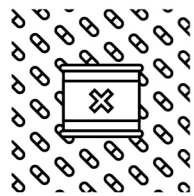
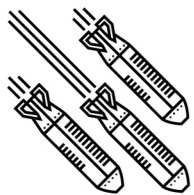
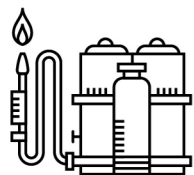
No podemos concluir sin mencionar que en esa misma línea tenemos también la muy recomendable saga de novelas en torno al personaje Harry Flashman, un soldado al servicio de su majestad destinado en la India, caracterizado por su cobardía y habilidad para la mentira. No importa el nivel de mezquindad al que llegue a caer que —a la manera de los gatos que siempre caen de pie— finalmente logrará a ojos de los demás convertir en gestas heroicas sus torpezas.

Narraciones que, como hemos visto, al final no resultan tan paródicas como aparentan acerca de la dominación británica. Pero a pesar de todo ello, nada menos que 2,5 millones de indios se presentaron voluntarios para combatir el nazismo y el imperialismo japonés junto a los aliados. Pese a los abusos, torpezas y crímenes de la potencia colonial, supieron ver claras las prioridades. Gran Bretaña, una vez concluida la Segunda Guerra Mundial, no tuvo más opción que corresponder al apoyo recibido y ser coherente con las ideas de libertad y democracia que defendió ante el Tercer Reich. Así que, finalmente, tras varios siglos de presencia británica y casi dos de dependencia política, la India obtuvo la independencia en agosto de 1947. Pasó a convertirse en la mayor democracia del mundo, un Estado soberano con su bandera y su himno nacional, cuya letra fue escrita por... Rabindranath Tagore. Cómo no. ■■■

# CON PERDÓN, SEÑOR VERNE

por Javier Gómez

## DESTRUCCIÓN MASIVA



—Buenos días, señor Verne.

—*Bonjour, monsieur.*

—Permítame presentarme. Soy un periodista español, vivo en el año 2013 y acabo de leer su *Diario de un periodista americano en 2889*. Creo que, visto que nos encontramos a mitad de camino, conviene que sepa algunas cosas. No puedo más que destacar que tuvo buen ojo en las predicciones.

—Diantres, ¿reciben ustedes fototelegramas de Marte y Venus?

—No exactamente. En Marte hemos estado y todo, al menos hemos mandado un pequeño vehículo. Pero no hay estación de telegramas. Imagínese un funcionario perezoso y una sala con ese calor... ¿quién lo soportaría.

—Lo entiendo. Estas dichosas levitas, son un sopor. ¿Entonces? Hay publicidad proyectadas en las nubes.

—Tampoco exactamente. Digamos que las nubes son el único espacio publicitario que falta por canibalizar, aunque a veces en la playa pasan avionetas con telones publicitarios.

—Suenan grandioso, inventivo. En eso no había pensado.

—Mmmm... casi más bien grotesco. Y suelen anunciar cremas hidratantes de gama baja o parques acuáticos con música *techno*.

—¿Música *techno*?

—Como el ruido de una fábrica proyectado en un espacio cerrado con gente que se mueve al son.

—Suenan como para volverse a mi siglo.

—Sin duda

—Entonces, ¿qué predicciones se han cumplido?

—Acertó usted teniendo poca fe en el ser humano. Esos proyectiles cargados de enfermedades no solo se han hecho realidad, es que pueden cargar hasta sustancias todavía peores que abrasan a la población sobre la que se lanzan.

—¿Y se han usado?

—Por supuesto. Se sigue haciendo. Ahora mismo, en varias zonas de África y Oriente Medio. Pura guerra bacteriológica, como predijo su artículo.

—Casi me apena haber acertado.

—No fue su única predicción que dio en la diana. El fonotelefoto se llama videoconferencia que ahora todos pueden activar desde pequeños dispositivos móviles que permiten hablar y verse en tiempo con cualquier persona en cualquier lugar del mundo. Exactamente como esos espejos telefónicos que usted esboza. Los telescopios están mucho más perfeccionados. Sus calculadoras gigantes se quedan cortas para nuestros ordenadores. Acierta con la energía eólica y las fuentes naturales de producción energética. La agricultura ha creado semillas resistentes a todo. Ah, y Gibraltar sigue siendo inglesa.

—Qué alivio para los británicos.

—Sí, pero su mejor frase es la segunda del artículo.

—Refrésqueme la memoria, hace ya un siglo. Y tanta absentia...

—«Los hombres, hastiados de las maravillas, permanecen indiferentes ante lo que el progreso les aporta cada día».

—¿No es una época de dicha general?

—En absoluto. La tecnología, como usted advinó, ha producido un aislamiento mayor del

hombre contemporáneo. Hay menos justicia social. Cada vez existen más alimentos y están más desigualmente repartidos. La industria es un sector que está desapareciendo de los países desarrollados. En España, por ejemplo, una de cada cuatro personas no tiene trabajo. Y entre la juventud, uno de cada dos.

—¿Con tantas invenciones no son ustedes capaces de hacer trabajar a la gente?

—No. Y su visión del director de periódico como una especie de ser omnipotente por encima del presidente de la nación... en fin, bastante tienen los periódicos con no desaparecer. No han adaptado su propuesta del periódico hablado, donde uno llama a un experto o un periodista cada mañana para enterarse de lo que quiera.

—¿No me dirá usted que con todo ese progreso tecnológico todavía siguen imprimiéndose en papel?

—Pues sí, el modelo de negocio es el mismo, un siglo después, solo que además le regalan cuberterías.

—Extraño. ¿La gente no tiene tenedores en su casa?

—Sí.

—No me lo explico entonces

—Ya, yo tampoco. Pero así es. Regalan cubiertos y vajillas. Pero la gran novedad es Internet. La gente tiene todo el saber acumulado y que necesite, todos los periódicos, todas las fotos, los libros, la posibilidad de comunicar, gracias a una red a la que acceden por sus aparatos móviles, esos de los que hablábamos antes.

—Fascinante. Eso debe de conceder al periodismo un poder absoluto de control.

—Pues no. No solo genera pocos recursos publicitarios. Además, los medios carecen de la credibilidad de antaño. Los sueldos bajan. Los diarios despiden periodistas. El poder económico, por tanto, tiene un

mayor poder de coacción sobre los medios de información. Luego está la radio, que es un lugar donde se dan noticias que ya se saben por Internet, varias personas discuten siempre de lo mismo o se pone música. Y luego queda la televisión, un aparato de entretenimiento audiovisual, ante el que la gente pasa cuatro horas diarias y que es el centro de reunión familiar.

—¿La gente se reúne por televisión?

—No, se sientan todos juntos a verla, como un cine en la sala de estar.

—¿Y no hablan?

—Lo justo.

—Una curiosidad, ¿la resurrección?

—Al igual que en su texto, todavía no se ha logrado. Pero de aquí a 2889, quién sabe...

—No parecen ustedes mucho más felices, la verdad.

—No son buenos tiempos, señor Verne. Le dejo, porque este diálogo va a publicarse en papel también, y ya sabe que no hay que abusar de los recursos escasos. Ha sido un placer, señor Julio Verne.

—Perdón, Michel Verne.

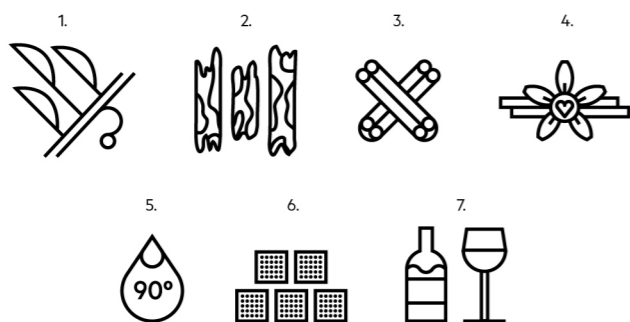
—¿Cómo? ¿No hablo con el gran escritor de *Diario de un periodista americano en 2889*?

—El mismo. Mi padre solo lo corrigió. Pero ya sabe, en aquel momento yo no tenía un nombre y todo artículo firmado por Julio Verne se vendía como rosquillas.

—Le entiendo. Hay cosas que no han cambiado mucho en este siglo. ■■■



por Fermín de la Calle



— OIGA ARTHUR, HE DONADO CASI UN MILLÓN DE libras a los organizadores de estos Juegos Olímpicos y quiero a un cronista a la altura del evento. Usted y yo sabemos que la final del maratón no será una prueba más. Le ofrezco un buen puñado de libras y el mejor asiento en la tribuna de prensa del White City Stadium a cambio de su crónica de la final. No me decepcione.

Por algo le bautizaron como «el Napoléon de la prensa». Lord Northcliffe, al que Doyle se tomaba la licencia de llamar Alfred, no se andaba con rodeos. Había algo de aquel tipo que le fascinaba. Quizás fuese su carácter emprendedor o su arrebataadora seguridad en sí mismo. Después de fundar el *Daily Mail* y disparar sus ventas hasta el millón de ejemplares, se enredó en comprar *The Times*. Sin embargo, seguía cuidando con especial cariño a su primogénito, el *Mail*.

—¡Qué demonios! —exclamó Doyle—. Será un momento histórico y yo estaré allí para contarlo. En realidad, tampoco me prodigo tanto en labores periodísticas.

Lo que no sospechaba el escritor era la dimensión de la tarea que le había encomendado Lord Northcliffe. Un apretón de manos final selló el acuerdo y Arthur Conan Doyle abandonó con paso firme el despacho más respetado y temido de Fleet Street. «De allí se sale consagrado o condenado», le advirtió un viejo reportero que había pasado por aquella aristocrática alfombra con desigual suerte.

Lo cierto es que Lord Northcliffe sabía a quién elegía. Doyle no era ajeno al mundo del deporte. De hecho, acumulaba una completa experiencia como practicante y aficionado. Arthur fue portero y fundador del Portsmouth, además de atesorar hándicap 10 en golf, muy útil en según qué compañías, fruto de su obligada estancia en Davos tras diagnosticársele tuberculosis a su primera esposa. Pionero en la práctica del ski en Suiza, el escritor también era un erudito del boxeo. Tanto que en diciembre de 1909 le ofrecieron una plaza como juez en la pelea por el título del mundo de los pesos pesados entre Jim Jeffries y Jack Johnson, el titán negro. Pero la rechazó, algo que Sherlock Holmes no le habría perdonado nunca. Por todo eso aquel 24 de julio de 1908, se sentó en el palco de prensa del White City Stadium para relatar en las páginas del *Daily Mail* la odisea de los maratonianos.

Aún retumbaban en la cabeza de Doyle las palabras que Lord Northcliffe había pronunciado en su despacho: «Usted y yo sabemos que la final del maratón no será una prueba más». Había demasiadas cosas en juego. Como carrera trascendía al deporte, incluso trascendía a los propios Juegos Olímpicos por muchos motivos. Algunos intuían que la prueba asestaría un golpe mortal al amateurismo y otros, como el British Medical Center, se convirtieron en celosos guardianes de la lucha contra el dopaje masivo que reinaba en la disciplina. En plena era victoriana, los atletas eran libres de tomar estimulantes o

tónicos, como los llamaban, durante la competición. Era habitual el uso de inyecciones de estricnina, tinturas de cocaína y sorbos de alcohol para paliar los dolores musculares y el efecto de la fatiga.

El Comité Organizador de los Juegos había dado un paso adelante prohibiendo el uso indiscriminado de estimulantes, ocasión que aprovechó sagazmente la empresa Oxo para promocionar el extracto de carne como tónico milagroso para los corredores supliendo la extendida ingestión de cocaína. El milagroso producto, que levantaba muchas sospechas, provocaba numerosos efectos secundarios, entre ellos severos desvanecimientos tras su ingestión. Detrás del desarrollo del «extracto de carne» surgían dos figuras inquietantes, la del químico alemán Justus von Liebig, su inventor, y la del fisiólogo estadounidense Austin Flint, su principal valedor.

El maratón había adquirido también un marcado componente político. La carrera clausuraba una competición atlética que se había visto enrarecida por el enfrentamiento entre Gran Bretaña y los emergentes Estados Unidos. El enfrentamiento entre ambas potencias había vivido varios desencuentros sonados durante los Juegos. En la ceremonia de inauguración se trató de prohibir que ondease la bandera estadounidense, algo que exigió de mediación diplomática. La crispación aumentó con la descalificación en la final de los 400 metros de un corredor norteamericano, mientras las quejas del equipo yanqui sobre la ilegalidad del calzado de los británicos eran obviadas. Por todo ello, la maratón se había convertido en algo más que una simple carrera.

En lo deportivo, la carrera también ofrecía una singularidad: se disputaría sobre una distancia inédita hasta entonces. El rey Eduardo VII, seducido por la épica de la prueba, quería ver la salida de la maratón. Y como trasladarle implicaba una complicación logística de dimensiones colosales en términos de seguridad, se tomó la decisión de iniciarla en los jardines del castillo, desde cuyos balcones la familia real presenciaría el arranque de la prueba. Más allá de satisfacer el capricho soberano, la decisión conllevaba una realidad incuestionable: desde Windsor hasta el flamante White City Stadium, los corredores se verían obligados a recorrer una distancia de 26 millas y 385 yardas, exactamente 42 195 metros. Dos kilómetros metros más de lo habitual. Dos mil metros trágicos que pasarían a la historia...

A las 14:33 del 24 de julio de 1908, bajo un sol implacable, 56 participantes, de los que se retirarían finalmente 28, tomaban la salida de la maratón más famosa de la historia de los Juegos. Mediada la prueba, al paso por Sudbury, marchaba en cabeza Tom Longboat, un canadiense nacido en el seno de una tribu india. Pero pocos kilómetros después comenzaron a flaquearle las fuerzas y en su afán por reanimarle le dieron a beber champán, remedio habitual en la época que resultó fatal.

Pasó a comandar cómodamente la carrera el sudafricano Charles Hefferson, seguido del italiano Dorando Pietri y mucho más atrás

el joven norteamericano Johny Hayes. Ni rastro de británicos. Hefferson sufrió una deshidratación que hizo que se esfumase su cómoda ventaja hasta el punto de que en el kilómetro 38 fue superado por un tipo enjuto y fibroso llamado Pietri. Dorando Pietri llegó al atletismo por casualidad. Aprendiz de pastelero en Carpi (Módena), una tarde, cuando contaba 19 años, aceptó una apuesta de sus amigos para tomar parte en una carrera en la que participaba el gran Pericle Pagliani, el atleta más famoso de Italia por entonces. Pietri, que corrió vestido con su ropa de trabajo, estuvo a punto de derrotarle, algo que le animó a inscribirse en una populosa carrera en Bolonia, en la que quedó segundo. Desde aquello no dejó de correr. Aunque a Londres llegaba con la vitola de mejor corredor italiano de largas distancias, pocos habían reparado en su presencia. Sin embargo, Dorando llevaba más de un año preparando a conciencia aquella maratón.

Pietri llegó al kilómetro 40 fresco. Se había preparado para recorrer esa distancia y sus piernas estaban ligeras y livianas. Si la maratón hubiera completado la distancia recorrida por el soldado Filípides, Pietri se habría colgado el oro sin discusión, pero restaban dos mil metros infernales para los que no estaba preparado. Así lo recordaba el propio corredor en el diario *Il Corriere della Sera*: «Soy primero. Podía disminuir la marcha, pero estoy lleno de una furia que me hace correr más deprisa. El camino está libre delante de mí y no sé frenarme. Paso entre dos filas llenas de público al que no veo pero huelo. Miro siempre al frente buscando algo que no veo aún, porque la carretera tiene muchas curvas. Ahora veo allá, al fondo, una masa gris que parece un buque con el puente abanderado. Es el estadio... Después no recuerdo nada más».

La fatiga extrema provocada por el ritmo infernal que le había llevado a rebajar su mejor marca personal, y la deshidratación, fruto del calor y la humedad reinante en Londres a las cinco de la tarde, resultaron devastadores para el italiano. Conan Doyle asistió atónito a un espectáculo dramático, casi macabro: «Estamos esperando con ansiedad, los balanceos largos y turbulentos de la multitud marcan su impaciencia. Los ojos de la inmensa humanidad sentada en la bancada se fijan en el vacío de una puerta por la que debe venir. Él debe estar muy cerca ahora, recorriendo a toda velocidad las calles entre la gente gritando. Podemos oír el murmullo creciente. Cada ojo está pendiente de la puerta. Y entonces, por fin llegó...».

El italiano ingresa en el majestuoso estadio desencajado y toma el sentido equivocado de la pista, lo que obliga a los jueces a saltar a la misma para dirigirle. Se tambalea y cae repetidas veces sobre la ceniza de la pista como si se tratara de un boxeador sonado. Hasta cuatro caídas contabiliza Conan Doyle, mientras observa la agonía del italiano que presenta «un rostro amarillo y demacrado y unos ojos vidriosos e inexpresivos». Un ejército de jueces y médicos ejercen de buenos samaritanos reconduciendo su deambular hacia la meta. «Dios mío, se ha desmayado. ¿Es posible que el premio pueda deslizarse entre sus dedos incluso en el último momento? Todos los ojos se deslizan rumbo al arco oscuro. No ha aparecido todavía el segundo. A continuación, un gran suspiro de alivio sube. No creo que nadie en el público

# Los ojos de la inmensa humanidad sentada en la bancada se fijan en el vacío de una puerta por la que debe venir.

hubiera deseado que se rompiera la victoria en el último instante de este italiano valiente. Se lo ha ganado», relata Doyle en el *Daily Mail*.

La última caída, a cinco metros de la llegada, coincide con la entrada del estadounidense Johny Hayes en el estadio. En ese instante, Doyle siente que se para el tiempo: «Por debajo del arco de entrada al estadio surge el segundo corredor. Hayes, con las barras y estrellas en el pecho, exhibe gallardamente su fuerza. Solo restan 20 yardas al italiano para conseguirlo. Se tambalea, ni rastro de inteligencia en su rostro. De nuevo las piernas rojas irrumpieron en ese preámbulo automático extraño». La torpe e interminable maniobra de Pietri para recobrar la verticalidad dura más de medio minuto. Doyle sufre en la tribuna de prensa: «¿Va a caer otra vez? No, se mece, se balancea, y entonces atraviesa la cinta. Se ha llegado al extremo de la resistencia humana. Ninguna escuadra de Roma se comportó jamás mejor que Dorando en los Juegos Olímpicos de 1908. La gran raza no se ha extinguido todavía». El italiano cubre los últimos 350 metros en más de nueve minutos. Dos horas, cincuenta y cuatro minutos y 46 segundos después de iniciar la maratón en Windsor, Dorando Pietri atraviesa la línea de meta ayudado por dos personas componiendo uno de las más dramáticas y bellas estampas de la historia del deporte.

El momento queda inmortalizado por un fotógrafo anónimo de Topical Press, la agencia gráfica británica que cubre los Juegos. Escoltando a Pietri, como los ladrones a Jesucristo en el Calvario, componen la histórica imagen Jack Andrew y el doctor Michael Bulger. A su derecha, con el sombrero de Chief Clerk calado y el megáfono en su diestra comparece Andrew, el hombre que implantó la distancia eterna de los 42 195 metros. A su izquierda, la figura rolliza del doctor Bulger, a quien muchos confundieron durante años con Arthur Conan Doyle, que no aparece en la instantánea, pero la presencia aliviado a escasos metros desde la tribuna de prensa. Bulger, irlandés como el padre de Johny Hayes,

el perseguidor de Pietri, salva la vida a Dorando segundos después de cruzar la meta ordenando su traslado inmediato al hospital.

El protagonista, Dorando Pietri, sostiene en su mano derecha un trozo de corcho que los corredores utilizaban para apretar los puños sin dañarse los dedos o las palmas de las manos en su agonía durante la carrera. Los más perspicaces lo ahuecaban para utilizarlo como recipiente en el que beber brandy, vino o champagne, como hizo con fatales consecuencias el piel roja Longboat. El análisis posterior del inocente pañuelo con el que Dorando se protege del sol confirmaría el uso de estricnina durante la carrera para paliar la agonía.



La imagen pasa a la historia, pero Pietri cae inconsciente y descubre al despertar que ha sido despojado de su victoria, ya que la delegación estadounidense ha denunciado el uso de ayuda exterior, lo que ha supuesto la descalificación del italiano. Sin embargo, la odisea de Pietri concluye con final feliz, ya que alentada por Arthur Conan Doyle, la reina Alejandra le recibió para entregarle una copa de oro como premio a su esfuerzo y dedicarle unas reconfortantes palabras: «No tengo diploma, medalla ni laurel que entregaros, pero he aquí una copa de oro. Espero que no os llevaréis únicamente malos recuerdos de nuestro país».

Doyle, cuya admiración por Pietri es similar a su indignación por su descalificación, propone una colecta para

recoger fondos en favor del italiano para que pueda abrir una pastelería en su Italia natal. Sin embargo, los planes de atleta son otros. Tras el maratón de Londres Dorando, Hayes y Longboat, se dejan engatusar por el profesionalismo y compiten en lugares como el Madison Square Garden. Después de ahorrar una importante cantidad de dinero, el italiano regresa a su tranquila vida de pastelero, mientras Conan Doyle, impresionado por aquella vivencia, se convierte en miembro activo del Comité Olímpico británico. La historia se cierra con Lord Northcliffe colgando en su despacho la página enmarcada de *Daily Mail* con la crónica de Doyle protagonizada por la poética fotografía y esa frase turbadora: «Es horrible y fascinante, sin embargo, presenciar la lucha por un propósito fijo estando completamente agotado». ■

# Las asombrosas hermanas Brontë

por ÁNGELES CASO

**A VECES ME LAS IMAGINO A LAS TRES ESCRIBIENDO,** aquellas muchachas pueblerinas y victorianas, perdidas en los páramos de Yorkshire, entre nieves y vendavales y recios brezos. Las hermanas Brontë. Charlotte, Emily y Anne. Tres criaturas extraordinarias, que surgieron de la nada y dejaron tras su paso breve por el mundo todo un tesoro de inspiración.

¿De dónde salió aquel talento asombroso? Supongo que algo tuvo que ver su padre, Patrick Brontë, el reverendo irlandés de origen humildísimo que llegó a estudiar en la elitista Universidad de Cambridge gracias a su inteligencia. Patrick debió de ser un buen padre, un hombre que animó a sus niños a leer y a desarrollarse intelectualmente desde muy pequeños y concedió a sus hijas una libertad poco común en aquel entonces. Él les dio alas, pero ellas volaron tan lejos y con tanta fuerza que parece como si un genio se hubiera detenido junto a sus cunas para esparcir sobre ellas un buen puñado de sus propias estrellas.

Sin embargo, eso no es suficiente. Como no lo es su devoción por Byron y Walter Scott, ni la ausencia de la madre, fallecida joven, ni la muerte trágica de las dos hermanas mayores, ni los amores frustrados de Charlotte y Anne, ni la angustia por el alcoholismo de su hermano Branwell, ni la soledad sagrada de los páramos. Nada de todo eso basta para explicar de qué poderosos corazones, de qué cerebros deslumbrantes surgieron sus novelas y sus poemas.

Es impresionante pensar que aquellas mujeres vírgenes, decentes, hijas de un pastor protestante de la Inglaterra victoriana, habitantes de un diminuto pueblo remoto y, para colmo, pobres y poco agraciadas físicamente, pudieron albergar tanta pasión dentro de sí. Apenas habían viajado ni estudiado, no habían pisado ni los salones refinados ni las tabernas de los borrachos, no habían conocido la admiración de los hombres ni la competencia de otras mujeres. Eran tan solo tres muchachas inteligentes, obligadas a ganarse la vida como institutrices por no poder aspirar ni a un buen matrimonio ni a un trabajo de prestigio, con unos horizontes vitales estrictamente limitados por la moral de la época y la carencia de fortuna. Y, sin embargo, en cada una de ellas latía la energía inabarcable de la imaginación, enganchada con raíces muy profundas en la vida, en una existencia primigenia y universal, mucho más allá de sus propias vidas pequeñas.

Solemos creer que es imposible escribir sin haber vivido. Ahí están Charlotte, Emily y Anne Brontë para desmentirlo. Quizá nacieran sabias, pues parecían entender casi

todos los abismos y las cumbres de la mente humana sin necesidad de haberse paseado por ellos. Tan solo se asomaron al mundo, le echaron un vistazo —no les dio tiempo a más—, y lo entendieron todo.

Me las imagino a las tres en aquel 1846 —treinta, veintiocho y veintiséis años, casi la misma edad que la reina Victoria—, escribiendo sus tres primeras novelas mientras cuidaban de su padre y de su hermano destruido, y atendían las tareas domésticas de la casa. Tenían cada una un pequeño escritorio portátil que trasladaban de un lado a otro, e iban redactando capítulo tras capítulo, leyéndose las unas a las otras, mientras pelaban patatas, planchaban ropa, hacían camas o remendaban medias.

Virginia Woolf se equivocó cuando reclamó una habitación propia y dinero para poder ser escritora. En el caso de las Brontë, les bastó desde luego con el talento y la voluntad. No necesitaron un despacho con una buena mesa y un buen fuego en la chimenea. Escribieron en sus dormitorios diminutos y helados, en el comedor, en el jardín, bajo los groselleros —los días felices de aquel verano—, o en la cocina, mientras vigilaban la cocción lenta de las comidas. Escribieron con las ropas ajadas y la vanidad dormida, sin futuro, sabiendo que ni siquiera podrían llegar a publicar bajo sus nombres auténticos y que tendrían que esconderse detrás de seudónimos masculinos. Escribieron conscientes de que jamás recibirían ningún reconocimiento público, que no habría medallas sobre sus pechos ni miradas de admiración cuando entrasen en algún teatro. Que ni siquiera sus propias amigas podrían felicitarlas o hablarles de sus personajes y sus historias, porque nadie sabría nunca que Currer, Ellis y Acton Bell —los supuestos autores de *Jane Eyre*, *Cumbres borrascosas* y *Agnes Grey*— eran en realidad Charlotte, Emily y Jane Brontë. No, tres mujeres decentes y solteras no podían ser autoras de tres libros en los que se hablaba de aspectos de la naturaleza humana que una mujer decente no debía ni siquiera sospechar.

Escribieron solo por amor y por necesidad, porque desde niñas para ellas escribir era como respirar o correr por los páramos. Empujadas únicamente por su genio imparable. Emily y Anne ni siquiera llegaron a saber lo que sus novelas significaron para los demás: ambas murieron enseguida, en el espacio de cinco meses. Charlotte las sobrevivió unos pocos años, demasiado sola para cargar con todo aquel talento. Las tres volvieron pronto al misterioso mundo oscuro del que habían surgido para lanzar algunos rayos de luz sobre la vida humana. Y nos dejaron todo ese esplendor que forma parte de lo mejor de la era victoriana. ■

# LEONARDO TORRES QUEVEDO,

## UN INVENTOR ADELANTADO A SU TIEMPO

por Octavio Domosti

*Todo lo que una persona puede imaginar, otros pueden hacerlo realidad.*  
Julio Verne

En la misma época en la que Nikola Tesla y Thomas Edison peleaban por el título honorífico de Inventor Supremo de la Humanidad, otra persona menos mediática que las anteriores construyó la primera máquina capaz de jugar al ajedrez frente a un humano, inventó el control remoto, desarrolló aparatos que resolvían ecuaciones y patentó una tipología de dirigibles que fue muy utilizada en la Primera Guerra Mundial. Este es parte del legado de Leonardo Torres Quevedo, un ingeniero de caminos, canales y puertos español tan brillante como desconocido.

**COMPARTIÓ VOCACIÓN CON SU PADRE, TAMBIÉN** ingeniero de caminos que incluso llegó a ser catedrático de ferrocarriles; Leonardo acabó la carrera quedando cuarto de su promoción de un total de siete, lo que nos indica dos cosas: que a finales del siglo XIX no había tanta masificación universitaria y que el expediente académico de Torres Quevedo tampoco era como para volverse loco. Una vez acabados sus estudios dedicó sus primeros trabajos al ferrocarril, pero un capricho del destino hizo que cambiase su vida y, probablemente, la historia de la ciencia:<sup>(1)</sup> recibió una importante herencia que le dejó en una

situación económica más que desahogada, lo que Torres Quevedo aprovechó para retirarse de la práctica profesional y dedicarse a «pensar en sus cosas». En su caso, el manido «tapar agujeros» que se escucha a los premiados a la puerta de las administraciones de lotería, a medio camino entre la exaltación de la amistad y los cánticos populares, se refería a huecos intelectuales, esos que son tan difíciles de tapar y a los que tan poca atención se presta.

Desde 1877, que recibe dicha herencia y se retira, hasta 1893, que presenta para solicitar una sub-



foto: Spanish Aerocar.



que se pensó para pilotar dirigibles, nunca se puso en práctica en aerostatos.

El interés de Torres Quevedo por las máquinas venía de lejos, como él mismo decía: «Recuerdo haber visto de niño un juguete que me produjo impresión profunda: era un canario entre unas ramas, que cantaba, movía la cabeza y las alas y aun saltaba de una rama a otra. ¡Parecía un pájaro vivo! Gran entusiasmo me produjo aquella que yo reputaba maravilla de mecánica, y mi mayor satisfacción hubiera consistido en ser dueño del pájaro, para deshacerlo y ver lo que tenía dentro». Tal vez, ese afán por recrear un organismo vivo le llevó a construir máquinas que se asemejaban al ser humano en su faceta más inimitable hasta ese momento: resolver problemas. Desde mediados del siglo XIX ya existían máquinas que realizaban multiplicaciones e integraciones, pero Torres Quevedo fue más allá. Con la publicación en 1895 de *Memoria sobre las máquinas algébricas* (máquinas analógicas que resolvían ecuaciones) se dio a conocer mundialmente, y construyó a modo de ejemplo de

sus teorías un ingenio que resolvía ecuaciones de ocho términos. Pero su aportación a la historia de la ciencia, que le ha valido los sobrenombres de Abuelo de la Cibernética, Padre de la Inteligencia Artificial y Cuñado de la Informática (u otras combinaciones aleatorias entre parentescos y estas disciplinas técnicas), fueron sus *Ensayos sobre Automática* (1914), donde Torres Quevedo demostró, desde el punto de vista teórico, que siempre es posible construir un autómatas que obedezca unas reglas (más o menos complicadas) que se le impongan arbitrariamente en el momento de la construcción. Frente a las máquinas algébricas, analógicas, que funcionaban de acuerdo a principios geométricos y físicos,<sup>(3)</sup> tras *Ensayos sobre Automática* se centró en el diseño y fabricación de máquinas electromecánicas, es decir, digitales. Su Aritmómetro electromecánico (1920) fue probablemente la primera calculadora digital (o incluso el primer ordenador) de la que se tiene constancia. El ingenio consistía en una máquina de escribir unida a varias carcasas con mecanismos y cables. Era muy sencillo de utilizar: en la máquina de

escribir se tecleaban los números y operaciones que se querían realizar; al poco, la máquina de escribir escribía ella sola el resultado requerido.

Aunque tanto el Telekino como el Aritmómetro electromecánico fueron avances increíbles en la época, sus Ajedrecistas tal vez sean sus logros más importantes desde el punto de vista conceptual: una máquina que era capaz de jugar al ajedrez frente a un humano ¡y ganarlo! Desde luego no era comparable a Deep Blue, ya que se trataba de un final de partida donde el Ajedrecista jugaba con blancas y tenía rey y torre, mientras que el oponente humano, con negras, solo contaba con su rey, pero la máquina conducía la partida inexorablemente hacia el mate, anunciando los diferentes jaques e incluso avisaba si el humano se equivocaba o se pasaba de listo haciendo un movimiento no permitido (detectaba la posición de los trebejos a través de sensores en el tablero). Es más, el Ajedrecista tenía cierto orgullo, porque a la tercera vez que su contrincante movía erróneamente una pieza, entendía que le intentaban hacer trampa, por lo que emitía una señal luminosa y se negaba a seguir la partida (personalmente, para dar más dramatismo a su indignación, yo habría añadido un muelle bajo el tablero que lo hiciera saltar por los aires junto a las piezas)... aunque no era rencoroso y, si «lo reiniciabas», volvía a jugar. Puede parecer un problema sencillo —o una encerrona para el humano—, pero en aquel momento fue una revolución: para hacernos una idea, Torres Quevedo no aparece ni citado en la famosa obra *Cibernética* (1948) de Norbert Wiener, donde se anunciaba pomposamente que «en un futuro» se podrían construir máquinas que jugaran al ajedrez. Años más tarde, en 1951, Wiener conoció de primera mano el segundo Ajedrecista. Y como todo hijo de vecino, perdió contra la máquina de nuestro genial inventor. Además de eficiente, la máquina en sí era bastante vistosa, sobre todo su segunda versión de 1920, que solo se diferenciaba de la primera (de 1912) en su apariencia: en el segundo Ajedrecista, las piezas se movían mediante rodamientos y electroimanes, deslizándose sobre el tablero por sí mismas, mientras que en el primero un brazo mecánico era el encargado de moverlas.

#### 0,1 leguas de viaje en transbordador

En aquellas idílicas tierras cántabras en las que pasaba largas temporadas durante su retiro *para pensar*, gestó Torres Quevedo su primer gran invento, que denominó transbordador, y que consistía en un original sistema de transporte funicular aéreo. Un transbordador es, para que nos entendamos, un teleférico más o menos horizontal, un medio de

## EN SUS PRIMEROS ENSAYOS, TORRES QUEVEDO UTILIZÓ UN PAR DE VACAS COMO FUERZA TRACTORA.

transporte que permite unir puntos separados por un valle o una depresión mediante unos cables sobre los que se desplaza una barquilla en la que se alojan los viajeros. En sus primeros ensayos, Torres Quevedo utilizó un par de vacas como fuerza tractora. Tiene lógica: Newton, que estaba en una granja, se supone que se inspiró al ver una manzana caer; Torres Quevedo, que estaba en la Cantabria profunda, veía montañas y vacas.

El teleférico que Torres Quevedo ideó tal vez no sea el primero de la historia,<sup>(4)</sup> pero sí el más ingenioso. Nos hemos cansado de ver en películas de serie B el típico teleférico en el que el cable se está pelando poco a poco y la cabina amenaza con precipitarse al vacío con los protagonistas a bordo. En el sistema patentado por Torres Quevedo las probabilidades de que se produzca esta situación son bajísimas: la barquilla circula sobre seis cables independientes entre sí y diseñados de tal forma que están siempre bajo la misma tensión. A diferencia de los puentes colgantes, con los que comparte ciertas similitudes estructurales,<sup>(5)</sup> los cables del transbordador de Torres Quevedo solo están anclados al terreno en uno de sus extremos mientras que en el otro pasan sobre una polea y cuelga de cada uno de ellos un contrapeso. De esta forma, si la barquilla va muy cargada, el cable desciende en el vano, lo que hace girar la polea y subir el contrapeso; en caso contrario, el contrapeso baja, pero el cable se mantiene en ambos casos sometido a la misma tracción.

Además, está diseñado de tal forma que si se rompe uno de los cables el resto sería capaz de sostener la barquilla, deformándose, sí, pero se mantendrían bajo la misma tensión y el transbordador seguiría funcionando normalmente, tras el pequeño susto de una caída súbita de en torno a un metro. Obviamente, que dos cables independientes se rompan durante el mismo trayecto es muy poco probable, por no decir imposible a no ser que se trate de un sabotaje. Con esta idea, patentada en 1887, se presentó en 1890 Torres Quevedo en Suiza donde debido a su famosa

# INTENTÓ ESTABLECER UNA CODIFICACIÓN UNIVERSAL PARA LA DESCRIPCIÓN DE LAS MÁQUINAS, COMO UN LENGUAJE DE PROGRAMACIÓN, QUE FACILITARA EL ENTENDIMIENTO DE LAS MISMAS.

accidentada orografía suponía que iba a tener buena acogida su idea. Pero no fue así, incluso la prensa local ridiculizó su propuesta. Abatido, Torres Quevedo aparcó esta patente durante años y se centró en otros trabajos. Finalmente, en 1907 se inauguró el transbordador del Monte Ulía, en San Sebastián, aunque cayó rápidamente en desuso. La puesta en práctica de su sistema tocó techo con el transbordador del Niágara, llamado Spanish Aerocar (haciendo honor a su nombre, está pintado con los colores de nuestra bandera nacional), de 550 metros de luz. A pesar de haberse inaugurado en 1916 sigue en funcionamiento, y no ha sufrido ningún accidente en estos casi 100 años... lo que tampoco es una noticia como para lanzar sombreros al aire puesto que está calculado con un factor de seguridad de ¡4.6! No es que Torres Quevedo se la cogiera con papel de fumar, que también, sino que fue un condicionante del proyecto por parte de las autoridades canadienses, que aún tenían fresco el hundimiento de un puente en construcción en Quebec<sup>(6)</sup> y pensaron, sensatamente, que una desgracia en un transbordador construido para atraer turistas podía producir el efecto contrario.

## De Ciencias a Letras

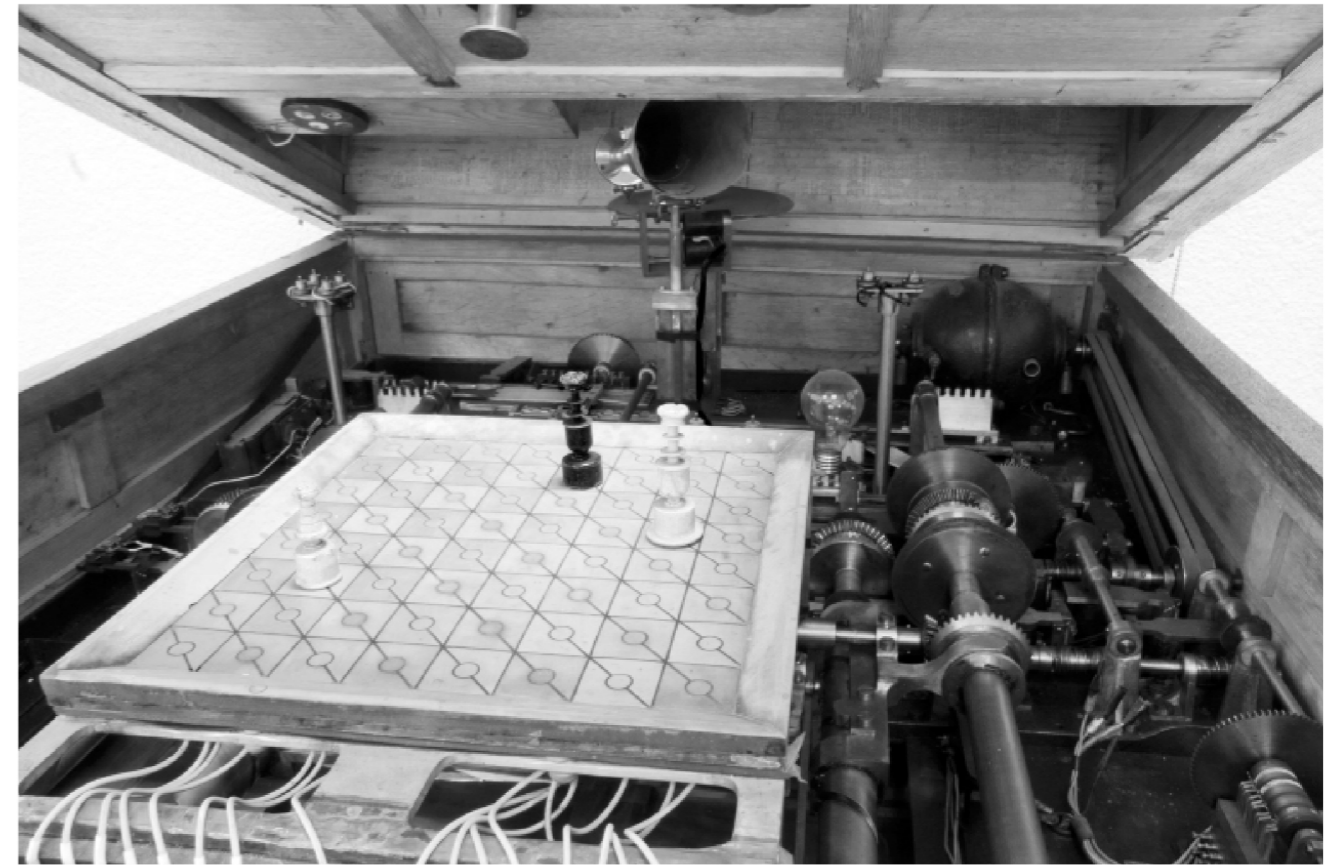
Torres Quevedo alcanzó un reconocimiento nacional (e internacional) difícil de entender hoy en día debido al olvido en el que se ha sumido su figura. Incluso le ofrecieron en 1918 el cargo de ministro de Fomento, que rechazó por no sentirse capacitado (!!!). Tal era su prestigio que encabezó la comitiva española al Congreso Científico Internacional que se celebraba en Buenos Aires con motivo del centenario de la Revolución argentina, en 1910, incluso por delante de Santiago Ramón y Cajal, que ya había ganado el Premio Nobel. Este congreso argentino fue el germen de su *Diccionario Tecnológico Hispano-Americano*, que pudo lanzar gracias

a su ingreso en la Real Academia Española, en 1920, en el sillón que había ocupado Benito Pérez Galdós. No fue su único contacto con temas lingüísticos, puesto que también fue un gran defensor del esperanto, en el que creía como vehículo no ya para las relaciones entre distintos países, sino como lenguaje internacional científico. En este sentido, intentó establecer una codificación universal para la descripción de las máquinas, como un lenguaje de programación, que facilitara el entendimiento de las mismas. No tuvo éxito, y a día de hoy sigue sin existir algo similar.

También se interesó por la educación, no solo con sus patentes de un proyector didáctico o un puntero proyectable como ayuda para el desarrollo de clases magistrales, sino que dedicó algunas palabras a la enseñanza de la ingeniería de la época:

«Yo tuve que aprender de memoria (...) muchas obras, máquinas y aparatos de diferentes clases, con detalles excesivos, que había olvidado antes de terminar la carrera, y no me produjeron más beneficio que hacerme trabajar y perder el tiempo miserablemente. Hay que evitar que esto siga así. Lo que importa no es la erudición técnica del ingeniero; es la orientación de su inteligencia».

Recordemos que solo fue el cuarto (de siete) de su promoción pero a pesar de ello ha sido uno de los más grandes genios de la historia de nuestro país. Más de un siglo después de esas palabras, los estudiantes de ingeniería tienen que aprender, como la lista de los reyes godos, definiciones exactas que no volverán a necesitar en su vida, pero en cambio, apenas se menciona la obra de Torres Quevedo, tan desapercibida como pasó su muerte en España, que estaba inmersa en la Guerra Civil, en diciembre de 1936. Que su recuerdo no quede a expensas de algún *doodle* aislado. ■■■



## Bibliografía imprescindible para saber más y bastante mejor

González Redondo, Francisco A. *Protagonistas de la aeronáutica. Leonardo Torres Quevedo*. Centro de Documentación y Publicaciones de AENA

Torres Quevedo, Leonardo. *Mis inventos y otras páginas de vulgarización*. Editorial Hesperia.

VV. AA. *En torno a Leonardo Torres Quevedo y el transbordador del Niágara*. Fundación ESTEYCO.

VV. AA. *Revista de Obras Públicas* (números 1710, 1808, 2043, 2048, 2117, 2697, 2831, 3265 y 3423).

(1) Tal vez suene exagerado, pero el IEEE (Institute of Electrical and Electronics Engineers) incluyó en el programa Milestones (hitos del desarrollo tecnológico de la humanidad) el Telekino de Torres Quevedo. Huelga decir que es la única contribución española a esa lista.

(2) En 1913, con 107 pesetas se compraban 100 francos. Y para hacernos una idea del poder adquisitivo, un Ford T costaba unas 5000 pesetas y un litro de leche (a domicilio) unos 60 céntimos. Vamos, que con el primer Astra-Torres que se vendió, el ingeniero español prácticamente se pudo comprar un coche.

(3) Torres Quevedo daba un ejemplo para entender su funcionamiento: «en el movimiento

oscilatorio del péndulo simple existe cierta dependencia entre el tiempo que dura una oscilación y la longitud del péndulo: el tiempo es proporcional a la raíz cuadrada de la longitud. (...) Inversamente, un péndulo dispuesto de modo que pueda hacerse variar su longitud, serviría para obtener la raíz de un número cualquiera, bastaría darle la longitud expresada por este número y medir cuánto dura una oscilación».

(4) Hay discrepancias al respecto. Hay quien cita como primer teleférico destinado únicamente al transporte de personas el de Schaffhausen (Suiza, 1866), construido para controlar unas turbinas. Otros mencionan el de Glynde (Reino Unido, 1885), realizado a partir de la patente de Flemming Jenkin de 1882. Y otros citan el de

Dresde (Alemania, 1901), que sigue en funcionamiento. Las diferencias de todos ellos con el transbordador de Torres Quevedo son evidentes.

(5) El funcionamiento estructural de los puentes colgantes se describe en «Los puentes colgantes (I): una introducción» en [www.jotdown.es](http://www.jotdown.es).

(6) En 1903, durante la construcción de un puente sobre el río San Lorenzo, cuando una locomotora empleada en las obras circulaba sobre él, este se vino abajo costando la vida a más de ochenta personas.



# Un Destripador Desconocido

**CREEMOS QUE NUESTRO TIEMPO ES LA GRAN ERA DE LOS inventos y los descubrimientos. Falso. En realidad, una persona que hoy tenga 40 años no ha podido sorprenderse con ningún hallazgo sensacional. El primer microchip fue desarrollado en 1959 e Internet ya funcionaba a principios de los 70. Ahora disfrutamos de las comodidades de una tecnología asequible: el teléfono es móvil y el ordenador es personal. Pero nadie se queda boquiabierto cuando envía su primer *whatsapp*. Hace tiempo que movemos textos a distancia.**

Hubo unas décadas, en el siglo XIX, que sí fueron asombrosas. Entre 1840 y 1899 aparecieron el teléfono, la bombilla, el fonógrafo, el cine, el avión, la anestesia, el automóvil, la aspirina y la coca-cola. Además del marxismo, el anarquismo, el psicoanálisis, las leyes de Mendel sobre la genética y un montón de novelas maravillosas.

Ninguna de estas cosas causó tanto asombro y alcanzó tanto eco en la prensa como otro de los grandes descubrimientos del XIX: el rincón más oscuro del alma humana. Sigmund Freud desarrolló algunas teorías sobre las pulsiones, los hilos invisibles que mueven nuestro espíritu, pero solo empezó a concretarlas a principios del XX. Antes que él, un desconocido exhibió ante el mundo una serie de demostraciones rotundas, indiscutibles, con las que demostró que los confines de la mente eran mucho más turbios, remotos e inexplorados de lo que cualquiera podía imaginar.

No sabemos nada de ese desconocido que en 1888 cometió los asesinatos más célebres de la historia. La ignorancia es tal, que a veces se le considera un personaje de ficción. Existió, sin embargo. Y podemos deducir algunas cosas de él: fue un hombre joven que vivió en Whitechapel, en el East End londinense; tenía un trabajo regular (solo actuaba en fines de semana o festivos, entre medianoche y el amanecer), un aspecto corriente y una cierta experiencia en despiezar animales, racionales o no, con un cuchillo. Eso es todo. Podemos suponer también que nunca usó el nombre por el que se le conoce: lo de Jack the Ripper, traducido sonoramente en castellano como Jack el Destripador, lo inventó el periodista Frederick Best, del *Star*, para dar más gancho a sus reportajes. Best escribió varias cartas a la policía firmadas como «Jack the Ripper». Aún hay quien las atribuye al asesino.

Scotland Yard nunca tuvo la menor idea de quién era el responsable de los crímenes. En 1894, a raíz de que el diario *The Sun* asegurara que el Destripador fue un tal Thomas

Cutbush, víctima de graves delirios psicóticos, Melville MacNaghten (un jefe de la policía que no participó directamente en la investigación) publicó el nombre de los tres principales sospechosos: el abogado Montague John Druiitt, el inmigrante polaco Aaron Kosminsky y el estafador de origen ruso Michael Ostrog. Bastante inverosímiles los tres. En realidad, Cutbush (sobrino de un oficial de policía) encajaría mejor como asesino que los citados por MacNaghten, tan despistado que atribuía a Druiitt la profesión de médico.

A la policía le faltaban medios técnicos. Pero sobre todo le faltaba, como al público en general, la capacidad de comprender el impulso que movía al Destripador. Dado que las víctimas, cuatro o cinco, o tres, o quizá seis (ni en eso hay certeza), eran prostitutas alcoholizadas sin un céntimo, el robo podía descartarse. Las mutilaciones, por otra parte, no se compadecían con un simple atraco violento. Scotland Yard barajó teorías que sonaban razonables para la época: un hombre que se vengaba de las prostitutas porque una le había contagiado la sífilis, o un médico que extirpaba úteros para algún experimento. Eran más razonables, desde luego, que las barajadas un siglo más tarde por diversos «detectives de sillón»: conspiraciones monárquicas o masónicas, operaciones zaristas para desestabilizar al Imperio británico, comadronas enloquecidas y muchísimas otras fantasías.

Los detectives decimonónicos más avezados en psicología creyeron estar ante un caso de sadismo extremo, ante alguien tan enloquecido que podía ser reconocible al instante. Eso, para los conocimientos del momento, tenía sentido. Aunque basta con repasar los informes y las autopsias para comprobar que el Destripador no quería infligir ningún dolor a sus víctimas. Situado detrás de ellas en la posición del cliente (lo habitual, por razones de rapidez y para evitar embarazos, consistía en la sodomización de pie contra una pared), las estrangulaba y luego, desvanecidas o ya muertas, les segaba la carótida de una cuchillada, con lo que el chorro de sangre no le alcanzaba. La muerte era casi instantánea. El desconocido obtenía placer sexual hurgando dentro del cadáver, deformando sus facciones (párpados, nariz, pómulos) y llevándose algún órgano como recuerdo: el útero o un riñón.

Los psicólogos contemporáneos tienden a atribuir al Destripador un serio problema con su madre.

El «otoño» del terror duró poco, del 31 de agosto al 9 de noviembre de 1888. Se limitó a una zona concreta, el

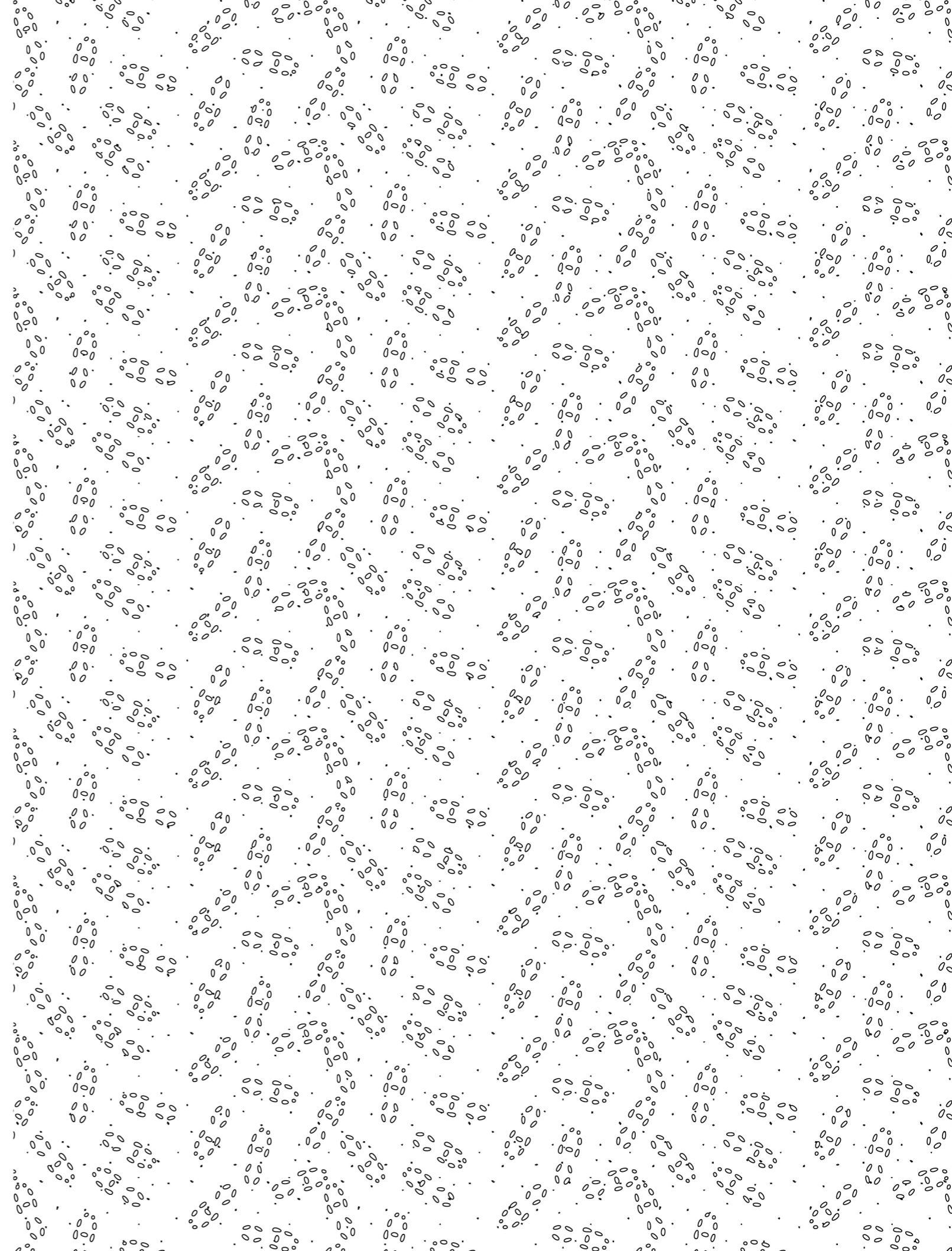


— El cuchillo original de Jack el Destripador —

East End londinense, repleta de inmigrantes paupérrimos y considerada por entonces el área urbana más miserable del mundo. Afectó solo a mujeres de cierta edad (menos la última víctima, Mary Ann Kelly, de 25 años), aficionadas a la ginebra y dedicadas a la prostitución de forma habitual u ocasional. Pero provocó un escalofrío planetario. Primero, porque dio un impulso definitivo a la prensa popular: las historias del Destripador se leían con igual fruición en cualquier rincón de cualquier país. Segundo, y más importante, porque asomó a las sociedades decimonónicas a un abismo incomprensible de ritos macabros y fetiches sanguinolentos, una versión revolucionaria del crimen sexual, repleta de símbolos que solo el autor era capaz de descifrar.

El lobo urbano, la alienación, las psicopatías, las simas ocultas de la sexualidad, son hoy elementos de la cultura popular. Podemos incluso establecer una cierta identificación cómplice con personajes monstruosos como Hannibal Lecter. Hemos aceptado que en nuestro subconsciente anidan bestias que a veces oímos chapotear en nuestro cerebro y preferimos no mirar.

Pero hubo una primera vez. Hubo alguien que obligó a la sociedad a mirar lo que hacía y a intentar comprenderlo. El «artista independiente» que «decidió hacerse cargo personalmente del asunto», en palabras sarcásticas del dramaturgo George Bernard Shaw, fue el precursor solitario de los horrores del siglo XX. Y nunca se sabrá su nombre. ■



# MANUEL PELLEGRINI

«LOS GOBIERNOS, DEMOCRACIAS O DICTADURAS, CUANDO HAY CRISIS, SE AMPARAN EN EL FÚTBOL»

---

Entrevistado por Álvaro Corazón Rural  
fotografía de José Antonio Ramos

**EN EL MOMENTO DE ESTA ENTREVISTA, EL MÁLAGA TENÍA POR** delante la vuelta de la eliminatoria de Copa del Rey ante el FC Barcelona y el cruce de octavos de la Champions League contra el Oporto. El entrenamiento al que acudimos fue a puerta cerrada. No te podías ni asomar. Cuando acabó, Pellegrini entró en la sala de prensa, nos dio la mano y se sentó rápidamente con la intención de comenzar en el acto. Había una hora de tiempo pactado y el encuentro duró una hora y un minuto y medio. Momento en el que el entrenador del Málaga se levantó, volvió a darnos la mano y se fue directo por la puerta. Como un rayo. Es educado, es correcto, pero no es precisamente una fiesta ambulante. Quizá sea su carácter, quizá la concentración que mantenía en esas fechas, pero seguro que el periodista que tenga un *off the record* suyo tiene un tesoro exótico. No obstante, a la hora de relatar historias es preciso y exacto. No en vano, le apodan el Ingeniero.

**¿Qué tal el Oporto de los colombianos, lo tiene estudiado?**

Sí, lo tengo visto dentro de lo que uno siempre está viendo, fútbol en Europa. Todavía no es el rival prioritario. No estamos pensando en él, estamos metidos en la Liga y en la Copa del Rey. Una vez que finalicemos la Copa del Rey la próxima semana, en febrero, le dedicaremos tiempo al Oporto y sabremos todos los detalles que necesitamos. Pero en líneas generales es un buen equipo que tiene jugadores importantes. (El Málaga perdió en casa contra el FC Barcelona 2 a 4 y quedó eliminado de la Copa del Rey; nota del redactor).



**La selección colombiana, con estos y Falcao, tiene buena pinta.**

Sí, sobre todo con Jackson Martínez, nosotros ya le estuvimos siguiendo desde México, tuvimos intenciones de traerlo para acá en el verano, pero después por todas las circunstancias ya conocidas no se pudo hacer. Sí que sabemos que es un goleador importante que ha reemplazado muy bien tanto a Falcao como a Hulk, que también es otra pérdida importante que tiene el Oporto, un club que normalmente es buen comprador y mejor vendedor.

**Usted tenía nueve años en el Mundial del 62, ¿lo recuerda?**

Sí, lo recuerdo perfectamente. Con absoluta claridad porque me acuerdo de que unos días antes, el 30 de mayo, llegó la televisión a Chile y pude ver los partidos. Mi hermano mayor alcanzó a agarrar un abono y fue a todos los encuentros y yo, desgraciadamente, solo pude verlos en casa. Pero fue una época en Chile muy intensa, muy vibrada por el papel que hizo la selección. Y después tuve la fortuna de ser dirigido por Fernando Riera, técnico de aquel equipo, y también he conocido a casi todos sus jugadores.

**¿Recuerda el Chile-Italia y el URSS-Yugoslavia, considerados de los más violentos de la historia de los mundiales?**

Vi el partido de Chile contra Italia, que terminó de una forma violenta, pero es que entonces en el fútbol se veían otras cosas, no era como el de ahora (arquía las cejas).

**¿Y Garrincha?**

Sí, y no solo recuerdo haberlo visto en el Mundial sino antes, en Chile se celebraban muchos torneos hexagonales de verano. Normalmente venían Botafogo, el Santos. Pelé y Garrincha vinieron muchas veces. Garrincha era un jugador con unas características por las que en cualquier época hubiera sido la figura que fue.

**Usted fue un defensa central duro, al menos le apodaban Peligrosini.**

No, alguna vez alguien pudo haberlo dicho, pero ese no fue mi apodo constante. Yo fui un jugador muy disciplinado, jugué casi 500 partidos en Primera División. Fui un jugador útil, igual con alguna carencia, pero si me mantuve catorce años titular en uno de los equipos más importantes de Chile fue porque muy peligroso no tuve que haber sido. Fui mucho más técnico. Y tuve una carrera que, además, me dejó muy satisfecho. Igual luego con los estudios no me pude dedicar todo lo necesario, pero creo que fui un jugador rendidor. Recuerdo que marqué un gol

muy especial contra Colo-Colo, que allí es el clásico contra Universidad de Chile, el equipo donde jugué, un partido que mete ochenta mil personas en el estadio, y fue un gol de palomita que se clavó en el ángulo. El gol más bonito de mi carrera.

**¿Es cierta la historia de que fue Zamorano quien le obligó a retirarse? La contó Santiago Solari en *El País*, dijo que le sacó tanta altura en un salto que decidió dejarlo...**

No, eso fue una anécdota. Fue un comentario que hice para destacar el salto que tenía Zamorano. Yo era un jugador que tenía muy buen rechace y entonces en el salto me impresionó este muchacho de diecisiete años que venía de un equipo de segunda. Lo puse como comentario, que yo estaba viejo cuando salté a su lado. A Iván lo tuve luego cuando fui segundo técnico en la selección chilena de Arturo Salah. Llegó justo cuando había salido campeón de Copa del Rey con el Real Madrid, era 1993. Como persona es como era como jugador. Mucha entrega, mucho carácter. Una vida personal bastante quitada de bullas. No tengo más conocimiento de él, pero me parece un jugador que por su manera de ser fue importante para la profesión.

**Usted quiso ser médico en lugar de ingeniero.**

Sí. Yo era muy buen estudiante en el colegio, pero en las pruebas de aptitud académica me fue muy mal en una y no quise reintentarlo, ya me fui a la Ingeniería. La Medicina sí es algo que me hubiera gustado, aunque igual no me hubiera permitido ser futbolista. Yo siempre quise hacer las dos cosas, estudiar y jugar. Desde que salí del colegio estaba decidido a ser jugador de fútbol, quería jugar en el Universidad de Chile, pero también quería estudiar Medicina ahí. Me parece la más grande de las profesiones. Aunque no tenía tanta vocación, porque si no, lo habría intentado más. En Ingeniería me licencié a los 24 años, había entrado muy joven en la universidad, era 1977. Y monté una empresa constructora e hice muchas cosas, edificios, casas, pero nunca quise ampliar el negocio porque el fútbol me quitaba mucho tiempo.

**Hemos preguntado a periodistas chilenos y le perciben como una persona muy trabajadora, «como una hormiguita» y muy disciplinada, según ellos, el arquetipo del carácter chileno...**

Cuando uno se quiere dedicar a una profesión necesita prepararse. Yo me quise dedicar al fútbol y tuve que hacerlo durante mucho tiempo, como jugador y como técnico. Es fundamental tener una base fuerte de preparación. En eso sí que soy una persona con bastante inquietud y me vine a hacer cursos a

---

«Yo he tenido un carácter muy explosivo de toda la vida. Pero a medida que fui transformándome de jugador a técnico tuve que irlo dominando y cambiando».

---

Europa [centro de la Federación Italiana, en Coverciano (1985) y en la Asociación Inglesa de Fútbol, en Lillleshall (1988) N.d.r.]. Le dediqué muchas horas a esta profesión y si la imagen que tienen de mí en Chile es de que soy una persona disciplinada y trabajadora, bienvenido sea.

**También nos dicen que esa personalidad suya basada en la disciplina y la eficacia luego se refleja en sus equipos.**

Yo lo que he trasladado a mis equipos es una mezcla de lo que fui como jugador. Intento contar con jugadores con una capacidad técnica importante, a lo que hay que sumar la formación que tuve con distintos técnicos y mi formación personal. Por suerte, pude hacer un *mix* de distintas cosas que creo que, sobre todo, tanto en Argentina como en España, he logrado imponer. No solo he mantenido mis criterios, sino que he logrado imponerlos. En Argentina igual sí hice un cambio en la metodología del entrenamiento, cambio que el jugador argentino puede ser un poco reacio a aceptar, pero me encontré un buen grupo como fue San Lorenzo con el que batimos todos los récords del fútbol argentino con una metodología completamente nueva, distinta de lo que se hacía en ese país. Luego vine a España y fue un poco exactamente lo mismo. Quise jugar por bandas... impuse una metodología que yo estudié mucho tiempo, la técnica sudamericana con la movilidad de Europa. Le dediqué muchas horas a esto.

**Y dicen que tiene mucho carácter, que cuando está enfadado no hay que adivinarlo...**

Yo he tenido un carácter muy explosivo de toda la vida. Pero a medida que fui transformándome de jugador a técnico tuve que irlo dominando y cambiando. Aunque de repente me sale así, como en los orígenes... (risas) y reconozco que soy explosivo. Lo que pasa es que he logrado, a través también de mucho trabajo, transformar mi carácter. Creo que es importante además, en el banco, dar una imagen de tranquilidad. El jugador ya de por sí está bastante presionado como para sentir que en la banca el que lo dirige también está alterado. Por eso he logrado mantener, con mucho esfuerzo, una imagen de tranquilidad. Una frase suya: «Hasta los 30 años me estuve peleando con todo el mundo»... De jugador tuve peleas constantes con los compañeros, con los rivales... son cosas normales en la cancha. Me acuerdo de que un día jugando con Universidad de

Chile, el equipo juvenil había perdido contra la Católica, que era nuestro máximo rival a considerar en esa época. Colo-Colo también, pero la Católica aún más, hay toda una tradición de rivalidad. El juvenil había perdido contra ellos y uno de nuestros jugadores se había hecho expulsar. Después, estaba jugando con nosotros. Entonces, en el calentamiento, en un cruce, le metí una patada que... y le dije: «Nunca más te vuelvas a agachar contra la Católica» (risas). Era un poco transmitir un temperamento de años en el mismo club. Defensa de los colores. Una actitud de equipo.

**Usted considera que las personas públicas en el ámbito del deporte no deben expresar opiniones políticas.**

Así es. Hay muchas cosas que desunen. Si la gente va a ver a un cantante, que es un fenómeno, y están todos los fans ahí, me da lo mismo si es comunista, partidario de la dictadura militar, de izquierdas o de derechas, estamos todos. Si ese cantante da una opinión política se produce una división entre su gente. Yo creo que con los que estamos en el deporte es un poco parecido. Tú estás dentro de un club y dentro de él hay figuras que no interesa si piensan de una determinada manera o de otra, tú las quieres ver jugar dentro de su actividad. Por eso siempre me he negado, a pesar de que tengo una manera muy clara de pensar, a hacerla pública, o a pretender un apoyo público hacia determinadas corrientes políticas.

**En cualquier caso ¿no ve ciertas similitudes entre el desencanto chileno de la posdictadura y el español de la Transición?**

Siempre la gente quiere más calidad de vida. Chile era un país pobre que ha tenido un desarrollo importante. Hace ya bastantes años, después de la dictadura, se llegó a una política económica mediante un consenso que hizo al país progresar. Siempre están las críticas de si se podía haber hecho mejor, como en todas las partes del mundo, pero mi país está en constante progreso en relación con otros países de Sudamérica y eso es importante. España no es similar a Chile. Es otra realidad económica, es otro tipo de pobreza la que hay. No es lo mismo. No haría una similitud con lo que es Chile.

**¿Cómo se ve España desde Chile?**

No lo sé. Hace doce años que me fui de allí. Dentro de todo sí que hay un nexo entre ambos países. Por



---

**«Yo creo que una filosofía del fútbol tiene que basarse en dar espectáculo desde una perspectiva tanto ética como estética».**

---

Iván Zamorano, por mi parte, por Alexis Sánchez, siempre ha sido Chile un país muy pendiente de lo que se hace en el deporte español.

**Usted jugó durante la dictadura ¿tuvo esta influencia en el deporte?**

No. Yo creo que siempre los gobiernos, ya sean democráticos o dictatoriales, cuando hay diferentes tipos de crisis, sobre todo económicas y sociales, se amparan un poco en el fútbol. Tratan de levantar todavía más la actividad para tener un elemento de distracción de la gente que está pasando por un momento complicado. Durante el gobierno militar, que yo recuerde, a la semana o a los diez días de que se produjera el golpe, hubo un partido amistoso de la Universidad de Chile contra Colo-Colo. Pero en la actividad, concretamente, hubo pocas variantes a lo que era antes.

**¿Algún compañero o amigo suyo sufrió la represión?**  
Alguien especial, cercano a mí, no.

**Su maestro fue el técnico Fernando Riera.**

Me conoció después de dirigirme durante los cinco años en que fue técnico de Universidad de Chile. Yo tenía hecha ya mi vida, así como decidí que quería ser futbolista también tenía pensado que, cuando terminara, iba a ser ingeniero. Ya tenía hecha mi empresa constructora y ya tenía abiertos los caminos. El conocerlo a él, sin embargo, me cambió la visión que yo tenía de lo que era un técnico. Una manera distinta de trabajar, de ser, de interactuar con los jugadores. Quizá me despertó una veta para una actividad que pude prolongar después de mi carrera. Tuve suerte de tener a un técnico que había estado, como yo digo, donde él quiso. España, Portugal, Chile, Argentina, Uruguay, México. Donde él quiso dirigir pudo dirigir. Entonces él era un cúmulo de conocimientos, de actividades, y mis conversaciones con él me fueron despertando la vocación.

Conocí a una persona que tuvo éxitos importantes, a lo mejor no una gran colección de títulos, pero donde llegó rindió mucho. Y siempre lo hacía relacionado

con un estilo, una forma de hacer. No vale todo por ganar. Es un problema eso de que da lo mismo el espectáculo, da lo mismo la gente, da lo mismo el rival, si hay que jugar, jugamos para ganar; si hay que pegar, pegamos para ganar. Yo creo que una filosofía del fútbol tiene que basarse en dar espectáculo desde una perspectiva tanto ética como estética. Él me mostró esto, algo distinto a lo que yo había conocido. Me enseñó cómo enfrentar la profesión. Todos queremos ser ganadores y llevarnos la mayor cantidad de títulos posibles, y yo he tenido la fortuna de ganar siete u ocho títulos en mi carrera, pero...

**Cuando entrenó al O'Higgins (1992-1993), con la plantilla sin cobrar y harto de las mentiras del presidente, usted le terminó cogiendo por el cuello.**

Por el cuello no, pero casi. Tenía un buen equipo, pero con algunos problemas económicos. El equipo estaba el último y lo levantamos haciendo muy buena campaña. Hubo un momento en que no se estaban pagando los sueldos mensuales dentro del plazo. Hasta que un cheque, para cumplir con la fecha y evitar sanciones, se pagó el viernes a última hora, justo en el límite del plazo, porque si no perdían los puntos. El lunes o el martes vimos que no tenía fondos. Me encaré con él. Me molestan mucho los engaños, y me fui. Dejé el equipo clasificado para la Copa Libertadores, los jugadores confiaban mucho en mí, pero no me sentía con la autoridad moral para dirigirles, para exigirles después de ser tantas veces engañados.

**Néstor el Pipo Gorosito dice que cuando usted entrenó en Argentina vio la filosofía del Barça actual.**

No sé si es la misma filosofía del Barça, pero sí teníamos una intención de juntar la movilidad con el buen trabajo técnico. Alguna similitud tiene. El Villarreal ya marcó aquí en España un sistema de juego con los volantes más sueltos, no tan rígidos, que después dio el Barça con jugadores de un nivel técnico alto. No copiándolo, pero sí parecido. No podemos jugar todos como el Barça porque tiene una precisión en espacios reducidos que tienen muy pocos jugadores, pero el concepto de juego sí.

---

## «Hay varios tipos de inteligencia, no solo la inteligencia “intelectual”. Salieron ahí temas muy interesantes para el fútbol y los estudié durante una temporada de preparación personal».

---

responsabilidad de conducirlos con los parámetros de vida que uno ha tenido. Que no son los únicos, la verdad pura y todo lo demás es un desastre. Pero si para ganar tengo que pegar una patada en la cabeza, si tengo que decirle a un jugador mío «anda y pégale una patada a Messi a la altura de la canilla para que no juegue más», no me sirve el triunfo. Hay que tener un respeto y una ética en esta profesión. Y eso es lo que uno trata de transmitir en cada una de sus intervenciones públicas.

### ¿Le irá bien en Alemania?

Tiene mucho conocimiento de la actividad. Una manera de llevar a sus equipos basada justamente en el buen trato al balón. Igual no le podemos pedir que se ponga a ganar catorce títulos de dieciocho, no va a poder ser. Pero va a mantener una dignidad en esta profesión y va a conseguir otros títulos. Tiene un parámetro muy alto y sería absurdo intentar comparar siempre a Guardiola con lo que hizo en Barcelona.

### ¿Es Usted amigo de Bielsa?

No.

### ¿Y qué le parece como entrenador?

Es muy respetuoso con la profesión, ha tenido una muy buena carrera. Futbolísticamente no compartimos muchos aspectos, pero en nuestra manera de ser tenemos más semejanzas que diferencias.

### Usted cuando va a Chile se aísla a leer.

Tengo un apartamento en la playa y cuando voy lo uso, nada más. Me gusta el cine y la literatura, mucho. Al cine ahora estoy yendo menos, pero siempre he sido lector y toda mi familia ha sido lectora. Hay algo que me inculcaron mis padres y se lo agradeceré siempre: me dijeron que si no lees no aprendes, y si no aprendes no evolucionas. Sería imposible tratar de destacar algún libro o autor. Con relación al fútbol, en Ecuador, justo salió el de la inteligencia emocional de David Goleman y lo leí. Hay varios tipos de

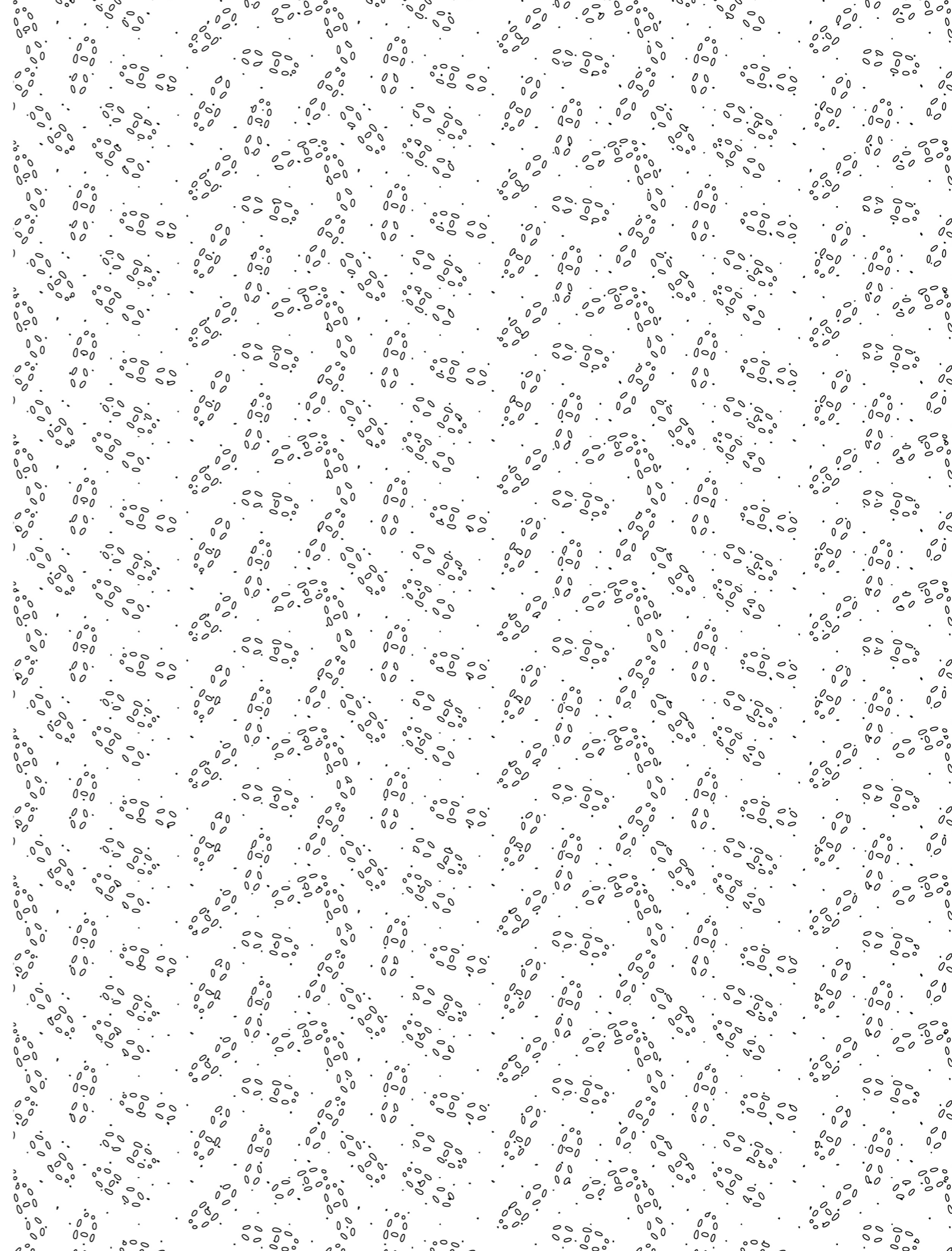
inteligencia, no solo la inteligencia «intelectual». Salieron ahí temas muy interesantes para el fútbol y los estudié durante una temporada de preparación personal. Las novelas también me entretienen mucho. Los libros te van formando como persona, por la capacidad de vivir la vida de otras personas. Por ejemplo, hay una biografía novelada de Van Gogh, *Anhelo de vivir*, de Irving Stone, que es espectacular, la leí hace muchos años. Y también ese mismo autor tiene una de Miguel Ángel, *La agonía y el éxtasis*. Actualmente, estoy retomando unos libros de la Guerra Civil española que leí hace treinta años, los de José María Gironella, *Un millón de muertos*, *Ha estallado la paz*. Ahora que estoy en España toman una dimensión distinta.

### También va a los toros.

No, voy una vez. Cada temporada, cuando hay grandes toreros, por supuesto, pero no soy un entendido ni un gran aficionado. Me gusta la diversidad de cosas. Tengo muchos intereses distintos.

### He leído que también le gusta la Ciudad de las Artes y las Ciencias de Valencia, ¿le gustan las civilizaciones extraterrestres extinguidas? ¿Ha estado en la estación del AVE de Zaragoza?

Me parece una maravilla lo de Valencia. No me meto en cómo se construyó. Me parece que le dio una categoría a la ciudad. Una mezcla absolutamente moderna en un sector y en otro la Valencia antigua. Es una de las ciudades más bonitas de España. Cómo se hizo todo aquello ya no me corresponde a mí analizarlo. La estación del AVE de Zaragoza también la he visto, sí. Conozco muy bien España. Me gusta mucho recorrer los pueblos chicos. Cuando estuve en Villarreal recorrí todo el país catalán. Solo me falta Asturias, es lo que menos he conocido y sé que es muy bonita. ■



# LAS GUERRAS DEL OPIO

CUANDO EL GIGANTE CHINO  
DESPERTÓ DE SU LETARGO

—  
por E. J. Rodríguez

**«CONCEDA SU ALTEZA, EN EL MISMO MOMENTO DE RECIBIR ESTA COMUNICACIÓN,** informarnos lo más prontamente posible del estado actual de la cuestión, así como de las medidas que estéis adoptando para detener ese mal llamado opio. Por favor, que vuestra respuesta sea rápida. De ningún modo pongáis excusas o lo dejéis para otro día. Se trata de una comunicación de la mayor importancia.

PS: Incluimos como anexo un resumen de la nueva ley que estamos a punto de aplicar:

—Sobre cualquier extranjero o extranjeros que traigan opio a la China continental con intención de venderlo: el responsable principal será decapitado, sus ayudantes serán estrangulados, y toda propiedad hallada a bordo del barco será confiscada. Se concede el periodo de un año durante el cual, si alguien trae opio por error pero voluntariamente lo declara y lo entrega, será absuelto de todas las consecuencias de su crimen». (Extracto de la carta de Lin Hse Tsu, comisario imperial de China y gobernador de Cantón, a la reina Victoria de Inglaterra, 1839).

---

## EL 11S DE LA CHINA IMPERIAL

---

El sueño había terminado. El espejismo de la Gran Muralla, de la milenaria inviolabilidad del Imperio, se había desvanecido para siempre. En 1860, un contingente —no especialmente numeroso— de tropas británicas y francesas profanaba uno de los sacrosantos símbolos de la dinastía imperial china: el fastuoso Palacio de Verano, erigido en las afueras de Pekín por el pretérito emperador Qianlong. Los chinos se sintieron profundamente sobrecogidos por aquel suceso. Para ellos, era como asistir a una pesadilla: por causa de aquel inesperado saqueo, en cuestión de horas, toda una cultura milenaria fue sacudida hasta sus cimientos. Las gentes del vasto Imperio chino, una nación autosuficiente que antes había contemplado con desdén al lejano mundo exterior y para la que todo extranjero era un «bárbaro», asistían ahora atónitas al angustioso espectáculo de unos soldados extranjeros que destruían una de las joyas más representativas de su ahora resquebrajada autoestima cultural, y saqueaban codiciosamente los tesoros alojados en aquellos palacios construidos para el descanso exclusivo de los divinos emperadores. ¿Por qué, se preguntaban los chinos, estaba sucediendo algo así? ¿Acaso los cielos los habían abandonado? ¿Cómo era posible que su nación, que para ellos había sido el auténtico centro del universo durante miles de años, estuviese sufriendo un ultraje de semejante magnitud a manos de un puñado de bárbaros sucios e ignorantes? ¿Cómo era posible que no respetasen la noble y serena belleza de aquellos sacrosantos lugares? ¿Por qué se llevaban hasta el último objeto que podían

almacenar en sus barcos, y por qué lo incendiaban y lo destruían todo después? ¿Eran aquellos saqueadores hombres, o animales? ¿Por qué la honorable y civilizada China, que por entonces contaba más de trescientos millones de habitantes, no había podido impedir aquella violación, aquel insulto perpetrado por un rebaño de bestias con forma humana?

En realidad, el traumático asalto al Palacio de Verano —que dejó una hondísima huella en la mentalidad de las siguientes generaciones de chinos— no era más que la culminación de un proceso de choque entre dos culturas que parecían proceder de planetas distintos, dos mundos que muy difícilmente podían entenderse. Por un lado estaba la cultura china: tradicionalista, inmovilista, anclada en antiguas creencias y esquemas mentales inalterables, cerrada en sí misma y hasta entonces felizmente ignorante de cuanto sucediese más allá de sus fronteras. China era el país más poblado del mundo y el tercer terri-

## Efectivamente, el corazón del imperio británico comenzó a consumir ingentes cantidades de té en cuanto sus ciudadanos descubrieron las virtudes de aquella hierba asiática que podía tomarse en infusión.

torio más extenso, únicamente por detrás de Rusia y del continente helado de la Antártida. Los chinos nunca habían necesitado al mundo exterior, así que lo habían desdenado como territorio incivilizado. Ciertamente, sus vecinos asiáticos no solían causarles mayores problemas. Sin embargo, desde algunos siglos atrás, por sus aguas habían ido apareciendo unos personajes exóticos y ambiciosos: los europeos. Primero fueron los españoles y portugueses, más tarde los holandeses, franceses, británicos... comerciantes, soldados y aventureros que representaban la punta más afilada de una lejana cultura, gentes que procedían de lugares muy lejanos y que traían consigo costumbres extrañas. Porque Europa era el reverso de China: aquí, las tradiciones habían volado en pedazos culminando una tradición de siglos y siglos de cambio constante. La ciencia había dado un salto fundamental y la Revolución Industrial estaba cambiando las vidas de los europeos, así que sus antiguas creencias estaban en entredicho. Los europeos, acostumbrados a pelear entre sí desde tiempos inmemoriales, eran un conglomerado de culturas encerradas en un territorio comparativamente muy pequeño, así que no solamente estaban interesados por el mundo exterior desde siempre, sino que ahora se habían embarcado en un ambicioso esfuerzo por intentar dominar el planeta entero. Aquellas dos culturas, decíamos, estaban condenadas a no entenderse. El detonante final del conflicto, lo que llevó a ambos bandos a protagonizar dos rápidas y decisivas guerras —o más bien una guerra intermitente dividida en episodios golpes de efecto—, fue el único material que interesaba a ambas partes de la frontera, el único objeto de interés que chinos y «bárbaros» tenían en común: el dinero.

### ASIA, EL DORADO DEL IMPERIO BRITÁNICO

A mediados del siglo XIX y de entre todas las naciones europeas que procuraban hacer fortuna en Asia, la que más poder había acumulado era el Reino Unido. Su

influencia en aquel continente había crecido exponencialmente gracias a dos importantes factores: uno, el dominio casi hegemónico de los mares por parte de la flota británica, tanto militar como mercante. Aquello había revolucionado la manera en que un país insular, pequeño y con pocos recursos naturales como el Reino Unido podía extender los tentáculos comerciales a prácticamente todos los rincones del globo, llegando incluso a construir un imperio propiamente dicho con posesiones en los cinco continentes. El otro factor, que se aprovechaba de lo anterior, era la considerable potencia industrial británica, apoyada en invenciones como la máquina de vapor. Los británicos fabricaban mucho y muy deprisa. Tenían una ingente cantidad de productos que vender y considerables medios navales con los que llevar esos productos a cualquier parte del planeta, así que una agresiva política comercial convirtió al Reino Unido en una máquina exportadora, la cual en ocasiones empujaba a la industria de otras naciones a la quiebra.

La India, por ejemplo, había sido una de las principales víctimas del potencial económico británico. La industria textil inglesa, impulsada por la productividad de sus revolucionarios métodos, había ahogado la producción local de la India, gran productora de algodón para la que la industria textil había sido un pilar fundamental de crecimiento industrial hasta principios del siglo XIX. Sin embargo, avanzado ese mismo siglo ya había muchos indios que vestían ropas fabricadas en las islas británicas y no ropas fabricadas por sus propios compatriotas. Los textiles indios se quedaban sin vender. No podían competir en ritmo de producción (y por lo tanto en precios) con el textil inglés, así que terminaron sucumbiendo a la competencia. Aquello provocó que la India sufriera una desastrosa balanza comercial con Inglaterra y el país asiático no encontraba manera de compensarla. A mediados del XIX, más de la mitad del total de las exportaciones indias se resumía en seis productos. Por un lado materias primas para la industria textil:



el algodón, el yute y la seda a granel. Por otro, productos de alto valor añadido: el azúcar, el opio y muy especialmente el té. Todos tenemos la imagen arquetípica del inglés sosteniendo una taza de té. Efectivamente, el corazón del imperio británico comenzó a consumir ingentes cantidades de té en cuanto sus ciudadanos descubrieron las virtudes de aquella hierba asiática que podía tomarse en infusión, una hierba cuyas propiedades muchos consideraban superiores a las del café. La India era uno de los principales productores mundiales de la planta, así que el té indio se volvió muy preciado en Inglaterra: continuamente partían de Asia barcos bien cargados para garantizar un suministro constante de té en las Islas. Pues bien, ni con la masiva exportación de té conseguían los indios rescatar la economía local, porque básicamente no había té suficiente que pudieran vender para pagar todo lo que ellos compraban a los ingleses. Durante aquella primera mitad del siglo XIX, la antaño

prometedora industria india implosionó: por cada caja de té, por cada saco de azúcar, por cada bala de seda y por cada pedazo de algodón que lograban vender al exterior, compraban una muy superior cantidad de textiles y productos manufacturados en el extranjero. En consecuencia, la ruina.

Aun así, los ingleses no tenían suficiente con el té indio. Cuanto más dinero ganaban los británicos gracias a su floreciente imperio comercial, más té deseaban consumir. La demanda llegó a ser verdaderamente enorme y ni siquiera toda la producción de la India podía satisfacerla, así que los comerciantes volvieron sus ojos hacia el otro gigante asiático, China, que también era un gran productor de té. Había que comprar té chino. Los británicos planeaban realizar la misma jugada en China que en la India: llevarse el té local mientras apisonaban la economía local vendiendo sus propios productos a los chinos, productos que la

conteniendo unos cincuenta kilos cada uno). Así, estimulando redes de comercio de opio entre los propios chinos, los europeos y estadounidenses empezaron a montar un nuevo negocio muy lucrativo, y el Imperio británico halló por fin el producto con el que podía intentar recuperar la plata perdida. Los ciudadanos chinos no habían querido adquirir textiles y manufacturas, pero sí querían comprar opio, como los de cualquier otra nación donde lo hubiesen probado. Una droga es una droga.

Lógicamente, las autoridades chinas no veían estos movimientos con buenos ojos. Entendieron que la rápida proliferación de la venta de opio significaría una doble ruina para su enorme país. Por un lado, el opio era una droga que causaba una tremenda problemática social. Por otro, provocaría que toda la plata acumulada con el comercio del té se esfumase rápidamente de las arcas nacionales, ya que el consumo potencial de opio en un país tan populoso podría crecer exponencialmente y en muy poco tiempo hasta límites impensables. Además, la moral china imperante —al igual que la británica, por cierto— contemplaba con disgusto el consumo de aquella droga. Sin embargo, por mucho que en los círculos imperiales de Pekín quisieran restringir la circulación de opio en zonas portuarias como Cantón, la atracción que el fruto de la adormidera provocaba lo convertía en un producto interesante también para los propios cargos públicos locales. Las ingentes cantidades de dinero que movía el tráfico de opio derivaron en la consiguiente corrupción administrativa, cuando funcionarios imperiales hacían la vista gorda. La droga entraba casi libremente por Cantón y durante el primer tercio del siglo XIX el asunto empezó a preocupar de verdad a las autoridades imperiales. En 1839, Pekín decidió intervenir y cortar de cuajo con el problema. El emperador Daoguang eligió a uno de sus más inteligentes y preparados funcionarios, Lin Hse Tsu, como gobernador de Cantón. Lin ejercería básicamente como comisario imperial encargado de erradicar el opio de raíz. Lin era un personaje fascinante en muchos aspectos, una especie de Elliot Ness chino aunque bastante más eficaz y con una personalidad más compleja. Se puso rápidamente manos a la obra y demostró que estaba dispuesto a no dejar títere con cabeza. Prohibió abiertamente el comercio de opio en Cantón, decretando severas penas, y mandó detener a los funcionarios corruptos que se habían estado beneficiando de su tráfico. Después envió una carta a Inglaterra, dirigida personalmente a la reina Victoria, en la que denunciaba las prácticas comerciales sucias del Reino Unido y señalaba la actitud hipócrita de un país que combatía la droga en su propio territorio pero la vendía en territorio de otros.

«Así que, ¿bajo qué principio de la razón deberían estos extranjeros enviarnos como pago una droga venenosa que conlleva la destrucción de los nativos de China? Sin pretender decir que los extranjeros alojen tales intenciones destructivas en sus corazones, sí podemos afirmar que, en su desordenada sed de ganancias, se muestran perfectamente indiferentes sobre las heridas que nos infligen. Y siendo ese el caso, nos gustaría preguntar: ¿qué ha sido de la conciencia que el cielo ha implantado en el pecho de todos los hombres? Hemos oído que en vuestro

propio país el opio ha sido prohibido con la mayor restricción y severidad. Esta es una buena prueba de que sabéis perfectamente cuán dañino es el opio para la humanidad. Y dado que no permitís que el opio dañe a vuestro propio país, no deberíais enviar esa droga dañina a otro país, ¡y mucho menos a nuestra tierra! De todos los productos que China exporta a vuestros países, no hay uno solo que no resulte beneficioso para la humanidad de una manera u otra».

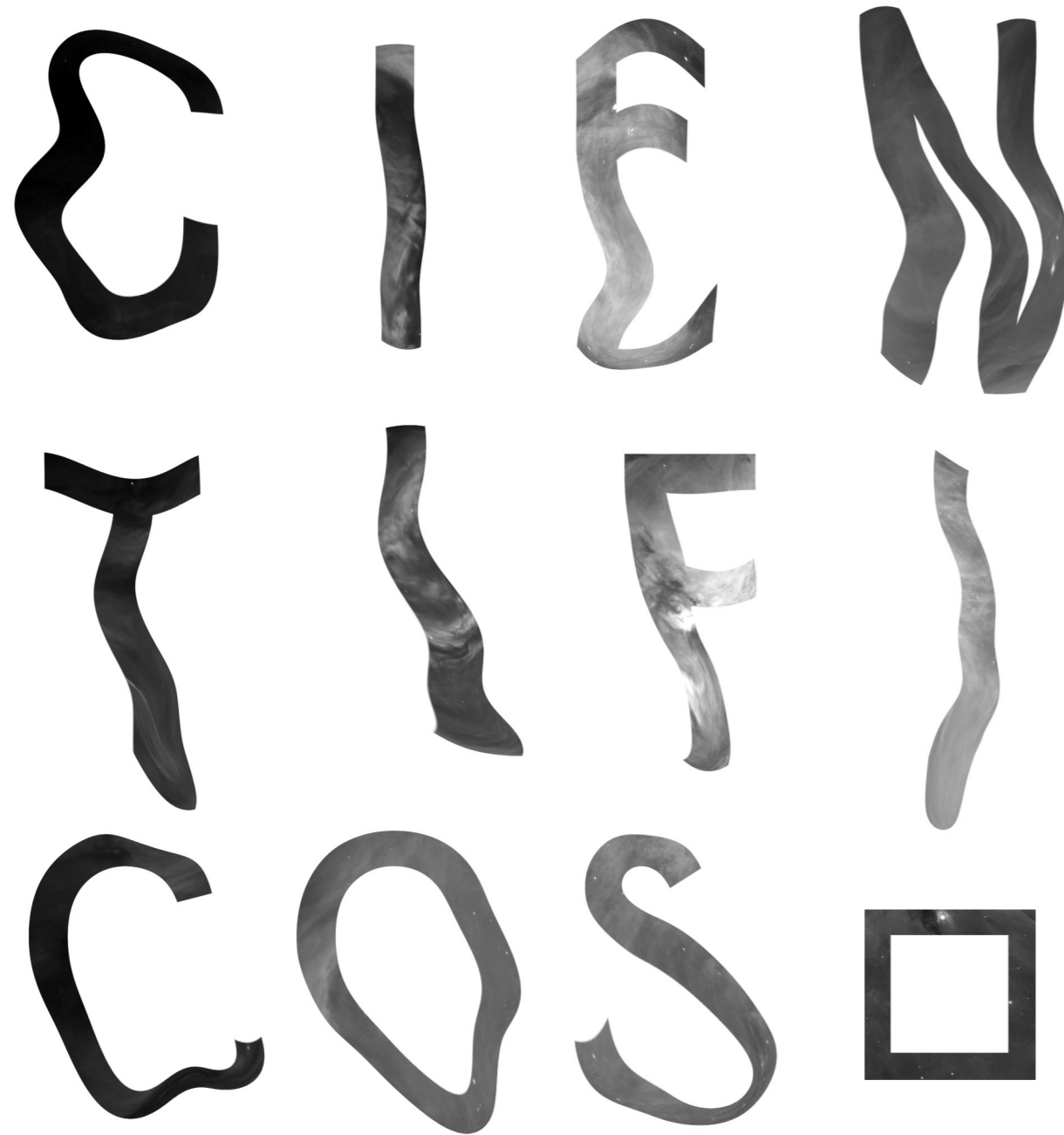
La carta era muy elocuente, pero raras veces en política —si es que alguna— las palabras han detenido el furioso torrente de los hechos y la elocuencia de Lin no fue una excepción a esa regla. Muchos comerciantes occidentales estaban dispuestos a continuar con su lucrativo tráfico de opio aunque las autoridades chinas se mostrasen dispuestas a no permitirlo. Y en Europa, los gobiernos occidentales tenían pocas ganas de impedir que la plata siguiera saliendo de China. Ante tal conflicto de intereses, una escalada de tensión en la zona de Cantón resultaba inevitable.

### LA PRIMERA GUERRA DEL OPIO

La presión ejercida por el comisario Lin, así como su determinación por acabar con el tráfico de opio incluso a costa de bloquear todo el restante comercio, no dejó sin embargo de tener su efecto sobre ciertos personajes occidentales. Charles Elliott, que era el superintendente de comercio local —básicamente el máximo responsable de todo el comercio británico en China—, cedió a la presión de Lin y decidió ayudarlo a terminar con el tráfico de drogas. El funcionario inglés, un aparentemente bienintencionado oficial de la marina, cometió un severo error: atribuirse el respaldo del Gobierno de Londres sin estar seguro de que contaba con él. Elliott consiguió que los mercaderes británicos de Cantón entregasen sus valiosos cargamentos de opio al comisario Lin, que tenía la intención de destruirlos, para así cumplir con la legislación china y restablecer un flujo comercial normal. Pero para convencerlos Elliott tuvo que prometer que serían compensados por la pérdida con dinero de la Corona británica. Algo que, cabe comentar, Elliott no había consultado con Londres (las comunicaciones de la época, naturalmente, no eran como las actuales). Los comerciantes, confiando en esta promesa, entregaron nada menos que 20 000 baúles de opio



V I A J A M O S



C O N J U L I O V E R N E

**VIAJAMOS CON EL CUERPO PERO TAMBIÉN, ACASO LAS MÁS DE** las veces, con el pensamiento. Y cuando imaginamos viajar, podemos elegir con quién nos gustaría hacerlo, con personas de hoy o de ayer. La ciencia, sobre todo su historia, esto es, su pasado, aunque sin olvidar su presente, ha dominado una parte importante de mi vida. No es sorprendente, por tanto, que en mis viajes haya procurado buscar rastros del pasado científico. Sucede —es una señal inequívoca de que envejeczo— que en los últimos tiempos a veces me paro a pensar cómo será el futuro científico, cuáles las novedades, las posibles revoluciones futuras. Y cuando me sumerjo en semejantes elucubraciones, no tarda en venirme a la mente el gran «imaginador» del futuro científico: Jules Verne (1828-1905), o mejor, como siempre me referí a él, Julio Verne. Pienso en él con admiración, no importa que hoy, cuando vuelvo a leer algunas de sus novelas —por ejemplo, *De la Tierra a la Luna* y *Alrededor de la Luna*—, las emociones que me producen ahora no sean las de antaño. Fue Verne, sin duda, un visionario científico, pero un visionario que no creaba sus ideas de la nada, sino de la posesión de buenos conocimientos de la ciencia de su época; suplió la falta de una educación científica (estudió Derecho), frecuentando la Bibliothéque Nationale de París donde leyó obras de matemáticas, física y geología. Así que ¿por qué no elegirle a él como compañero de viaje cuando se visitan ciudades que ocupan un lugar destacado en la historia de la ciencia? ¿Puede existir mejor compañero de viaje que el autor de la serie *Voyages extraordinaires*?

#### Ciudadano de un nuevo mundo científico

Antes de emprender ese viaje imaginario, es conveniente recordar que Verne vivió en una época en la que abundaron las grandes novedades científicas y tecnológicas. Así, tres años después de su nacimiento, Charles Darwin se embarcaba en el Beagle, en el que viajaría durante cinco años por todo el mundo, experiencia que le resultaría vital para el libro que publicó en 1859, *The Origin of Species* (*El origen de las especies*), del que sin duda Verne supo, si es que no lo leyó (la primera traducción al francés de este libro de Darwin apareció en 1862). Asistió, asimismo, al desarrollo de la telegrafía que cambió el mundo. Especialmente una vez que, en 1866, se consiguió unir telegráficamente Europa y Norteamérica (volveré a esta cuestión más adelante), el planeta se pobló de todo tipo de redes telegráficas, terrestres y submarinas. Y también llegarían, en aquel siglo extraordinario para el electromagnetismo, el siglo de Michael Faraday y de James Clerk Maxwell (que unificó en su teoría del campo electromagnético electricidad, magnetismo y óptica), el teléfono (Graham Bell, 1876), que al parecer Verne utilizó por primera vez en 1894, la bombilla de Thomas Alva Edison (1879) —y muchas otras que iluminarían como nunca antes se había podido hacer hogares y calles—, o la «telegrafía sin hilos» de Guglielmo Marconi. En aquel mundo de maravillas eléctricas no era

extraño que alguien —en este caso, William Edward Ayrton, un catedrático de Física de Londres— pronunciase palabras como las siguientes (1897): «No hay duda de que llegará el día en el que probablemente tanto yo como Vds. habremos sido olvidados, en el que los cables de cobre, el hierro y la gutapercha que los recubre serán relegados al museo de antigüedades. Entonces cuando una persona quiera telegrafiar a un amigo, incluso sin saber dónde pueda estar, llamará con una voz electromagnética que será escuchada por aquel que tenga el oído electromagnético, pero que permanecerá silenciosa para todos los demás. Dirá “¿dónde estás?” y la respuesta llegará audible a la persona con el oído electromagnético: “Estoy en el fondo de una mina de carbón, o cruzando los Andes, o en el medio del Pacífico”». En una época como la presente, poblada de teléfonos móviles (o celulares) suena familiar, ¿no?

Y en matemáticas, su centuria fue la de las geometrías no euclidianas de los Bolyai, Lobatschewski y Riemann, y la de los conjuntos transfinitos de Cantor.

Vivió también Verne en el siglo en el que comenzaron aquellas espectaculares ferias de, sobre todo, la ciencia y la tecnología que fueron las Exposiciones Universales. La primera, la famosa de 1851 en Londres, a la que siguieron las de Dublín (1853) y Nueva York (1853-1854), que precedieron a la de París (1855), ciudad que volvería a acoger una en 1878 y una tercera en 1889, que enseguida volveré a mencionar.

El siglo XIX fue, asimismo, la centuria de Louis Pasteur y de Robert Koch, con la teoría microbiana de la enfermedad, de Joseph Lister y los primeros procedimientos para combatir las infecciones, de los que más que probablemente se benefició el propio Verne cuando fue intervenido quirúrgicamente después de que su sobrino favorito, Gastón, sufriese un ataque de locura y le disparase, el 9 de marzo de 1886, dos tiros que le convertirían en un inválido. Fue también el ochocientos el siglo en el que Kirchhoff y Bunsen fundaron (1860) la astrofísica, frente a la mera astronomía, que nada podía decir de la composición de los cuerpos celestes; el de la tabla periódica de los elementos (Mendeleiev, 1869), del descubrimiento de los rayos X (Röntgen, 1895), la radiactividad (Becquerel, 1896) y los cuantos (Planck, 1900). ¿Sorprenderá que en una entrevista Verne manifestase que «una de las cosas con las que más disfruto es la lectura de cualquier reseña sobre un nuevo descubrimiento o experimento en los mundos de la ciencia, la astronomía, la meteorología o la fisiología», y que su obra dependa tanto de la ciencia?

La astronomía fue uno de sus grandes temas. Observatorios astronómicos, telescopios, astrónomos, fuerzas gravitacionales y de escape (la necesaria para vencer la atracción de la Tierra y marchar hacia el cosmos) aparecen constantemente

# EN ÉL APARECE RECLINADO, JUNTO A UNA MUJER QUE REPRESENTA LA ASTRONOMÍA, COMO LA REINA DE LAS CIENCIAS, SENTADA Y LLORANDO.

Tampoco me ofrece dudas el segundo lugar a visitar: la Royal Institution, en el 21 de Albemarle Street. Establecida en 1799, entre sus fundadores estaban personas como el reformador social, inventor y físico norteamericano Benjamin Thompson, conde Rumford, el naturalista, botánico y explorador sir Joseph Banks y sir Thomas Bernard (de la Society for Bettering the Condition of the Poor; «Sociedad para la Mejora de las Condiciones de los Pobres»). La memoria que preparó Rumford defendiendo la necesidad de semejante institución constituye un temprano ejemplo de política científica. Su título era: *Propuestas para formar en la metrópolis del Imperio Británico, mediante suscripción, una Institución Pública para difundir el conocimiento y facilitar la introducción general de inventos y mejoras útiles, y para enseñar, a través de cursos de conferencias filosóficas y de experimentos, la aplicación de la ciencia a los fines comunes de la vida*. Algunos de sus fundadores tenían en mente realmente un *college* técnico, mientras que otros, los terratenientes, lo que deseaban era beneficiarse de los avances científicos, algo que sin duda obtuvieron con las investigaciones de algunos de los primeros investigadores de la institución, como Humphry Davy, que llevó a cabo trabajos sobre tintes, química agrícola y lámparas seguras para utilizarlas en las minas. Para cumplir con semejantes funciones, la Royal Institution fue provista de un laboratorio para realizar experimentos. Los resultados fueron notables: a lo largo de su historia 14 científicos relacionados con ella recibieron el Premio Nobel y en su laboratorio se aislaron diez elementos químicos. En 1825 comenzaron las «Conferencias de Navidad», que continúan en nuestros días y de las que Faraday fue uno de los grandes animadores, participando en 19 ocasiones.

Escogí la Royal Institution no solo por la excelente cafetería que ahora existe en ella (recomiendo sus *scones* y el pastel de zanahoria), ni por la exposición de instrumentos (entre ellos un imán con el que en

1831 Michael Faraday, que también trabajó en la Institution, demostró la inducción electromagnética) que hay en la planta baja, sino porque allí trabajó Davy, a quien Verne mencionó en sus novelas: «¿Te acuerdas —se lee en el capítulo seis de *Viaje al centro de la Tierra*— de una visita que me hizo el célebre químico inglés Humphry Davy en 1825?». Y a continuación explicaba: «Pues bien, Humphry Davy vino cuando pasó por Hungría. Discutimos largo tiempo, entre otras cuestiones, la hipótesis de la liquidez del núcleo interior de la Tierra. Los dos estuvimos de acuerdo en que semejante liquidez no podría existir». Antes, en el capítulo uno, Verne se refería a uno de los protagonistas de esa novela, el profesor de Mineralogía y geólogo afamado internacionalmente Otto Lidenbrock, que vivía en Hamburgo, en los términos siguientes: «El nombre de Lidenbrock gozaba de celebridad en los institutos y asociaciones nacionales. Los señores Humphry Davy, de Humboldt, los capitanes Franklin y Sabine, al pasar por Hamburgo, no dejaron de hacerle una visita. Los señores Beckerel, Ebelmeb, Brewster, Dumas, Milne-Edwards, Sainte-Claire-Deville, tenían gusto en consultarle acerca de las cuestiones químicas más palpitantes. Esta ciencia le debía hermosos descubrimientos, y en 1853 apareció en Leipzig un *Tratado de Cristalografía trascendental*, escrito por el profesor Otto Lidenbrock, gran infolio con láminas con el que no cubrió ni los gastos del libro».

Y puesto que estoy hablando de *Viaje al centro de la Tierra*, aprovecharé para decir algo más de ella, como ejemplo de los tratamientos científicos que Verne daba a sus novelas. En esta, nos encontramos muy pronto en la narración con el gran problema de la expedición, que Axel, el joven sobrino de Lidenbrock, aspirante a científico él mismo, exponía con claridad de la siguiente manera: «Queda perfectamente aceptado que el calor aumenta cerca de un grado cada setenta pies de profundidad bajo la superficie del globo, por lo tanto, admitiendo esta proporción constante y siendo el radio terrestre de mil quinientas leguas, existe en el centro una temperatura de dos millones de grados. Las materias del interior de la Tierra se hallan, por tanto, en estado de gases incandescentes, pues los metales, el oro, el platino, las rocas más duras no resisten calor semejante. Creo conveniente preguntar si es posible penetrar en semejante lugar». Lidenbrock, un avezado científico que no se dejaba deslumbrar tan fácilmente por lo que la ciencia sostenía en cada momento, le respondía señalando que «ni tú ni nadie sabe con certeza lo que hay en el interior del globo, puesto que apenas se conoce la duodécima milésima parte de su radio», y añadía que «la cien-

cia es eminentemente perfectible y cada teoría es incesantemente destruida por otra nueva. ¿No se ha creído hasta Fourier que la temperatura de los espacios iba siempre disminuyendo, y no se sabe que los fríos mayores de las regiones etéreas no pasan de cuarenta o cincuenta grados bajo cero? ¿Por qué no ocurrirá lo mismo con el calor interior? ¿Por qué a cierta profundidad no llegará a un límite infranqueable, en lugar de elevarse hasta el grado de fusión de los minerales más refractarios?». Tras lo cual añadía que «verdaderos sabios, entre otros Poisson, han probado que si un calor de dos millones de grados existiese en el interior del globo, los gases incandescentes que provienen de materias fundidas adquirirían una plasticidad tal, que la corteza terrestre no podría resistirla y estallaría como las paredes de una caldera al empuje del vapor». Como vemos, teorías de Joseph Fourier y Siméon Denis Poisson, dos distinguidos físicos y matemáticos franceses de los siglos XVIII y XIX, eran citadas por Verne.

Y así, uno de los temas de la novela —junto a otros como maravillas geológicas (incluyendo un océano subterráneo), o la identificación del centro porque allí «los objetos ya no pesan»— es si según se desciende hacia el centro de la Tierra aumenta o no la temperatura un grado cada, más o menos, setenta pies. La ciencia se convertía de esta forma en elemento esencial de la trama; sin ella el misterio, la emoción que Verne intentaba transmitir a sus lectores, se perdería en gran parte. Cuando habían sobrepasado los seis mil pies de profundidad, la temperatura, que tendría que haber sido de 81 grados, apenas llegaba a quince: «Esto daba que pensar», leemos. Y más adelante, cuando los exploradores subterráneos calculaban encontrarse a dieciséis leguas de profundidad, y la temperatura debía ser, según la física aceptada, de mil quinientos grados, el termómetro indicaba solo veintisiete grados y seis décimas. «De manera», manifestaba el profesor Lidenbrock, «que el aumento proporcional de temperatura es un error. Por tanto, Humphry Davy no se equivocaba y he hecho bien en escucharlo». «¿Qué respondes a esto?», le decía entonces a Axel. A lo cual este contestaba, reconociendo que su fe en la ciencia tradicional había sido derrotada: «Nada».

A lo largo de su viaje, los intrépidos científicos y exploradores van encontrando todo tipo de sorpresas, que la ciencia no había sospechado, lo que lleva al profesor a decir a su sobrino y discípulo: «La ciencia, hijo mío, está hecha de errores; pero son errores que es bueno cometer, pues nos llevan poco a poco a la verdad». Buena lección que Verne daba, de pasada, a sus lectores.

Como el tiempo es siempre un bien escaso y ya me queda poco antes de regresar a Madrid, debo abandonar la idea de otras visitas al Londres científico, como a la Royal Geographical Society (1 Kensington Gore), que sin duda habría gustado a Verne, miembro desde 1865 de la Société de Géographie francesa, la más antigua del mundo (fue fundada en 1821), o tomar un barco para acercarme al Observatorio de Greenwich y pasear por sus dependencias, incluyendo las habitaciones que ocupó John Flamsteed, el astrónomo real coetáneo de Newton al que este tanto maltrató, buscando apoderarse (lo consiguió) de las tablas astronómicas que con tanto esfuerzo había compuesto. Los lamentos del fantasma de Flamsteed aún deben oírse en Greenwich. Acaso en alguno de sus viajes el capitán Hatteras verniano llegase al Támesis y esperase divisar, a las 13 horas, la «caída de la bola» del mástil del edificio principal del Observatorio, para ajustar los relojes situados a bordo del barco. Todavía cae la bola a esa hora.

Tampoco puedo ir a Cambridge, y visitar Trinity College, el *college* de Newton (y de muchos otros grandes científicos). Inglaterra está llena de lugares en los que el amante de las ciencias puede detenerse. En su lugar, tomo el tren para ir a Glasgow, el *alma mater* de William Thomson, más conocido como lord Kelvin (1824-1907). También es la ciudad en la que trabajaron otros grandes científicos: el químico y físico Joseph Black (1728-1799), el ingeniero y figura destacada de la Revolución Industrial James Watt (1736-1819), el físico William John Macquorn Rankine (1820-1872) y el

## LA CIENCIA SE CONVERTÍA DE ESTA FORMA EN ELEMENTO ESENCIAL DE LA TRAMA; SIN ELLA EL MISTERIO, LA EMOCIÓN QUE VERNE INTENTABA TRANSMITIR A SUS LECTORES, SE PERDERÍA EN GRAN PARTE.

químico premio nobel, que acuñó el término *isótopo*, Frederick Soddy (1877-1956).

Aunque nació en Belfast, la mayor parte de la vida de Kelvin transcurrió en Glasgow, a donde llegó de niño cuando su padre, James, obtuvo la cátedra de Matemáticas de la Universidad. En 1846, William seguía las huellas de su progenitor logrando la cátedra de Filosofía Natural, que a pesar de ofertas muy atractivas mantuvo hasta su muerte. ¿Por qué pienso en Kelvin con relación a Verne? Pues porque nadie como él englobó el espíritu científico-tecnológico del siglo XIX. Fue un físico extraordinario (uno de los fundadores de la termodinámica y del electromagnetismo), pero no se limitó a esta disciplina, frecuentando y enriqueciendo la tecnología. Destacó en particular en un mundo muy querido por Verne, el de la telegrafía. Fue, de hecho, por sus contribuciones que hicieron posible la instalación del primer cable telegráfico submarino, en 1866, entre las islas británicas y Norteamérica, que la reina Victoria le nombró Sir, título al que años después, en 1892, seguiría el de Lord, lord Kelvin; Kelvin, el nombre del segundo río de Glasgow, que atravesaba el campus universitario. Recordando al gran Kelvin, busco la estatua dedicada a él, cerca del río Kelvin.

Para completar mi *tour* verniano, abandono Glasgow —con pena por no desviarme a Edimburgo, la ciudad de Maxwell— y regreso a Inglaterra, a Liverpool, en el noroeste. ¿Por qué? Porque el 16 de marzo de 1867 Verne embarcó allí, junto a su hermano, Paul, en el Great Eastern, experiencia de la que surgió su novela *Une ville flottante* (*Una ciudad flotante*; 1870). El Great Eastern no era un barco cualquiera. Diseñado por Brunel y construido en en los astilleros J. Scott Russell & Co. de Millwall (Londres), a orillas del Támesis, cuando fue botado en 1858 era el transatlántico más grande del mundo, con capacidad para transportar 4000 pasajeros. Pensado para cubrir el trayecto entre Gran Bretaña y América, tuvo poco éxito por lo que fue reconvertido en un buque para transportar y depositar en los fondos oceánicos el cable telegráfico

que debía unir los continentes europeo y americano. A todo se refirió Verne en *Una ciudad flotante*, en la que el navío era el protagonista. Veamos algunos de los pasajes pertinentes de esta novela, no de las más célebres de su autor:

«Llegué a Liverpool el 18 de marzo de 1867. El Great Eastern zarparía pronto hacia Nueva York y yo acababa de sacar mi pasaje. Un viaje de aficionado, ni más ni menos. Me entusiasmaba la idea de atravesar el Atlántico sobre aquel barco gigantesco. Yo quería conocer Norteamérica, pero admito que esto no era lo principal. El Great Eastern ante todo; el país celebrado por Cooper en segundo término. Debe tenerse en cuenta que este buque de vapor es una obra maestra de la ingeniería naval. Más que un barco, es una ciudad flotante, un pedazo de Inglaterra capaz de desplazarse por el océano y soldarse después al continente americano (...).

En cubierta encontré un verdadero ejército de obremos y me costó creer que semejante espectáculo pudiese contemplarse a bordo de un barco. Miles de marineros, maquinistas, oficiales y curiosos se codeaban sin incomodarse, unos por el puente, otros por las máquinas, unos agrupados, otros dispersos, todos formando un revoltijo indescriptible. Aquí, garruchas volantes levantando enormes piezas de fundición; allá, cabrias a vapor izaban pesadas vigas; sobre la sala de máquinas se balanceaba un imponente cilindro de hierro; cerca de proa, las vergas trepaban; gemían los masteleros; hacia la popa un andamiaje ocultaba un edificio en construcción. Se edificaba, se encajaba, se cepillaba, se pintaba, se clavaba, todo en incomparable y frenético desorden».

Y un poco más adelante, rememoraba el pasado científico-tecnológico del barco:

«Después de unas veinte travesías entre Inglaterra y América —una de las cuales fue marcada por incidentes muy graves—, la explotación del Great Eastern quedó momentáneamente abandonada. Aquel

inmenso barco no parecía servir para nada. La recelosa casta de los viajeros lo despreciaba olímpicamente. Pronto sería rescatado del olvido.

Los ingenieros luchaban por unir Europa y América mediante un cable submarino, y tras varios fracasos se acordaron del Great Eastern. Solo este barco gigantesco podría almacenar los tres mil cuatrocientos kilómetros de cable que pesaban cuatro mil quinientas toneladas. Gracias a su indiferencia ante el oleaje, podría triunfar donde otros barcos habían fracasado. Se hicieron diversas obras para alojar el cable, que debía ser transportado bajo una capa de agua, para que no sufriera en ningún momento el contacto del aire.

La operación de tender el cable submarino culminó con un éxito resonante. Pero después el Great Eastern volvió a caer en el abandono más completo. La Exposición Universal de 1867 [de París] lo rescató. Una compañía francesa —Los Fletadores del Great Eastern— se fundó con un capital de dos millones de francos con la intención de utilizar aquel inmenso barco para el traslado de los visitantes de la Exposición. De inmediato comenzaron las obras. Fue necesario desmontar todo lo que se había montado para tender el cable. Se construyeron nuevos camarotes, se agrandaron los comedores, todo cambió rápidamente y con grandes gastos. El Board of Trade exigió que el barco fuera sacado del agua, para poder examinar minuciosamente su casco. La presencia de una pequeña grieta justificó toda la operación (...) Finalmente, el gigante fue fletado al precio de veinticinco mil francos mensuales».

Muy apropiadamente, Julio Verne falleció en 1905, el mismo año en el que un joven y desconocido físico empleado de la Oficina de Patentes de Berna de nombre Albert Einstein publicaba una serie de artículos que abrirían un mundo científico que ni siquiera él, el gran *imaginador*, soñó. Pero esa, claro, es otra historia.

José Manuel Sánchez Ron es miembro de la Real Academia Española y catedrático de Historia de la Ciencia en la Universidad Autónoma de Madrid. ■■■

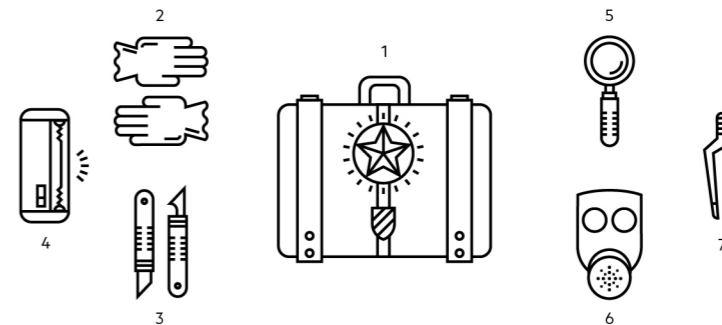
**LA OPERACIÓN DE TENDER EL CABLE SUBMARINO CULMINÓ CON UN ÉXITO RESONANTE. PERO DESPUÉS EL GREAT EASTERN VOLVIÓ A CAER EN EL ABANDONO MÁS COMPLETO.**



# EL MUNDO

PERDIDO DE SHERLOCK HOLMES

por Isabel Gómez Rivas



Malefín básico de la policía científica: 1. Malefín de acero, forrado en gomaespuma; 2. Guantes de látex mono uso; 3. Bisturios de hacer; 4. Antorcha Handheld portable de Blacklight para detectar sangre, orina, saliva, heces, vómito o semen; 5. Lupas con cristales de aplanatic para conseguir imágenes más nítidas; 6. Máscara de protección con válvula de liberación; 7. Pinzas de acero.

**NI EL DOCTOR WATSON NI BILLY WILDER ENCONTRARON** en el archivo de Sherlock Holmes el libro de familia del detective. El cajón de hojalata contenía la crónica de viejas investigaciones y una nada despreciable colección de fetiches. La lupa, la pipa, la jeringuilla de los chutes o la partitura para violín eran los atributos de la célebre personalidad; la foto de Irene Adler, la única muestra de debilidad sentimental que se permitió el genio analítico; la chapa lacada con el 221B y el estúpido gorro a cuadros, con dos viseras y un lacito, los trazos inevitables de la caricatura. Pero en el batiburrillo, ni rastro de documento alguno que acreditase la ascendencia familiar. Bien mirado, no es de extrañar: Sherlock Holmes es hijo de su tiempo y el tiempo no acostumbra a entretenerse con papeleos en el Registro Civil.

Holmes es hijo de su tiempo y primo segundo del profesor Challenger. George Edward Challenger fue el zoólogo al frente de la expedición científica que encontró en la selva amazónica *El mundo perdido*, una reserva ignota y aislada donde habían sobrevivido varias especies prehistóricas, incluidos dinosaurios. Si el *New York Herald* envió a Stanley a la búsqueda del doctor Livingstone, la *Daily Gazette* creyó oportuno ahorrarse enojosos extravíos y, para no perder de vista a la cuadrilla de Challenger, colocó en ella a uno de sus redactores, Edward Dunn Malone. En aquella edad del optimismo positivista, el periodismo ejercía de notario dando fe de los descubrimientos geográficos y científicos que ensanchaban el mundo conocido y creaban la ilusión de progreso que el liberalismo convirtió en el dogma de su religión y en el lema de su propaganda.

Pues bien, a Malone le correspondió hacer el relato de la aventura y el retrato del aventurero. La misma soberbia que, según aquel dibujo, caracterizaba a Challenger es la que identifica a Sherlock Holmes; la soberbia iracunda del profesor se encarnó en el detective con unas maneras un poco menos coléricas y furiosas o un poco más refinadas y elegantes. En cualquier caso, esencialmente idénticos fueron sus engreimientos, sus jactancias materialistas y sus vanidades racionalistas. El recordatorio de las semejanzas y del parentesco soliviantaría a Holmes, un ego que reivindicaba su absoluta originalidad y que era incapaz de verse comparado, aun con el mismísimo Auguste Dupin, sin sentir rebajada su inteligencia. Y la propia irritación certificaría la insolente arrogancia; discútase si fue la impronta de la herencia familiar o el estigma de la filosofía de la época, pero será imposible negar que aquel rasgo del carácter electrizó la lógica y el método del detective.

El discurso del método de Sherlock Holmes se resume en un conocido aforismo: una vez descartado todo lo que es imposible, la verdad está en lo que queda, por improbable que parezca. El camino deductivo que señala la máxima se cree seguro e infalible. No lo es y así lo denunció la hilarante parodia que Jardiel Poncela urdió por la vía de la reducción al absurdo. Si la técnica es reñida por irreverente y sus conclusiones, discutidas por groseras, quizás convenga entonces atender a Pierre Bayard, quien, manejando las mismas armas del raciocinio holmesiano, ha demostrado fehacientemente el garrafal error cometido por el detective en la resolución de los asesinatos de los Baskerville.

# El personaje está cumpliendo el designio que le preparó Conan Doyle: un retiro en los South Downs dedicado a la apicultura.

De todas formas, este ataque no resulta tan peligroso para el héroe literario como podría parecer a primera vista, porque la culpa del fiasco es endosada a Arthur Conan Doyle. La tesis de Bayard es que el escritor no se había reconciliado con el personaje que despeñó por las cataratas de Reichenbach. Forzado a volver a él, el subconsciente de Conan Doyle se rebela como puede, satisface su pulsión de venganza haciendo que el detective desvaríe y yerre en el lóbrego páramo de Devonshire.

No, los envites más amenazadores que ha sufrido Sherlock Holmes no provienen de las travesuras naíf de Jardiel Poncela, tampoco de los juegos alambicados de Pierre Bayard, ni siquiera del sarcasmo con que Conan Doyle maltrató tempranamente al detective, mucho antes de asesinarlo. El desafío más violento, el que se plantea con mayores garantías de impugnar a Sherlock Holmes, es un lance filicida. Holmes es, ya se dijo, un hijo de su tiempo, la encarnación de un tiempo que poseía una fe inquebrantable en la suficiencia de la razón para leer la verdad en sus rastros materiales y positivos. Bastaba que las dotes de observación contasen con el elemental auxilio de una lupa para poner en marcha un brillante ejercicio deductivo que disiparía las sombras del misterio con la misma eficacia prodigiosa que las bujías de Swan y Edison prometían iluminar el mundo. La lógica de Sherlock Holmes, sus técnicas y métodos, solo sirven en un mundo anterior a las inextinguibles sombras que diagnosticó Freud y a los indecibles abismos que tajó la II Guerra Mundial. Precisamente por esta razón las versiones que trasladan a Sherlock Holmes al presente resultan trampas infames, toscas adulteraciones: por muy satisfactoria que sea la adaptación de los superficiales fetiches holmesianos, incluso para el gusto escrupuloso de los devotos del canon, las actualizaciones terminan por falsear inevitablemente el espíritu del detective al concederle armas y herramientas que le fueron desconocidas, al enfrentarlo a problemas que le son incomprensibles e irresolubles.

Quizás quien mejor ha acertado a explicar de qué manera Sherlock Holmes se convirtió en una reliquia de un tiempo pretérito,

de un mundo perdido, fue Michael Chabon. El detective es el protagonista de su novela *La solución final*. Es cierto que nunca aparece citado por su nombre y que no cuenta con la compañía amparadora de la señora Hudson ni del doctor Watson, pero las pistas son concluyentes. El personaje está cumpliendo el designio que le preparó Conan Doyle: un retiro en los South Downs dedicado a la apicultura. Es julio de 1944 y todavía hay en el lugar quienes recuerdan vagamente el pasado de pesquisas, hipótesis y brillantes deducciones de quien se ha convertido en un anciano nonagenario. Se produce un asesinato y la desaparición de un loro que repetía una retahíla de números en alemán, lo que parece un código secreto al que cabe atribuir alguna relevancia en la guerra que se está librando. El detective jubilado abandona la lectura del último número de *The British Bee Journal* y sale de debajo de la manta de lana con que cubre sus piernas a pesar de ser pleno verano. No lo hace para resolver como antaño el misterio y el asesinato, sino para descubrir que su mundo se ha desmoronado. Londres es un paisaje de ruinas y cenizas tras los bombardeos de la Luftwaffe, el escenario en el que cuadrillas de trabajadores levantan una ciudad nueva. No existe ya aquel «Londres de gas y de neblina / un Londres que se sabe capital de un imperio / que le interesa poco, de un Londres de misterio / tranquilo, que no quiere sentir que ya declina», como describió Borges la ciudad de Sherlock Holmes. La guerra ha arrasado la ciudad y el tiempo al que pertenece el detective, que obtiene la revelación de que ya no es posible mantener la ilusión de que un elegante ejercicio deductivo permita acceder al sentido y la causalidad: «El sentido moraba únicamente en la mente del analista. De que eran los problemas irresolubles —las pistas falsas y los casos ya enfriados— los que reflejaban la verdadera naturaleza de las cosas. De que todo el significado y esquema aparente no tenía más sentido intrínseco que el parloteo de un loro gris africano». Esa es la solución final, polisémico título de la novela de Chabon. Sherlock Holmes no murió asesinado por Conan Doyle utilizando la mano de Moriarty en *El problema final*; Sherlock Holmes muere o, lo que viene a ser casi lo mismo, siente un anticipo o demostración de la naturaleza de la muerte al ser arrastrado por Michael Chabon a las calles de Londres un día de 1944.

La novela apócrifa, triste y desasosegante, esclarece el verdadero motivo por el que las aventuras de Sherlock Holmes firmadas por Conan Doyle nos siguen fascinando: su lectura permite sentir la abolición de la historia, habitar un mundo y un tiempo en el que todavía es posible el ejercicio tranquilizador de encontrar significados y guarecernos de la intemperie cotidiana del sinsentido. «Pensar de tarde en tarde en Sherlock Holmes», ya lo dijo Borges, «es una de las buenas costumbres que nos quedan». Sin duda, se trata de una grata costumbre esta de *aparentar creer* en la arrogante fantasía posvictoriana, burguesa y racionalista que representa Sherlock Holmes. Porque la devoción contemporánea por el personaje es incapaz de ser ingenua; se afirma irónicamente, con la ironía sutil con que Jeremy Brett interpretó al detective, con la ironía fastuosa con que Jesús Urceloy se entrega a prolijas erudiciones holmesianas. ■■■



# EL OTRO MIGUEL STROGOFF

por Juan José Gómez Cadenas

Blanes, agosto de 1973. Quelo y yo trabajábamos aquel verano con la Siseta, una *ex hippie* madurita y todavía de buen ver, cuyo negocio estival consistía en vender fotografías a los turistas que hacían el recorrido entre Tossa de Mar y San Feliu de Guixols.

El negocio era sencillo y lucrativo. Los turistas desembarcaban de las golondrinas al llegar al pueblo y disponían de algo más de una hora para dar una vuelta antes de embarcar de nuevo, camino a San Feliu o a Blanes, según el trayecto fuera de ida o vuelta. Cuando las golondrinas atracaban, la Siseta, cámara en ristre, tomaba instantáneas a los turistas, mientras descendían por la pasarela hasta el espigón del muelle. Inmediatamente corríamos al laboratorio a revelar las fotos y una hora después, Quelo y yo estábamos a bordo, vendiéndoselas como *souvenirs*. Cada foto costaba *twenty five pesetas for you, mister*. La Siseta nos pagaba 1 000 pesetas semanales, una auténtica fortuna para nuestros 13 años, en la España pobre de entonces.

El día se nos pasaba en las golondrinas. Embarcábamos a las ocho de la mañana y no recogíamos hasta pasadas las ocho de la tarde, pero los picos de trabajo eran breves, generalmente las fotos se vendían de prisa y sobraba tiempo para charlar, echar alguna partida de ajedrez o damas, contemplar el mar, sestar un poco. Y leer.

Aquel verano me enamoré por primera vez. Ocurrió mientras seguía las peripecias de Miguel Strogoff a lo largo de las 5 000 doscientas vestas que separaban Moscú de Irkutsk, imaginando aquellas estepas inmensas, recorridas solo por el viento y los tártaros que perseguían al héroe. Siberia era tan descomunal como pequeña era Tossa, aquellos bárbaros anacrónicos y feroces que Verne se había sacado de la manga eran todo lo contrario a los dóciles turistas cocidos por el sol que tratábamos cada día, los osos que había que combatir sin más ayuda que un cuchillo de monte provocaron más de un revolcón en la arena de Playa de Aro, cuando Quelo y yo emulábamos la batalla, turnándonos en el papel de hombre y bestia, niños aún, a pesar de que ya nos rondaba el fin de la infancia.

Aquel verano, Miguel Strogoff y yo nos enamoramos de Nadia.

Nadia era... ¿cómo decirlo? Rusa. El azul de sus ojos repetía el cielo sobre la tundra congelada. Era pálida de piel, rubia, delgada pero fuerte, alta, bien formada, con caderas generosas y un pecho, apenas contenido por el bikini, que quitaba el sueño.

¿Bikini? Nadia, la compañera de aventuras y gran amor de Miguel Strogoff no destapaba ni un brazo en toda la novela. Pero había otra Nadia aquel verano, compartiendo mi calenturienta imaginación con la herofina de Verne. Una Nadia que quizás se llamara Olga o Katarina o Natasha, nunca lo supe. Había otra Nadia que cada día, durante una semana, tomaba la golondrina con nosotros y explicaba en su idioma musical y misterioso, quién sabe qué cosas a un grupo de hombres, fornidos y solemnes que no hablaban con nadie y nunca se separaban.

Estaban todos allí. El correo del zar sería el más joven, al que la muchacha sonreía cuando pensaba que nadie los estaba mirando (sin saber que yo la miraba a todas horas). El traidor Ivan Ogareff también formaba parte del grupo, encarnado por un tipo gordo y fornido, con bíceps colosales, cara de pocos amigos y una mancha rosácea en el pómulo. Y también pude identificar al que parecía el líder de la compañía, era inconfundible por su elegancia, que no perdía ni cuando se quedaba en bañador, su pose afable y a la vez distante, sus aires de grandeza. El Gran Duque en persona.

El tío Asensi, que era el padre de Quelo y el patrón de la golondrina, nos explicó que los rusos eran «una delegación», aunque no supo aclararnos quién delegaba qué en ellos. La verdad es que los turistas rusos no abundaban en la Costa Brava en 1973, lo que les hacía todavía más misteriosos. Ogareff se pasaba las horas muertas charlando con el Gran Duque, sin que Quelo y yo supiéramos como avisar al caballero de que nada bueno podía esperarse de aquel tipo. En cuanto a Nadia, cada vez era más evidente que estaba tan enamorada de su Miguel como yo de ella. En sus ratos libres, se escurría discretamente hasta la popa (donde yo solía estar apostado, con mi novelón siempre

a mano) y no pasaba mucho tiempo hasta que Strogoff aparecía. ¡Había que verlos entonces! Nada me costaba traducir su idioma incomprensible, adivinar cada frase con la que, poco a poco, insinuaban su pasión, reír cada tímido chiste, cada vibrante anécdota, emocionarme con cada pequeña confesión, mientras la brisa del mediterráneo, ebria de salitre, agitaba el cabello plateado de Nadia.

Un día el traidor Ogareff se dio cuenta de los manejos de mis amantes. Apareció de repente detrás de ellos, mientras Miguel le cuchicheaba algo al oído a Nadia. La bronca fue descomunal, Ogareff se transformó por instantes en oso, enorme, barrigón, sus manos de uñas renegridas similares a zarpas. Quelo corrió a avisar a su padre, pero yo no pude contenerme y me precipité en ayuda de mi héroe, eso sí, con la secreta esperanza de que Nadia tomara cumplida nota de mi arrojo.

Todo se resolvió bastante rápido. Ogareff se me quitó de encima dándome un sopapo del revés, casi sin mirarme, mientras seguía con su plan de devorar a Strogoff. Nadia se interpuso. Un instante después se interpuso el tío Asensi. Al segundo apareció el Gran Duque a poner paz. Ogareff se marchó renegando, seguido por mi heroína, que le daba algún tipo de explicaciones incomprensibles (el tortazo aniquiló para siempre mi aptitud paranormal para el ruso). El tío Asensi me echaba la cabeza para atrás y me ponía un pañuelo en la nariz para cortar la sangre. El Gran Duque zanjó la situación alargándome un billete de 1 000 pesetas que yo rechacé dignamente pero Quelo se apresuró a embolsar a mi cuenta. Strogoff me dio una palmada en el hombro y me soltó una parrafada que sin duda expresaba su camaradería y agradecimiento. Si Nadia hubiera reparado en mi existencia, todo habría sido perfecto.

Después siguieron unos días de calma. En la Costa Brava, Nadia y Miguel Strogoff se miraban de lejos, siempre controlados por el temible Ogareff. En Siberia, los tártaros cegaban al auténtico correo del zar, pasándole

un cuchillo al rojo vivo por delante de los ojos. Como consecuencia del altercado, Ogareff entabló amistad con el tío Asensi. Tomaron la costumbre de enzarzarse en largas conversaciones en los trayectos entre Blanes y San Feliu, entendiéndose en una lengua franca, mezcla de inglés, francés e italiano. Por el tío averiguamos que el energúmeno era el padre de la muchacha y que su furia se debía a la sospecha de que Nadia se veía «a solas» con el jovencito, que a su vez resultó ser el protegido del Gran Duque. *She is only sixteen*, repetía Ogareff al tío Asensi, en monólogos que a veces se prolongaban durante horas. *Too young for this, ¿Capici? Trop tendre encore, mon ami.*

La víspera de su partida, Ogareff se empeñó en invitarnos a cenar. Después de atiborrarnos de calamares y pescado frito propuso que tomáramos una copa en su hotel. El tío Asensi no estaba muy por la labor, pero la Siseta, recién divorciada y con muchas ganas de marcha, le había echado el ojo al Gran Duque y no paró hasta que nos arrastró a todos con ella. En el hotel nos encontramos al resto del grupo. La Siseta pasó a la carga, pero todas sus artes y fogosidad fueron inútiles contra la gélida amabilidad del caballero. En mi libro, Miguel Strogoff se comportaba de una manera muy rara para ser ciego, a ratos daba la impresión de que veía perfectamente. En la discoteca del hotel, en la que acabamos recalando, el otro Miguel Strogoff trataba, también en vano, de acercarse a Nadia, más hermosa y distante que nunca, de él y de mí.

Se hacía tarde y los rusos estaban todos muy borrachos. Teníamos que volver a casa en el coche de la Siseta, pero la pobre mujer, tras su fracasado intento de seducción, se había refugiado en los cubalibres de Bacardi y no estaba para conducir. El tío Asensi llamó a su hermano Pep para que acudiera a recogerlos, Quelo, agotado por las emociones del día roncaba en un sofá, casi al unísono con los bramidos del terrible Ogareff, que no parecía tan terrible, después de todo, más bien un hombre de mediana edad, cansado y triste.

---

## La Siseta pasó a la carga, pero todas sus artes y fogosidad fueron inútiles contra la gélida amabilidad del caballero.

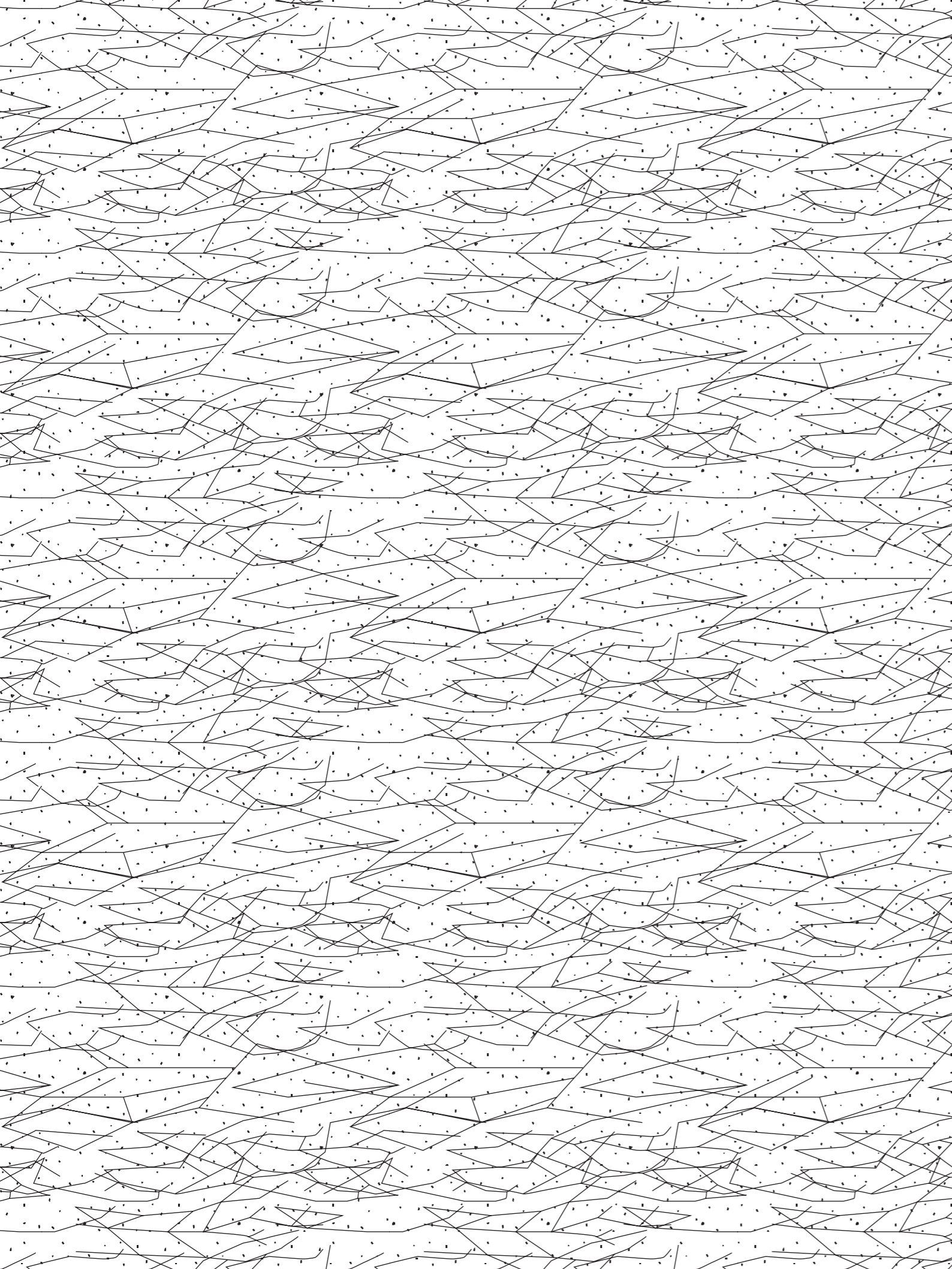
---

El Gran Duque había desaparecido, sin duda escapando de la Siseta, Nadia se había retirado, indisputa al parecer y su enamorado se ahogaba en vodka.

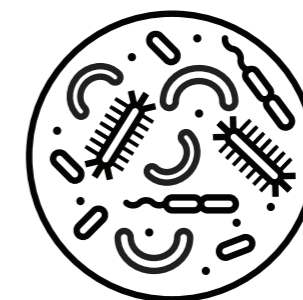
Yo quería saber qué pasaba con Strogoff en Siberia. Salí a la calle. La noche de agosto se eternizaba entre las pocas farolas que iluminaban la avenida. Leí un rato junto a una de ellas, pero algo, un desasosiego, me arrancó de la luz y me llevó vagando por callejones en penumbra. Pasé junto a un Mercedes con las ventanillas tintadas, un monstruo soberbio, digno de un embajador, digno de un Gran Duque. Me quedé contemplándolo, embobado, semioculto en la sombra. En ese momento descendió una de las ventanillas. Una cabeza distinguida se asomó por ella, aspiró con fruición un par de bocanadas de aire cálido, lanzó un cigarrillo a la acera, dio un sorbo a su copa de champán. Una mano femenina acarició su mejilla. Entreví un

cabello de color nieve, unos labios abrasadores, unos ojos del color de los icebergs de la Antártida. Después la ventanilla se alzó de nuevo. Un instante más tarde, el auto se puso en marcha.

Ahora sé que lloré. Entonces no me di cuenta de ello, de hecho, no me di cuenta de nada. El hierro candente me dejó completamente ciego y en tinieblas regresé al hotel, a la casa compartida por la familia del tío Asensi y el tío Pep en Blanes, a las semanas que aún nos quedaban en la Costa Brava, a mi libro, que terminé al día siguiente. Ciego y mudo, nada dije, ni a Quelo ni a nadie. Los rusos se marcharon al día siguiente. La Siseta tampoco quería recordarlos. No volví a pensar en ellos. Pero sé que lloré por ella y por Miguel Strogoff. Si no lo hubiera hecho, las lágrimas no habrían protegido mis retinas del rojo vivo del desengaño y la memoria de Nadia se habría perdido para siempre. ■■■

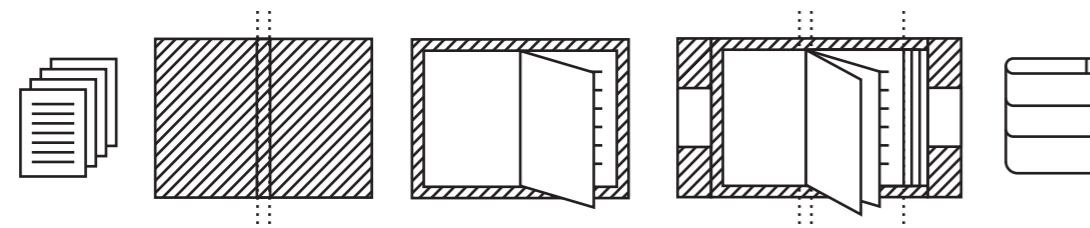


**INFOGRAFIA DESENVOLVIDA  
(3 ARTIGOS)**



**Molduras em torno do título**  
Francesco Furno

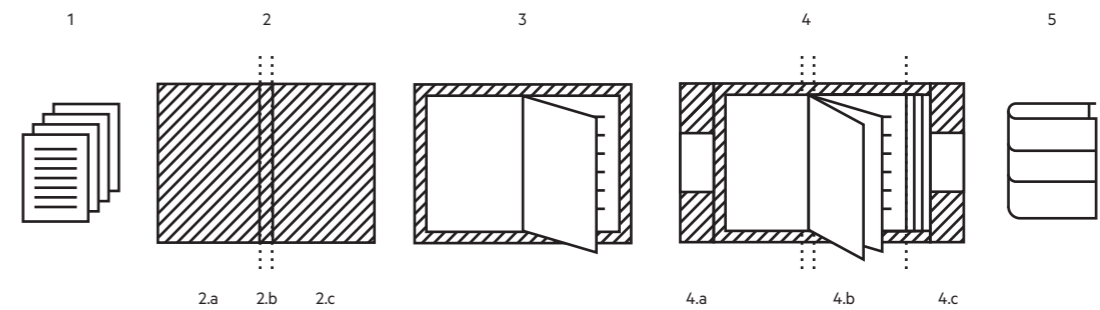
**Infografia**  
Sofia Brajal



Encuadernación de un libro. 1. Interior compuesto por hojas sueltas impresas que formarán los cuadernillos. 2. Cubierta en tapa dura compuesta de 3 partes: 2.a. Contraportada, 2.b. Lomo, 2.c. Portada. 3. Las guardas son el primer elemento que une la cubierta con el cuerpo del libro. 4. Elementos extras de un libro: 4.a. Solapas. 4.b. Hojas de respeto o cortésia, utilizadas al principio y al final de una publicación. 4.c. Faja con la información del número de ediciones. 5. Libro encuadernado y cortado.



por Antonio Villareral



**CUESTA 17 050 LIBRAS ESTERLINAS, UNOS VEINTE** mil euros al cambio, pero no se deje asustar por el precio, escuche la historia de este libro. Es un ejemplar extremadamente raro de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, publicado en 1873 por la editorial londinense Sampson, Low, Marston & Searle. La primera edición en inglés de este clásico que, de hecho, fue la versión utilizada para elaborar la tan exitosa edición norteamericana. Está ilustrado con 112 láminas en blanco y negro, lo que no siempre es común, pero los editores de la época lo habían enfocado, como es natural, a un público juvenil. Esto explica también que la mayoría de estos ejemplares se hallen bastante mal conservados, pero no es el caso. Este ejemplar en octavo mantiene la sobrepresión dorada en los bordes y el título, la portada es la original, de tela marrón con ilustraciones de medusas, cefalópodos y ballenas. Tiene un cierto desgaste en las juntas interiores y en la encuadernación pero, como decía antes, estos libros suelen llegar a nuestros días muy maltratados. La elegante caja, de cuero marroquí, es más moderna. Fuera de Canterbury encontrará ejemplares anteriores de Julio Verne, algunos en buen estado. Hay una librería en Salisbury que proclama tener uno de los tres primeros ejemplares en inglés de *Cinco semanas en globo*, de 1870 —los otros

dos están en la Biblioteca Británica y en el Victoria & Albert Museum—. Es un ejemplar valioso, sin duda, y su precio no es exorbitante, pero no puede compararse a este. De coleccionista a coleccionista; esta edición es canónica.

#### Re: Consulta sobre un Verne

¿Conoce los maravillosos desnudos que pintó Amadeo Modigliani? Fueron totalmente idea de su marchante, de hecho, el pintor se resistía a hacerlos. Lo sé, es increíble. Había demanda para esos desnudos en el París de la época y bueno, un artista tiene que comer, pagar las facturas, ya sabe. Y lo de Julio Verne, mundialmente reconocido precursor decimonónico de la ciencia-ficción, no fue más que otra estrategia editorial que funcionó. No se confunda. Lo sé, es triste ver el mundo de esta manera, pero alguien tiene que quitarle la venda de los ojos.

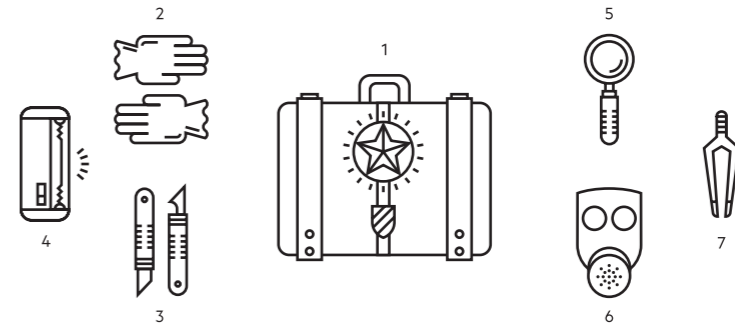
Aunque los datos históricos al respecto son escasos, una ardua investigación llevada a cabo hace apenas una década por el señor Norman M. Wolcott, miembro de la North American Julio Verne Society, revela que, en 1865, el capellán Lewis Mercier se vio frente a una sorprendente deuda de 250 libras,



# EL MUNDO

PERDIDO DE SHERLOCK HOLMES

por Isabel Gómez Rivas



Maletín básico de la policía científica: 1. Maletín de acero forrado en gomaespuma · 2. Guantes de látex mono uso · 3. Bisturíes de hacer · 4. Antorcha Handheld portable de Blacklight para detectar sangre, orina, saliva, heces, vómito o semen · 5. Lupas con cristales de aplanatic para conseguir imágenes más nítidas · 6. Máscara de protección con válvula de liberación · 7. Pinzas de acero.

**NI EL DOCTOR WATSON NI BILLY WILDER ENCONTRARON** en el archivo de Sherlock Holmes el libro de familia del detective. El cajón de hojalata contenía la crónica de viejas investigaciones y una nada despreciable colección de fetiches. La lupa, la pipa, la jeringuilla de los chutes o la partitura para violín eran los atributos de la célebre personalidad; la foto de Irene Adler, la única muestra de debilidad sentimental que se permitió el genio analítico; la chapa lacada con el 221B y el estúpido gorro a cuadros, con dos viseras y un lacito, los trazos inevitables de la caricatura. Pero en el batiburrillo, ni rastro de documento alguno que acreditase la ascendencia familiar. Bien mirado, no es de extrañar: Sherlock Holmes es hijo de su tiempo y el tiempo no acostumbra a entretenerse con papeleos en el Registro Civil.

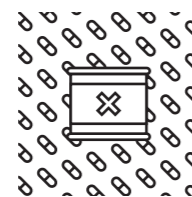
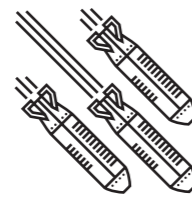
Holmes es hijo de su tiempo y primo segundo del profesor Challenger. George Edward Challenger fue el zoólogo al frente de la expedición científica que encontró en la selva amazónica *El mundo perdido*, una reserva ignota y aislada donde habían sobrevivido varias especies prehistóricas, incluidos dinosaurios. Si el *New York Herald* envió a Stanley a la búsqueda del doctor Livingstone, la *Daily Gazette* creyó oportuno ahorrarse enojosos extravíos y, para no perder de vista a la cuadrilla de Challenger, colocó en ella a uno de sus redactores, Edward Dunn Malone. En aquella edad del optimismo positivista, el periodismo ejercía de notario dando fe de los descubrimientos geográficos y científicos que ensanchaban el mundo conocido y creaban la ilusión de progreso que el liberalismo convirtió en el dogma de su religión y en el lema de su propaganda.

Pues bien, a Malone le correspondió hacer el relato de la aventura y el retrato del aventurero. La misma soberbia que, según aquel dibujo, caracterizaba a Challenger es la que identifica a Sherlock Holmes; la soberbia iracunda del profesor se encarnó en el detective con unas maneras un poco menos coléricas y furiosas o un poco más refinadas y elegantes. En cualquier caso, esencialmente idénticos fueron sus engrimientos, sus jactancias materialistas y sus vanidades racionalistas. El recordatorio de las semejanzas y del parentesco soliviantaría a Holmes, un ego que reivindicaba su absoluta originalidad y que era incapaz de verse comparado, aun con el mismísimo Auguste Dupin, sin sentir rebajada su inteligencia. Y la propia irritación certificaría la insolente arrogancia; discútase si fue la impronta de la herencia familiar o el estigma de la filosofía de la época, pero será imposible negar que aquel rasgo del carácter electrizó la lógica y el método del detective.

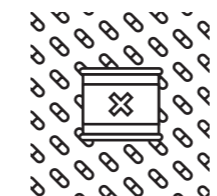
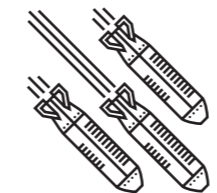
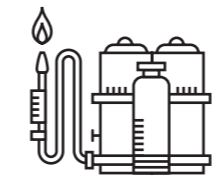
El discurso del método de Sherlock Holmes se resume en un conocido aforismo: una vez descartado todo lo que es imposible, la verdad está en lo que queda, por improbable que parezca. El camino deductivo que señala la máxima se cree seguro e infalible. No lo es y así lo denunció la hilarante parodia que Jardiel Poncela urdió por la vía de la reducción al absurdo. Si la técnica es reñida por irreverente y sus conclusiones, discutidas por groseras, quizás convenga entonces atender a Pierre Bayard, quien, manejando las mismas armas del raciocinio holmesiano, ha demostrado fehacientemente el garrafal error cometido por el detective en la resolución de los asesinatos de los Baskerville.

# CON PERDÓN, SEÑOR VERNE

por Javier Gómez



## DESTRUCCIÓN MASIVA



—Buenos días, señor Verne.

—*Bonjour, monsieur.*

—Permítame presentarme. Soy un periodista español, vivo en el año 2013 y acabo de leer su *Diario de un periodista americano en 2889*. Creo que, visto que nos encontramos a mitad de camino, conviene que sepa algunas cosas. No puedo más que destacar que tuvo buen ojo en las predicciones.

—Diantres, ¿reciben ustedes fototelegramas de Marte y Venus?

—No exactamente. En Marte hemos estado y todo, al menos hemos mandado un pequeño vehículo. Pero no hay estación de telegramas. Imagínesse un funcionario perezoso y una sala con ese calor... quién lo soportaría.

—Lo entiendo. Estas dichosas levitas, son un sopor. ¿Entonces? Hay publicidad proyectadas en las nubes.

—Tampoco exactamente. Digamos que las nubes son el único espacio publicitario que falta por canibalizar, aunque a veces en la playa pasan avionetas con telones publicitarios.

—Suenan grandioso, inventivo. En eso no había pensado.

—Mmmm... casi más bien grotesco. Y suelen anunciar cremas hidratantes de gama baja o parques acuáticos con música *techno*.

—¿Música *techno*?

—Como el ruido de una fábrica proyectado en un espacio cerrado con gente que se mueve al son.

—Suenan como para volverse a mi siglo.

—Sin duda

—Entonces, ¿qué predicciones se han cumplido?

—Acertó usted teniendo poca fe en el ser humano. Esos proyectiles cargados de enfermedades no solo se han hecho realidad, es que pueden cargar hasta sustancias todavía peores que abrasan a la población sobre la que se lanzan.

—¿Y se han usado?

—Por supuesto. Se sigue haciendo. Ahora mismo, en varias zonas de África y Oriente Medio. Pura guerra bacteriológica, como predijo su artículo.

—Casi me apena haber acertado.

—No fue su única predicción que dio en la diana. El fonotelefoto se llama videoconferencia que ahora todos pueden activar desde pequeños dispositivos móviles que permiten hablar y verse en tiempo con cualquier persona en cualquier lugar del mundo. Exactamente como esos espejos telefónicos que usted esboza. Los telescopios están mucho más perfeccionados. Sus calculadoras gigantes se quedan cortas para nuestros ordenadores. Acierta con la energía eólica y las fuentes naturales de producción energética. La agricultura ha creado semillas resistentes a todo. Ah, y Gibraltar sigue siendo inglesa.

—Qué alivio para los británicos.

—Sí, pero su mejor frase es la segunda del artículo.

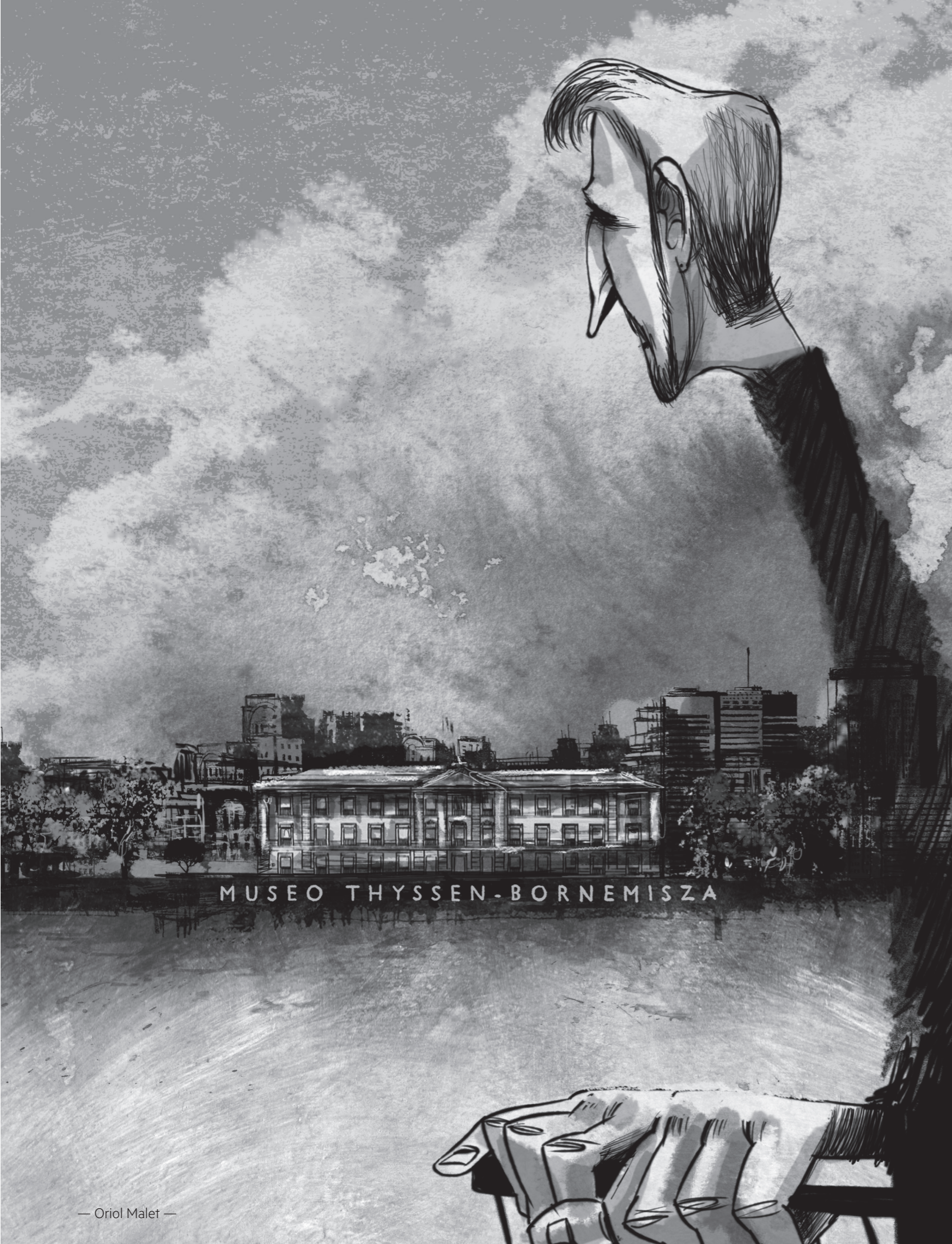
—Refrésqueme la memoria, hace ya un siglo. Y tanta absentia...

—«Los hombres, hastiados de las maravillas, permanecen indiferentes ante lo que el progreso les aporta cada día».

—¿No es una época de dicha general?

—En absoluto. La tecnología, como usted adivinó, ha producido un aislamiento mayor del

**Nota:** Dos 6 ícones de *Destrucción Masiva*, los 2 primeiros foram desenvolvidos por Elsa Rodrigues



*“El mundo se derrumba y nosotros nos enamoramos.”*

DESIGN EDITORIAL DE REVISTAS CULTURAIS  
Copyright © Jot Down 2013

Todos os direitos reservados.  
A reprodução deste trabalho, não é permitida.

Sofia Brajal  
[www.behance.net/sfiabrajal](http://www.behance.net/sfiabrajal)

**PROJECTO EDITORIAL**  
desenvolvido em âmbito de estágio  
no atelier *Relaja el Coco*

RELAJA  
ELCOCO

